

Más allá de la violencia

Procesos de
resolución de conflicto
en Irlanda del Norte

Mari Fitzduff

R E D G E R N I K A

bakeaz

gernika gogoratzuz

Más allá de la violencia

Procesos de resolución de conflicto en Irlanda del Norte

Esta publicación ha sido patrocinada por Gernika Gogoratzuz en colaboración con el Departamento de Justicia, Economía, Trabajo y Seguridad Social del Gobierno Vasco y la Dirección General IA Derechos Humanos y Democratización de la Comisión Europea.



COMISIÓN EUROPEA
Dirección General IA
Relaciones Exteriores: Europa y Nuevos Estados
Independientes, Política Exterior y de Seguridad Común,
Servicio Exterior
Dirección A - Relaciones Multilaterales
Derechos humanos y democratización

EUSKO JAURLARITZA

JUSTIZIA, EKONOMIA, LAN,
ETA GIZARTE SEGURANTZA SAIA



GOBIERNO VASCO

DEPARTAMENTO DE JUSTICIA,
ECONOMIA, TRABAJO Y SEGURIDAD SOCIAL

Más allá de la violencia
Procesos de resolución de conflicto
en Irlanda del Norte

Mari Fitzduff



Colección Red Gernika

Director de la colección: Juan Gutiérrez

Título original: *Beyond Violence: Conflict Resolution Processes in Northern Ireland*, Tokio, The United Nations University, 1996.

Traducción del inglés: Teresa Toda.

© Mari Fitzduff, 1998

© Bakeaz, 1998

Avda. Zuberoa, 43-bajo • 48012 Bilbao
Tel. 94 4213719 • Fax 94 4216502
E-mail: bakeaz@sarenet.es

© Gernika Gogoratuz, 1998

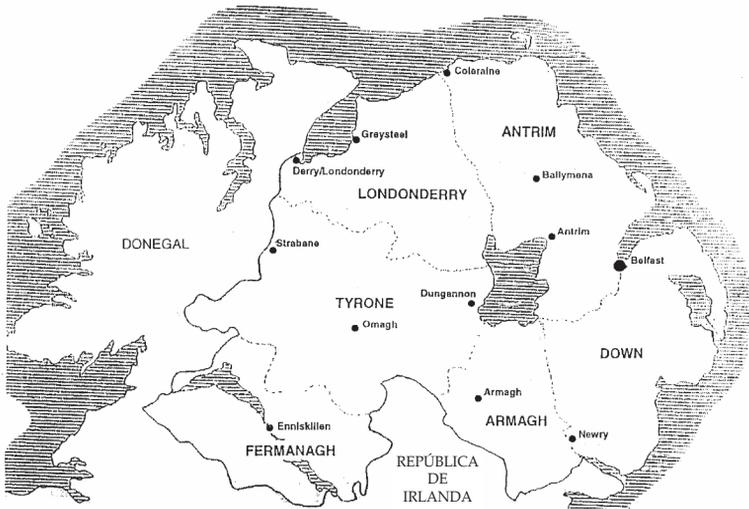
Artekale, 1 • 48300 Gernika-Lumo
Tel. 94 6253558 • Fax 94 6256765
E-mail: gernikag@sarenet.es
<http://www.sarenet.es/gernikag>

ISBN: 84-88949-28-6

Depósito legal: BI-841-98

Índice

Prólogo, <i>Peider Könz</i>	9
Dedicatoria	11
Prefacio	13
I. Una isla dividida	21
II. Una estrategia en desarrollo	39
III. Soldando las grietas	51
IV. Tradiciones culturales	71
V. Trabajo de igualdad	81
VI. La labor policial en el conflicto	89
VII. La lucha armada	101
VIII. Iniciativas políticas	121
IX. Agentes de cambio	133
X. Paz a pasos	147
XI. Conclusiones	157
Siglas	163
Bibliografía	165



Prólogo

Fitzduff es un apellido de origen compuesto, medio irlandés y medio escocés, como Irlanda del Norte. Mari Fitzduff es una persona con varias facetas, a la vez investigadora (actualmente directora de INCORE, Instituto de Resolución de Conflictos y Etnicidad de la Universidad del Ulster en Derry asociado con la Universidad de las Naciones Unidas) y activista comprometida (hasta el año pasado directora del Consejo de Relaciones Comunitarias de Irlanda del Norte). Era pues de esperar que su trabajo monográfico sobre los procesos de resolución del conflicto en Irlanda del Norte no fuese ni un texto científico árido ni un panfleto partidista, sino una mezcla de ambos: un análisis inteligente de las raíces, morfología y planteamiento de la resolución de un conflicto extremadamente complejo, terriblemente violento y dañino para todos los involucrados, y sobre todo un llamamiento apasionado a la comprensión, a un *ethos* de tolerancia y al fin de la violencia.

Como indica su título, este escrito de Mari Fitzduff trata el caso específico de Irlanda del Norte. Es evidente, sin embargo, que aunque el conflicto de Irlanda del Norte tiene sus causas propias, comparte muchos rasgos con otros conflictos no globales característicos de este fin de siglo. Como la mayoría de otros conflictos de este tipo, está relacionado con brechas entre etnias, brechas que, como en Bosnia —pero a diferencia de Euskadi y algunos conflictos de Centroamérica—, se deben más a la religión y a diferentes caminos históricos que a la lengua y menos aún a la raza. En todos estos casos, no obstante, en el centro de la violencia hay un núcleo relativamente pequeño de *combatientes profesionales* —en Irlanda del Norte de no más de doscientos o trescientos por cada lado— que utilizan técnicas parecidas, respaldados, más que guiados, por instituciones políticas

separadas no combatientes, y muchas veces, particularmente en los años sesenta y setenta, relacionados (más logística que ideológicamente) con redes terroristas internacionales. Desde luego ninguno de estos conflictos podría perdurar en el tiempo si los combatientes de cada partido (en Irlanda del Norte, dos grupos opuestos culturalmente, republicanos y unionistas; en otros casos, un grupo dominante que forma el gobierno central y una minoría oprimida) no contasen con cierto grado de apoyo en el conjunto de la población.

El análisis que Mari Fitzduff hace del conflicto de Irlanda del Norte combina un planteamiento estructuralista (que señala las causas pero también la respuesta a nivel institucional: valores, normas legales, sanciones, procesos formales, estructuras y políticas gubernamentales) con lo que ella denomina un planteamiento psicocultural, en el que el conflicto y el tratamiento de conflictos se refieren en gran medida a procesos de aprendizaje social y educación y a la aparición de un *ethos* de justicia, equidad y sobre todo de tolerancia de la diversidad. Precisamente por esto y porque presenta la experiencia concreta de Irlanda del Norte, el análisis de Mari Fitzduff resulta relevante y convincente también para otras situaciones de conflicto. Opone el diálogo, conocimiento, verdad, perdón, tolerancia, a los paradigmas maniqueos del ojo por ojo, diente por diente y el pueblo escogido, ligados a la espiral de violencia y la manipulación política que caracterizan en gran medida los conflictos étnicos de nuestros días. Da también a entender que la resolución del conflicto no es un simple procedimiento mecánico, sino que implica la voluntad y capacidad de comprender y de enfrentarse a las raíces del conflicto por medio de políticas que pueden decidirse en la mesa de negociaciones, pero que requieren medidas persistentes de puesta en práctica que las más de las veces implican cambios tanto estructurales como psicoculturales junto con procesos a largo plazo de aprendizaje social.

En este sentido, la descripción de Mari Fitzduff del diálogo, de la mediación paciente, de la formación de opinión por medio de una educación interétnica y de iniciativas tan fundamentales como la del movimiento de mujeres contra la violencia, ofrece una perspectiva muy alentadora no solamente para Irlanda del Norte, sino también para el tratamiento de muchos otros conflictos étnicos o socioculturales a los que se ve enfrentada la humanidad.

Peider Könz
Representante de la Universidad de
las Naciones Unidas en Europa

Dedicatoria

Cuando observamos las terribles manifestaciones de la guerra y los conflictos alrededor del mundo, con sus costes en vidas y sufrimientos, podemos caer en la tentación de desesperarnos. Sin embargo, hay otra cara de la guerra, y es el valor que casi siempre demuestran en esas situaciones personas individuales, y en ocasiones grupos, que se niegan a aceptar que tal amargura y violencia sean inevitables para resolver los conflictos. Este libro trata de la actividad de muchas de esas personas, que ha contribuido a limitar el derramamiento de sangre y furia entre nuestras comunidades en Irlanda del Norte. Estas personas valerosas han aparecido bajo diversas formas: las mujeres que cruzaron las líneas territoriales tras una muerte o la explosión de una bomba para compartir el dolor de aquellos vecinos suyos de quienes están separadas cultural y políticamente; personas que han arriesgado sus propias vidas para abortar misiones homicidas de los paramilitares; las insistentes voces de aquellos que han intentado garantizar que el propio Estado continuara actuando con justicia; trabajadores comunitarios (y ocasionalmente algún político) que se han arriesgado al ostracismo al cruzar las fronteras políticas para oír y escuchar al otro lado, y el compromiso de quienes han trabajado duramente durante mucho tiempo con el ánimo de crear nuevas opciones para nuestros hijos, para que puedan vivir con menos odio que sus padres. Muchas de las personas involucradas en los programas descritos en este libro han visto cómo ellas mismas y sus familias eran injuriadas y amenazadas por sus actividades. Algunas han sido asesinadas. Sin ellas, nuestro infierno de Irlanda del Norte habría sido mucho, mucho peor. Por ellas podemos estar abriendo nuestro camino, lenta y dolorosamente, hacia la paz. Este libro está dedicado a esas personas de valor.

Prefacio

¿EL PRINCIPIO DEL FIN?

Shankill Road, área férreamente protestante de Belfast, es una zona ajetreada los sábados por la tarde; las familias se dedican a la compra del fin de semana, deteniéndose a charlar con allegados y amigos. El 23 de octubre de 1993 era un luminoso día de otoño, y la calle estaba a rebosar de gente que disfrutaba de un inesperado sol. Cuando estalló la bomba en la pescadería del barrio, murieron diez personas en la explosión, incluyendo dos niños y el propio autor del atentado, que resultó ser miembro de un grupo paramilitar republicano.¹

Aunque a lo largo de los años nos hayamos acostumbrado a tales asesinatos, la tarea de recoger los cadáveres y reconfortar a los desconsolados familiares no resulta más fácil. Y la tarea de mantener la fe en la construcción de la paz puede verse gravemente dañada por tales hechos violentos.

Al día siguiente, con el corazón apesadumbrado, me dirigí al lugar de los asesinatos. Sólo quedaba una montaña de escombros para marcar el lugar donde había estado la pescadería; frente a ella, había empezado a crecer un montículo de flores y cartas. Me detuve para añadir mi propio mensaje de condolencia para los familiares de los muertos, y, al hacerlo, constaté que muchos de los mensajes similares para los protestantes de Shankill Road eran de católicos indig-

1. La expresión «republicano» se utiliza generalmente para describir a aquellas personas y grupos que desean una Irlanda unida, y que están dispuestos a respaldar el uso de la violencia para lograrlo. Los republicanos son en general de la comunidad católica.

nados porque los asesinatos se hubieran cometido en su nombre.² Algunos hablaban de hijos encarcelados, de familiares asesinados por paramilitares republicanos o lealistas, y todos expresaban su deseo de paz.

Una semana después, en Greysteele, una tranquila población en el noroeste de Irlanda del Norte, los paramilitares actuaron de nuevo. Esta vez fueron los lealistas, que atacaron lo que pensaban que era un bar católico, abriendo fuego indiscriminadamente y matando a siete personas. Y, una vez más, los afectados, esta vez católicos, no se quedaron solos en su aflicción. Sus vecinos protestantes se acercaron a participar en sus cortejos fúnebres y funerales, e incluso reprocharon a sus políticos no haberse sumado a ellos en el duelo colectivo. Fue un cambio saludable frente a los días y años en que tales hechos violentos desembocaban casi inevitablemente en un deseo de que se diese alguna represalia colectiva y agresiva contra la otra comunidad.

En los meses siguientes continuaron las muertes. Eran sobre todo individuales y esporádicas, pero se produjo otro ataque de lealistas contra un pub, en el cual murieron seis católicos que estaban viendo un partido del Mundial de fútbol. Pero aunque continuaban los homicidios, también continuaban multiplicándose los signos de esperanza. Una y otra vez, las comunidades cruzaban las barreras sectarias para compartir el duelo. Trabajadores protestantes de los astilleros convocaron una huelga cuando un colega católico fue asesinado. Católicos auxiliaron a un soldado británico que agonizaba alcanzado por disparos del Ejército Republicano Irlandés efectuados en su nombre. Trabajadores comunitarios protestantes y católicos marcharon juntos por las calles de sus respectivos barrios, dando fe pública de su solidaridad. Y más y más miembros de los cleros empezaron a atravesar las líneas divisorias sectarias para compartir los funerales de los otros.

Allá por el verano de 1994, el deseo, y la exigencia, de paz se habían hecho implacables. Los meses anteriores habían sido de febril mediación y negociación entre gobiernos, políticos y paramilitares. Y, por fin, el 31 de agosto, llegó el anuncio:

[...] la dirección del IRA ha decidido que desde la medianoche del 31 de agosto habrá un completo cese de operaciones militares.

2. La expresión «católico romano» debería utilizarse para describir a quienes son fieles a Roma antes que a las tradiciones religiosas de la Reforma/Protestantes, pero en Irlanda del Norte se utiliza con mayor frecuencia el término «católico».

Seis semanas después, el Comando Militar Combinado Lealista (CLMC), en representación de los principales grupos paramilitares lealistas, siguió la senda anunciando su propio alto el fuego, con la condición de que no hubiera un regreso a la violencia por parte del IRA. Pedía perdón a todos aquellos que habían sido víctimas inocentes de su violencia, y apelaba a que todos en Irlanda del Norte:

[...] deberíamos tomar la firme decisión de respetar nuestras diferentes visiones de libertad, cultura y aspiraciones, y no permitir nunca más que nuestras circunstancias políticas degeneren en sangrientas guerras.

Estos anuncios del IRA y el CLMC, los principales protagonistas paramilitares de una guerra en Irlanda del Norte que se había prolongado durante 25 años con un coste de más de 3.000 vidas, marcaron un nuevo y esperanzador amanecer en la tantas veces sangrienta historia de la isla de Irlanda. Aunque el conflicto, e incluso parte de la violencia, aún no se ha acabado, el énfasis que ambas organizaciones pusieron en su deseo de avanzar hacia procesos democráticos marcó el inicio de algunas posibilidades, y retos, nuevos para Irlanda del Norte. Los meses que siguieron a las treguas no han sido fáciles, con continuos rifirrafes entre los partidos políticos sobre los acuerdos para las conversaciones multipartidistas y la entrega de las armas paramilitares. Irritado por tales demoras, en enero de 1996 el IRA dio por terminado su alto el fuego y reanudó su campaña de atentados, actuando en el centro de Londres.

Pese a ese renacer de la violencia, y pese al hecho de que aún hay muchas dificultades, especialmente sobre acuerdos en disposiciones constitucionales y sobre el compromiso de antiguos paramilitares con el proceso democrático, el renovado compromiso de los Gobiernos británico e irlandés para desarrollar en cooperación el proceso de paz es un buen augurio para futuros acuerdos políticos.

UN COSTOSO APRENDIZAJE

¿Cómo ha llegado Irlanda del Norte a este punto decisivo? La construcción del camino que ha hecho posible estos progresos ha sido el resultado del desarrollo de muchas iniciativas de resolución de conflictos, algunas de las cuales se esbozan en este libro. La trágica prolongación del conflicto nos ha proporcionado tiempo para desarrollar algunas formas sistemáticas y eficaces de hacer frente a algunas de las muchas causas y manifestaciones del conflicto. Esos acon-

tecimientos no sólo han contribuido de forma sustancial al desarrollo de la infraestructura de paz que ha hecho posible el avance, sino que también nos han ayudado a desarrollar muchos marcos, tanto conceptuales como estructurales, que continuarán inspirando positivamente nuestro avance más allá de la violencia y hacia el acuerdo político.

Este libro se ha escrito con la esperanza de que sea de utilidad e interés para otros que están luchando para afrontar y resolver conflictos étnico-políticos en sus propias áreas. A lo largo de los años de nuestro conflicto hemos aprendido muchas cosas valiosas de los esfuerzos de mucha gente involucrada en zonas conflictivas en otros puntos, pero la adquisición de la información práctica que necesitábamos sobre el desarrollo de sus programas ha sido con frecuencia difícil. Aunque reconocemos que hay diferencias sustanciales en cada conflicto, confiamos en que la información que ofrece este libro sobre los programas que se han desarrollado en Irlanda del Norte quede así más al alcance de la mano de otros que no tengan tiempo que perder y sí necesidades apremiantes.

UN COMPROMISO CON LA ESPERANZA

La trayectoria de *desconstrucción* del conflicto en Irlanda del Norte y de creación de nuevas posibilidades para su solución no ha sido fácil. Mi propio papel en estas labores comenzó en 1985, cuando, harta e irritada con el conflicto que había constreñido y oscurecido la mayor parte de la vida de mi familia, decidí meterme en el fragor de la pacificación en Irlanda del Norte. El camino me llevó a muchas vías exploratorias del mundo de la resolución de conflictos, en pleno desarrollo. Tras constatar que apenas había formación autóctona para este tipo de resolución, organicé un proyecto de preparación para la resolución de conflictos en Irlanda del Norte, con especial énfasis en necesidades y temas locales. Por medio de las universidades, también organicé cursos sobre comprensión y formas de afrontar conflictos para planificadores de programas políticos y médicos en los sectores de la administración y voluntariado. En 1985, asumí un análisis conjunto (Frazer y Fitzduff, 1986) para un organismo asesor del Gobierno sobre la idoneidad o no de las estrategias existentes para la resolución de conflictos y en particular del trabajo de relaciones intercomunitarias. El informe concluía que ese trabajo era inadecuado, no estratégico y con muy escasa dotación económica, puesto que se le destinaba menos del uno por ciento del presupuesto de seguridad.

Espoleado por el informe, en 1988 el Gobierno constituyó en su propio seno una unidad central, la Unidad Central de Relaciones Comunitarias,³ para supervisar el desarrollo de esa labor, y en 1990 la unidad, a su vez, instituyó el Consejo de Relaciones Comunitarias (CRC), un organismo independiente dedicado a mejorar las relaciones entre las comunidades y a fomentar la resolución de conflictos en Irlanda del Norte.⁴ Al Consejo se le asignó la misión de abordar el trabajo de elaboración con instituciones y grupos de personas interesadas en afrontar el conflicto de forma productiva, y de apoyar ese trabajo con fondos económicos donde fuera necesario. Su misión también incluía asesorar al Gobierno en materias que plasman la división comunitaria, tales como planificación, desarrollo económico y comunitario, y educación. Como primera directora del CRC, he disfrutado del privilegio de formar parte de muchos de los acontecimientos relatados en este libro, y observar, casi directamente, otros.

UN RECORRIDO COMPLEJO

Quizás la primera lección, y la más obvia, que hemos aprendido a lo largo de los años a medida que nuestro conflicto iba inutilizando cualquier solución sencilla, es que resolver un conflicto, en especial aquellos que en general se definen como *intratables*, es un proceso complejo e interrelacionado. En cierta manera, es como hacer un rompecabezas en el que, incluso tras encajar correctamente todas las piezas, el dibujo completo puede aparecer aún con fracturas. Hemos aprendido que es imposible separar la violencia de la aparente falta de creatividad política. Sabemos que las discusiones políticas han fracasado en general por la falta de relaciones de confianza entre

3. La Unidad Central de Relaciones Comunitarias (Central Community Relations Unit) se creó como tal unidad dentro de la Oficina para Irlanda del Norte, con el mandato de promover las relaciones comunitarias mediante su trabajo con otras entidades gubernamentales. Además, tiene responsabilidad global de asegurar la eficaz aplicación del trabajo de igualdad dentro y por el Gobierno, y de los programas municipales de relaciones comunitarias (capítulo 3).

4. La financiación del Consejo de Relaciones Comunitarias proviene de una combinación de la Comunidad Europea, el Gobierno británico y fondos de fundaciones. Su presupuesto, en 1995, fue de unos cuatro millones de dólares (600 millones de pesetas), y tenía una plantilla de 16 personas. Sus funciones principales son subvencionar trabajo de reconciliación y ayudar a su desarrollo.

los políticos. Entendemos que los políticos sienten en muchos casos que no pueden ir más allá de las percepciones y temores de sus propias comunidades. Sabemos que afrontar las desigualdades estructurales es una parte esencial de la resolución de conflictos, pero que muchas de ellas sólo pueden ser corregidas si hay un desarrollo económico adecuado.

Sólo reconociendo y afrontando los diversos hilos de estas complejidades hemos conseguido movimientos significativos para ir abriendo los corsés que tanto han restringido nuestro avance. Es interesante ver que algunos de los más recientes trabajos teóricos sobre resolución de conflictos (Lederach, 1994; Dugan, 1994) confirman la necesidad de un enfoque multifacético en este ámbito.

Nos hemos encontrado con que la práctica de desarrollar «piezas de paz» (Rothman, 1992) es útil, dado que ofrece a los grupos una forma manejable de afrontar conflictos localizados e institucionales y una forma de ir acumulando experiencia y confianza antes de pasar a afrontar las macrocuestiones de la pacificación política. Ese concepto proporciona una idea más perfilada a esos grupos, que en muchos casos están descorazonados e intimidados por el sentimiento de la abrumadora necesidad de poner fin a toda violencia lo antes posible. Muchas de esas piezas de paz, desarrollándose lentas pero seguras a lo largo de los años, proporcionan el grueso de este libro, que esboza algunos de los enfoques que se han inventado para afrontar problemáticas particulares del conflicto. Entre esas piezas están el trabajo dentro y entre grupos y comunidades a todos los niveles para incrementar la mutua comprensión y cooperación (capítulo 3); el trabajo cultural que puede materializar la riqueza en potencia de la diversidad y el pluralismo (capítulo 4); los programas diseñados para abordar cuestiones de igualdad (capítulo 5); la contención militar de la violencia (capítulo 6); el cuestionamiento del paramilitarismo por parte de la comunidad (capítulo 7); y el trabajo diseñado para facilitar la discusión y mediación políticas (capítulo 8).

El libro contiene también un capítulo sobre las principales dimensiones del conflicto, tanto en términos históricos como temáticos, que será especialmente útil para quienes desconozcan los detalles del conflicto (capítulo 1). Incluye asimismo una sección en la que se esboza un esquema de las estrategias de resolución de conflictos que se están desarrollando en Irlanda del Norte así como del pensamiento teórico que las respalda (capítulo 2) y un capítulo sobre el trabajo de formación o preparación que se ha diseñado con el fin de incrementar la capacidad de las personas para trabajar en el área de resolución de conflictos (capítulo 9).

UNA NECESIDAD GLOBAL

En pocas ocasiones ha sido tan evidente la necesidad de programas positivos y eficaces para afrontar conflictos. La última década del milenio parece empeñada en demostrarnos la abrumadora y urgente necesidad de afrontar a nivel global el tipo de temas a los que nos hemos enfrentado en Irlanda del Norte. Situaciones que emergen en otros puntos reflejan los dilemas con los que hemos estado luchando. Reivindicaciones de autodeterminación, respaldadas por lucha armada; impulsos destructivos de limpieza étnica en formas sutiles o manifiestas; y la falta de marcos adecuados, creativos y acordados a nivel internacional para afrontar estos dilemas, han sido el nudo gordiano de nuestro conflicto durante muchos años.

Es nuestra esperanza que esas nuevas emergencias internacionales añadan un ímpetu creciente al trabajo de prevención y resolución de conflictos, y que la importancia de ese trabajo se reconozca mediante la corrección del desequilibrio entre los recursos que los gobiernos asignan actualmente a la guerra y los que asignan a la búsqueda de la paz.

Incluso el gran historiador bélico John Keegan ha llegado a la conclusión de que las tareas de resolución de conflictos, de naturaleza pacífica, son la única esperanza para el futuro de nuestro mundo (Keegan, 1993). Esperemos que tal conclusión encuentre cada vez más apoyo y financiación de los detentadores y administradores del poder en todo el mundo, a nivel institucional e individual, y que ese trabajo sea reconocido como el trabajo profético y necesario que sabemos que es en el caso de Irlanda del Norte.

I. Una isla dividida

En general, los conflictos son mucho más fáciles de comprender vistos desde fuera que cuando se observan desde dentro, e Irlanda del Norte no es una excepción. Como la mayoría de los conflictos, y en especial los que son muy prolongados, éste ha sido de naturaleza multidimensional y ha necesitado de una variedad de aproximaciones para su resolución. Los párrafos que siguen son un breve esbozo de las diversas dimensiones del conflicto según se han ido produciendo a lo largo de la historia de la región.

PLANTACIONES Y DIVISIONES

La violencia civil estalló en Irlanda del Norte en 1969, y su prolongación a lo largo de veintiséis años ha convertido a éste en el más largo período violento desde que la isla fuera dividida por Gran Bretaña, con el reticente asentimiento de los nacionalistas, en 1921.

La partición realizada en 1921 fue tan sólo un acontecimiento más en la larga saga de divisiones en la isla que comenzó con la colonización británica de Irlanda en el siglo XII. Un arma fundamental en el empeño británico de lograr dominar la isla a lo largo de los siglos fue el uso de las plantaciones, que consistía en donar tierras irlandesas a soldados británicos que habían luchado en Irlanda, o a grupos de personas que deseaban mejorar su situación, económica o religiosa, trasladándose a Irlanda. En muchas partes de la isla, muchas de esas personas y sus familias, y especialmente los que llegaron en las primeras etapas de las plantaciones, acabaron integrando sus vidas con las de los nativos irlandeses. Otros, sin embargo, principalmente los que llegaron desde Escocia (y algunos de Inglaterra) al norte de la isla en los siglos XVII y XVIII, mantuvieron sus rasgos distintivos

religiosos y políticos. Eran los *plantadores* protestantes. Su religión era el resultado de la reciente Reforma que había dividido a la cristiandad, y en particular en las Islas Británicas, donde sólo la isla de Irlanda permaneció en conjunto leal al cristianismo romano/catolicismo.

A lo largo de los siglos, fueron frecuentes las insurrecciones y rebeliones de los irlandeses nativos contra el dominio británico. Aunque esos episodios se superaron con éxito, la presión sobre el Gobierno británico para que concediera alguna forma de independencia limitada a la isla continuó creciendo, y, para finales del siglo XIX, Gran Bretaña contemplaba en sus previsiones parlamentarias decretos de autonomía para la isla, que le habrían concedido una independencia limitada.

La intención de conceder esa independencia restringida chocó con la firme resistencia de los plantadores protestantes del Norte, que deseaban mantener la unión porque temían ser absorbidos en una Irlanda unida mayoritariamente católica, en la que creían que su libertad religiosa se vería restringida. También desconfiaban de la peor situación económica del resto de la isla, comparada con la relativamente próspera y más industrializada situación de su propia región. La mayoría de los católicos que vivían en la región norteña, que eran descendientes de los nativos desplazados por los colonizadores mediante las plantaciones, deseaba la independencia de Gran Bretaña y una Irlanda unida.

Los protestantes, conocidos como «unionistas» por su deseo de conservar la unión con Gran Bretaña, amenazaban con utilizar la fuerza si se les coaccionaba a vivir en una Irlanda unida y empezaron a movilizar ejércitos privados contra tal eventualidad. En un intento de compromiso, el entonces primer ministro británico, Lloyd George, insistió en que la isla fuera dividida en dos secciones, los Seis Condados del nordeste y el resto de la isla, cada parte con su propio parlamento. Los dirigentes nacionalistas irlandeses quedaron divididos ante este planteamiento, pero la oferta acabó siendo aceptada, bajo fuertes presiones, por aquellos líderes que fueron enviados a negociar el tratado con los británicos, y que deseaban evitar el regreso a lo que podía ser un conflicto cada vez más sangriento en Irlanda. También fue aceptado con reticencias por los unionistas, pues su principal deseo era que toda la isla permaneciese en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

La decisión de dividir la isla llevó a un amargo conflicto civil entre los nacionalistas que aceptaban la partición y los que la rechazaban. Finalmente, en 1923, quienes aceptaban la partición lograron

una victoria sangrienta y, con el consentimiento de Dublin y Westminster, se creó el Estado Libre Irlandés. En 1938 adoptó la forma de República, bajo el nombre oficial de Eire, aunque es conocido internacionalmente como la República de Irlanda.

ESTADO VERDE, ESTADO NARANJA

El establecimiento de las dos entidades separadas de la República de Irlanda e Irlanda del Norte aseguró el desarrollo de dos Estados sec-tarios al norte y al sur de la frontera que los dividía. La mayoría de los ciudadanos de la República son católicos, un hecho que se ve permanentemente reflejado en las leyes del Estado desde la independencia. Incluso hoy, el código de valores de la República queda patente en el dato de que los anticonceptivos sólo se pueden obtener legalmente desde los años ochenta, y en muchas farmacias aún se niegan a venderlos. El divorcio se legalizó en 1995 y el aborto es aún ilegal. El 10% de protestantes que se quedó dentro de las fronteras de la República se ha reducido a un 4%. Ese hecho concreto es el resultado de un conjunto de factores, entre los cuales no es el menor el empeño de la Iglesia católica de que los hijos de matrimonios mixtos sean educados como católicos.

Irlanda del Norte tiene una población que ronda el millón y medio de personas. En la época de la partición, en 1921, los protestantes unionistas tenían una mayoría de dos tercios en la región. La mayor parte de los católicos de la zona se indignaron al encontrarse dentro del nuevo Estado porque temían ser discriminados. Sus temores demostraron estar bien fundados. Cuando los protestantes tomaron el poder en Irlanda del Norte establecieron lo que era básicamente un Estado protestante, que discriminaba en la práctica a los católicos en vivienda, trabajo y representación política. Ser miembro de la Orden de Orange, una sociedad totalmente protestante, era requisito básico en muchos casos para ascender en la política y los negocios.

La existencia de esta discriminación, que resultó ser el principal detonante de las campañas de derechos civiles de finales de los sesenta, está bien documentada (Cameron, 1969; Rose, 1971). Uno de los principales agravios era el *gerrymandering*, o apaño de las delimitaciones de los distritos electorales para discriminar a los católicos, y la existencia de un desequilibrado sistema de votación que favorecía a los protestantes.

El ejemplo más descarado de manipulación de distritos electorales tuvo lugar en la ciudad de Londonderry —hoy llamada Derry—.

La ciudad tenía una amplia mayoría de católicos, pero se diseñaron los distritos de tal forma que el Ayuntamiento siempre tuviera una mayoría sustancial de concejales unionistas, pese al carácter de minoría numérica de la población unionista. La práctica de conceder voto múltiple a los propietarios de grandes negocios también favorecía el peso del voto protestante.

Este tipo de apaños aseguró que la mayoría de los municipios estuvieran dominados por unionistas, y en consecuencia, supuso que los criterios de concesión de vivienda y empleo fueran muy parciales. Por ejemplo, en 1969, en el distrito de Dungannon, no había ni un solo católico entre los empleados municipales administrativos, de oficinas o técnicos, pese a que los católicos constituían aproximadamente la mitad de la población. Los católicos quedaban en general excluidos también de otras áreas principales de empleo en el sector privado y en empresas subvencionadas por el Estado como las del sector naval, dado que éstas también eran de propiedad o control protestante.

Algunos unionistas aún niegan que hubiera discriminación significativa contra los católicos en el período en que el Partido Unionista detentó el poder en el Norte de Irlanda, 1921 a 1971. Otros unionistas reconocen que hubo discriminación, pero alegan que surgió por el temor a que la misma existencia de su Estado se viera amenazada por lo que entendían como una minoría subversiva. Este temor parece haber estado muy extendido, según se deduce de la siguiente declaración hecha en 1948 por un parlamentario unionista de Enniskillen en el Condado de Fermanagh, en la Conferencia anual del Partido Unionista:

La mayoría nacionalista del condado [...] es de 3.684. A la larga, tenemos que reducir y liquidar esa mayoría. Este condado [...] es un condado unionista. El ambiente es unionista. Los consejos de administración y propiedades están casi todos controlados por unionistas. Pero esto es aún una cruz que soportamos [...]. Pediría a la asamblea que adopte cualquier medida, por muy drástica que sea, para anular esta mayoría nacionalista. (De Paor, 1970: 154).

PERSONAS SEPARADAS

La existencia de tal grado de odio sectario fue producto inevitable de un sistema de *plantación* diseñado para garantizar la permanente separación de *plantadores* y *nativos* con el fin de asegurar a los británicos una gobernación ordenada a través de sus colonos. A diferencia de las primeras plantaciones, en las que la integración gradual

entre nativos y colonos en la isla fue la norma, influjos más tardíos sólo llevaron a una sociedad tremendamente dividida que ha mantenido la mayoría de esas divisiones hasta hoy. Éstas se han combinado con éxito entre sí para crear lo que LeVine y Campbell (1972) califican de estructura «piramidal-segmentaria», es decir, una estructura en la cual las diferentes categorías de naturaleza social, política, cultural y teológica raramente se tocan entre sí, y la segregación se convierte en norma.

En ningún lugar es más evidente esta segregación que en los barrios, en los lugares de convivencia cotidiana. En las áreas rurales, muchas de las localidades más pequeñas son completamente *propiedad* de una tradición o la otra; esa propiedad se reconoce fácilmente por la bandera que ondea en farolas y casas, por los murales y pintadas, por los bordillos de las aceras pintados en los diferentes colores nacionales y por la presencia de iglesias y locales Orange o Hibernianos.⁵ Las organizaciones que florecen en esas áreas están también generalmente segregadas: los granjeros pertenecen a sindicatos agrarios diferentes, el Instituto de la Mujer (una organización rural de mujeres) es fundamentalmente protestante, y en áreas rurales en particular gran parte de la vida social de ambas comunidades gira en torno a las diferentes iglesias. En algunas áreas, grupos políticos-paramilitares han establecido sus propios locales de ocio y consumo; en ellos, situados al final de caminos sin señalar y tras alambradas (por temor a ataques de sus enemigos), los clientes pueden beber en lo que perciben como relativa seguridad, combinando muchas veces su ocio con la entonación de los cánticos de guerra de su comunidad.

Las vidas en las urbes no resultan menos divididas. Los muchos lugares de esparcimiento están generalmente asociados a una tradición en particular, en algunos casos porque no abren en domingo (una tradición protestante) o por el nombre del centro, los símbolos o la bandera que ostentan. Las áreas fronterizas dentro de las ciudades suelen estar bien definidas por banderas y pintadas, así como por bordillos pintados. Estos guetos tienen sus propios problemas en las zonas fronterizas entre sí, zonas de interacción. Hay trece de esas zonas en la ciudad de Belfast, en las cuales ha sido necesario construir entre calles colindantes altos muros, llamados *muros de paz*, para dividir a las comunidades entre sí a causa de los constantes disturbios o asesinatos.

5. La Orden de Orange es una organización masculina protestante, estrechamente vinculada al principal partido unionista. La Antigua Orden de los Hibernianos es una organización masculina, nacionalista, católica.

El sistema educativo está casi totalmente segregado. Los católicos raramente asisten a las escuelas públicas, en teoría abiertas a todas las confesiones y religiones; constituyen sólo el 5% del alumnado, e ir a tales escuelas está mal visto por la Iglesia católica. Pese a que han empezado a proliferar escuelas integradas (véase el capítulo 3), hasta ahora sólo atienden a aproximadamente el 2% de la población escolar. Los clubes juveniles también son separados y los Boy Scouts y las Girl Guides (chicas scouts) tienen organizaciones diferentes para la juventud católica o protestante.

En Irlanda del Norte, los deportes también reflejan en general la fractura confesional. Los católicos suelen practicar el fútbol gaélico, *camogie* y *hurling*, juegos tradicionales de Irlanda. Los protestantes juegan en las escuelas a rugby, hockey y cricket, deportes asociados generalmente con Gran Bretaña. Aunque ambas comunidades practican el fútbol, el apoyo a los equipos se concede fundamentalmente en función de cuestiones confesionales, y este deporte ha ocasionado alguna vez violentas expresiones de sectarismo tanto por parte de jugadores como de espectadores. Incluso allí donde las comunidades disfrutaban del mismo deporte —por ejemplo, el boxeo, los bolos o el atletismo—, éstos tienden a estar organizados en torno a iglesias o locales juveniles que son esencialmente confesionales y por lo tanto evitan la interrelación.

Las celebraciones culturales, y en especial las marchas y festividades que conmemoran victorias o derrotas de cada comunidad, dan pie con frecuencia a situaciones de división a veces violentas. Actividades como la música y los bailes están alineadas con las identidades diferenciadas, por ejemplo, irlandesa o escocesa/británica. Y el uso de la lengua irlandesa ha dividido especialmente a las comunidades.

Tampoco los centros de trabajo proporcionan una oportunidad para la relación intercomunitaria, dado que la mayoría de los sectores de empleo (con excepción del sector público) están segregados; esto es evidente sobre todo en la pequeña empresa, que supone la mayoría de las empresas en Irlanda del Norte. Más de la mitad de los centros de trabajo controlados por la Comisión de Empleo Equitativo (véase el capítulo 5) emplean menos de diez católicos o protestantes (FEC, 1993).

Por supuesto, hay algunas excepciones a tal separación. El centro de algunas ciudades, especialmente Belfast, proporciona a las comunidades alguna posibilidad de contacto, en los diversos pubs, teatros, restaurantes y áreas comerciales. También hay un considerable número de matrimonios mixtos —se calcula entre un 10 y un 16%

de la población— y últimamente parecen ser un fenómeno creciente. Sin embargo, como las áreas residenciales están segregadas, los miembros de tales matrimonios suelen ser objeto de intimidación.

Esta situación general significa que a un considerable número de personas, especialmente a aquellas de zonas urbanas de clase trabajadora o áreas rurales, les es posible estudiar, vivir, trabajar y mantener relaciones sociales durante la mayor parte de sus vidas casi completamente dentro de su propia comunidad, y por tanto no desarrollan relaciones de calidad o prolongadas con nadie de otra comunidad. Incluso cuando se da tal contacto —con más frecuencia en las clases medias, que tienen mayor acceso a lugares de trabajo y ocio compartidos—, éste se caracteriza por evitar, educada pero premeditadamente, cualquier reconocimiento o discusión de diferencias, en la creencia de que tal debate será conflictivo. En palabras de Seamus Heaney, premio Nobel local de poesía, el concepto clave para tales conversaciones sigue siendo «digas lo que digas, no digas nada».

HEGEMONÍA POLICIAL

Se considera a la policía como un ente que no sólo consolida las divisiones sino que representa y apoya la hegemonía unionista protestante. En 1922 se creó un nuevo cuerpo policial para el Estado, Royal Ulster Constabulary (RUC), recomendándose que un tercio de sus efectivos procediese de la población católica. En la práctica, las presiones políticas, tanto de unionistas como de los propios católicos que recelaban y rechazaban el nuevo Estado, provocaron que la cuota nunca se completase, y para finales de los años veinte sólo el 17% de la policía eran católicos (Farrell, 1983). En 1969, la proporción de católicos en la fuerza policial había caído a poco más del 10%. En 1994, la cifra era del 7%. El recelo innato y el resentimiento hacia el Estado de Irlanda del Norte que sienten la mayoría de los católicos les lleva inevitablemente a seguir sospechando de lo que perciben como un poder policial totalmente parcial.

CONFLICTO CIVIL, 1969

Dadas tales pautas de separación y una fuerza policial considerada claramente parcial, no resulta sorprendente que las marchas de 1968 por los derechos civiles, contra la discriminación de los católicos (pacíficas en un primer momento), fueran recibidas con recelo y temor por los protestantes unionistas. Siempre conscientes de su situación de grupo minoritario en el conjunto de la isla de Irlanda, y de su secu-

lar temor a la subversión de los católicos que intentan forzarles a una Irlanda unida, los unionistas reaccionaron con furia, y en algunos casos con violencia, a las exigencias católicas de igualdad. Un agravio concreto que prendió diversas protestas fue, en 1968, la asignación por el Ayuntamiento protestante de Dungannon de una vivienda a una mujer soltera protestante, pasando por alto las necesidades de familias católicas locales con hijos. La protesta se extendió con rapidez, abarcando otras áreas en las que los católicos eran conscientes de su discriminación en materia de empleo y circunscripciones electorales.

Cuando quedó patente que los unionistas en el poder no tenían intención de afrontar con la necesaria rapidez las exigencias de derechos civiles que se estaban formulando, la campaña evolucionó gradualmente por parte de algunas personas hacia una campaña violenta, basada en la creencia de que la igualdad era imposible en el marco de las estructuras estatales existentes, y de que la única solución era una Irlanda unida.

LA RESURRECCIÓN DE LOS PARAMILITARES

El más violento impulsor de esta idea fue el Irish Republican Army (IRA, Ejército Republicano Irlandés), descendiente del más poderoso grupo militar que luchó por la independencia en 1921. El grupo militar había permanecido alejado desde la guerra civil que siguió a su oposición a la partición. Sin embargo, cuando el malestar civil estalló en 1969, la violencia paramilitar republicana experimentó un crecimiento significativo. Aunque el IRA no había tenido parte sustancial en el fomento del malestar civil de 1969 (Bishop y Mallie, 1987), algunos católicos, temiendo por su seguridad en los disturbios que seguían a las marchas pro derechos civiles, empezaron a solicitar la protección del IRA. A finales de 1969, el IRA había comenzado a reagruparse, y a principios de 1970 sus militantes estaban enfrentándose a las tropas británicas que habían llegado a la isla para colaborar en el control de disturbios. Hacia diciembre de 1970 se calculaba que el IRA había reclutado unos ochocientos activistas, y durante los meses siguientes su violencia se desató en campañas masivas con explosivos contra objetivos civiles, instalaciones públicas y militares. En un intento por frenar la escalada de violencia, en agosto de 1971 se implantó el internamiento (encarcelamiento) sin procesamiento ni juicio. Miles de soldados encerraron a aquellas personas de la comunidad católica/nacionalista sospechosas de estar implicadas en provocar o materializar actos violentos. Ni siquiera se intentó inter-

nar a sospechosos lealistas, pese a la evidencia de violencia por su parte. La información a partir de la cual actuaron las autoridades era mala y estaba anticuada (Bardon, 1992). Al internamiento le siguió un incremento de la violencia. Al día siguiente de su entrada en vigor, once personas murieron sólo en Belfast, se levantaron barricadas en los barrios de Creggan y Bogside en Derry, y miles de personas tuvieron que abandonar sus viviendas por la intimidación. Aunque la mayor parte de los detenidos por el internamiento quedaron posteriormente en libertad, la medida contribuyó a incrementar el respaldo a los paramilitares republicanos.

En enero de 1972 el apoyo al IRA se reforzó cuando soldados británicos dispararon contra una manifestación nacionalista en Derry, matando a trece hombres. La investigación oficial determinó que el uso de las armas había rayado en la irresponsabilidad. Para muchos católicos, el incidente marcó el final de sus esperanzas de conseguir sus derechos mediante las estructuras estatales existentes, y para muchos la cuestión se convirtió en «una Irlanda unida o nada».

A finales de la década de los setenta, el IRA se dio cuenta de que tenía que construir una base política de masas para que su campaña fuera eficaz. Tras el éxito de una campaña de huelga de hambre de algunos de sus militantes encarcelados, en la que uno de los huelguistas, Bobby Sands, fue elegido miembro del Parlamento británico, el IRA diseñó la estrategia de «en una mano la urna, en la otra la armalite».* Esta estrategia significaba combinar la presión política y la paramilitar para lograr sus objetivos. El Sinn Fein, brazo político del IRA, se presentó a las elecciones locales y regionales, y en 1983 y 1987 obtuvo más del 11% de los votos en Irlanda del Norte, un porcentaje que se ha mantenido relativamente estable desde entonces.** En la República de Irlanda el voto ha permanecido en torno al 2%.

Fue durante los sesenta cuando los paramilitares lealistas, llamados «lealistas» por su profesión de lealtad a la Reina, monarca de Gran Bretaña, empezaron también a renacer. Les preocupaban los tanteos sobre reformas, que contemplaban derechos civiles, sugeridas por el primer ministro de Irlanda del Norte, Terence O'Neill, que se veían como amenazas a la hegemonía protestante en Irlanda del Norte. El reclutamiento a las filas de los paramilitares lealistas creció cuan-

* Nota de la traductora: *Armalite* es un tipo de arma de fuego utilizada por el IRA en la época.

** Nota de la traductora: En 1997 ese voto subió hasta el 15%, en el proceso de elecciones británicas e irlandesas y en las votaciones para la ronda de conversaciones de Stormont.

do estalló la violencia en las calles en 1969. Casi cada noche había disturbios entre barrios católicos y protestantes de las zonas de clase trabajadora en Belfast y atentados con explosivos por parte del IRA casi a diario, con frecuencia contra pubs de clientela protestante o en el centro de la ciudad. Había ataques de francotiradores desde barrios protestantes contra barrios católicos y viceversa. En casi todas las áreas de clase trabajadora de Belfast los hombres, tanto católicos como protestantes, formaron grupos de vigilantes para proteger sus calles; muchos de estos vigilantes se pasaron posteriormente a los paramilitares. En 1972, airados por la imposición del gobierno directo desde Westminster, cuando el control político local de Irlanda del Norte fue derogado en favor del control político directo desde Londres por el Gobierno británico, muchos de los grupos protestantes se fusionaron para formar la Ulster Defence Association (UDA, Asociación de Defensa del Ulster), cuya rama específicamente militar se autodenominó Ulster Freedom Fighters (UFF, Luchadores por la Libertad del Ulster). Sus programas consistían básicamente en atentar con explosivos contra pubs católicos y poner en el punto de mira a católicos para asesinarlos. En general justificaban estas muertes con el argumento de que las víctimas estaban activamente vinculadas al IRA, aunque estas acusaciones raramente tenían base.

En 1974, los paramilitares lealistas, como parte del Consejo de Trabajadores del Ulster, desempeñaron un papel importante en echar abajo el acuerdo político para compartir el poder alcanzado por los principales partidos. Su negativa se basó en su rechazo a las estructuras de cooperación con Dublín, propuestas como parte del acuerdo. Los lealistas bloquearon el suministro de gasolina y electricidad, cerraron los puertos a la importación de alimentos, combustible y pienso para el ganado, y mataron a 32 personas en atentados indiscriminados en la República de Irlanda. Estas acciones forzaron el hundimiento del más prometedor acuerdo político alcanzado por todos los partidos constitucionales en Irlanda del Norte en los veintiséis años del conflicto.

Se calcula que el número de paramilitares republicanos activos oscila entre 200 y 300 (RISCT, 1991), aunque, obviamente, muchos más simpatizantes contribuyen a la campaña militar proporcionando pisos francos, escondiendo armas y aportando financiación. El número de lealistas activos se calcula en unos 150-200 (RISCT, 1992), aunque también ellos tienen apoyo activo y pasivo de muchas más personas en sus comunidades. Pese a su pequeño número, los paramilitares son responsables de la mayoría de los horribles atentados con explosivos o disparos, y de los secuestros, negocios turbios e

intimidación que han jalonado los últimos veinticinco años del conflicto en Irlanda del Norte.

EL PRECIO DEL CONFLICTO

Más de 3.400 personas han muerto desde que se inició el movimiento pro derechos civiles en 1969, y más de 30.000 han sufrido heridas diversas. Aproximadamente el 60% de las muertes fueron causadas por paramilitares republicanos, y el 30% por los lealistas; los asesinatos de estos últimos vienen aumentando sin cesar desde 1992. Un 10% de las muertes fueron responsabilidad de las fuerzas de seguridad, muchas de ellas en circunstancias conflictivas. La mayoría de estas muertes ocurrieron en lugares especialmente difíciles, donde hay considerables zonas de interacción entre las comunidades. En un área de 1.600 metros cuadrados del norte de Belfast se han producido más de 600 asesinatos a lo largo del conflicto. El número de muertes alcanzó un máximo de 467 al año a mediados de la década de los setenta, pero descendió a unas 80 en la etapa entre 1984 y 1993.

Las víctimas perdieron la vida por asesinatos, coches bomba, bombas contra pubs, matanzas en masa, cartas bomba, utilización de *bombas humanas*, carnicerías rituales e incidentes callejeros. Además, ha habido intimidación constante de los paramilitares a sus propias comunidades. Intimidación, disparos en la rodilla o en la columna vertebral, atracos a mano armada y estafas son acciones habituales en muchas comunidades, especialmente en aquellas zonas donde el control policial es mínimo.

Además de los que han muerto en Irlanda del Norte, unas 200 personas han fallecido en la República de Irlanda, en el resto de Gran Bretaña y en Europa como resultado directo del conflicto.

En un intento por contener el conflicto, hay una férrea presencia militar en las calles, de entre 12.000 y 19.000 soldados británicos en total, dependiendo del nivel de conflicto. Además, en Irlanda del Norte la proporción de policías por civiles triplica la del resto del Reino Unido, la mayoría de ellos dedicados a contener las manifestaciones del conflicto.

LOS POLÍTICOS

Una de las principales dificultades para poner fin a la violencia paramilitar ha sido el fracaso, prácticamente total, de los representantes electos de las comunidades para ponerse de acuerdo sobre las posibilidades de un acuerdo político, bien dentro de la región, bien

dentro de la isla. Los objetivos de los políticos no se diferencian demasiado de los objetivos de muchos de los paramilitares, y con frecuencia los partidos políticos constitucionales se acusan mutuamente de estar en connivencia con los diversos grupos armados.

El principal exponente democrático del deseo de una Irlanda unida es el Social Democratic and Labour Party (SDLP, Partido Socialdemócrata Laborista), mayoritariamente católico, que mantiene un porcentaje electoral estable que ronda el 20%.

Casi todos los protestantes siguen deseando mantener los vínculos constitucionales con Gran Bretaña, y muchos siguen temiendo el descenso del bienestar material y un posible exceso de influencia del catolicismo en una Irlanda unida. Hay dos partidos políticos principales a favor del mantenimiento de la unión con Gran Bretaña: el Ulster Unionist Party (UUP, Partido Unionista del Ulster), y el Democratic Unionist Party (DUP, Partido Democrático Unionista). Entre ambos se llevan en torno al 55% de los votos. El Alliance Party (Partido de la Alianza), considerado en general como un partido más moderado con militancia tanto de protestantes como de católicos, está en líneas generales a favor de la unión, y registra entre un 8 y un 10% de los votos.

El Sinn Fein obtiene de forma bastante estable entre el 10 y el 12% del voto en Irlanda del Norte y cerca del 2% en la República de Irlanda.

En general, el tema central del debate político y constitucional, así como el objetivo principal de las campañas paramilitares, es la cuestión que se planteó en 1921: si Irlanda debe ser un país políticamente unido y regido desde Dublín o si Irlanda del Norte debe permanecer bajo soberanía británica.

Dada la historia de las divisiones en la isla, no es de extrañar que resulte tan difícil llegar a un acuerdo sobre cómo compartirla. El acuerdo alcanzado de mala gana mediante la partición de 1921 no satisfizo de hecho a ninguna de las partes implicadas. Poco se hizo a raíz de ese acuerdo por los partidos del norte o del sur para garantizar el necesario contacto y la labor de reconciliación que podrían haber reducido los viejos recelos y odios en las dos partes de la isla. Para agravar la situación, se trabajó muy poco sobre sistemas acordados de gobierno, justicia y reparto de recursos entre las dos comunidades del norte.

Así pues, cuando las reivindicaciones de derechos civiles empezaron a llenar las calles en 1969, el Gobierno existente, un monolito unionista, se demostró incapaz de hacer frente a la situación, y el Gobierno británico se vio forzado a introducir en 1972 la adminis-

tración directa desde Londres. Cesó al Gobierno de Stormont e instituyó una oficina de coordinación para tomar el control de Irlanda del Norte desde Londres. El gobierno directo se ha mantenido en Irlanda del Norte desde entonces, con la excepción de un período de cinco meses en 1974. Lo preside un secretario de Estado británico, auxiliado por unos cuatro ministros que no son de Irlanda del Norte. Cuentan con los servicios del funcionariado local, excepto algunas funciones que permanecen bajo control de Londres. Ha habido poca aportación directa de los cargos políticos locales al Parlamento de Londres sobre decisiones referentes a Irlanda del Norte hasta hace poco, cuando se creó un comité selecto en Westminster para fiscalizar decisiones administrativas y algunos asuntos concretos. La región elige 17 diputados del Parlamento de Westminster. Es probablemente cierto que la falta de influencia real de esos políticos locales ha permitido que muchas reformas de naturaleza igualitaria se implantaran con éxito en Irlanda del Norte (véase el capítulo 5).

Desde 1972, han fracasado todos los intentos de convencer a los partidos políticos representativos de llegar a algún acuerdo sobre cómo compartir el poder en Irlanda del Norte. Lo más cerca que estuvo el Gobierno de Londres de conseguir tal acuerdo fue en 1974, cuando los partidos constitucionales (es decir, aquellos partidos que se comprometen a utilizar sólo el proceso democrático y no la violencia) acordaron una cierta fórmula de reparto del poder en el gobierno. Se reinstauró un órgano parlamentario para gobernar Irlanda del Norte, y, además, los partidos acordaron que hubiera un Consejo de Irlanda, que sería un organismo transfronterizo integrado por representantes electos de la República de Irlanda e Irlanda del Norte. Este Ejecutivo de poder compartido sólo sobrevivió cinco meses antes de ser destruido por los paramilitares lealistas; su derrocamiento llevó de nuevo al gobierno directo por el Ejecutivo británico. Se intentó un nuevo acuerdo para la transmisión de poderes en 1982, pero fue boicoteado por los nacionalistas porque ignoraba la dimensión irlandesa.

LA DIMENSIÓN ANGLO-IRLANDESA

A mediados de los ochenta, el Gobierno británico volvió su atención hacia las iniciativas externas, y en 1985 los Gobiernos británico e irlandés firmaron el Acuerdo anglo-irlandés. Se trataba de un acuerdo internacional, que se registró en las Naciones Unidas. Reconocía formalmente que cualquier cambio en el estatus de Irlanda del Norte sólo podía darse con el consentimiento de la mayoría de la pobla-

ción de aquel territorio. También reconocía, por primera vez, que la República irlandesa tenía intereses legítimos en Irlanda del Norte, estableciendo una conferencia intergubernamental en la que ambos ejecutivos pudieran debatir cuestiones políticas que afectasen al Norte. Aunque la República sólo tendría una capacidad consultiva sin poderes ejecutivos o de veto, las cuestiones a debate eran importantes, incluyendo materias políticas, legales, de seguridad y de cooperación transfronteriza. Al Gobierno irlandés se le concedía explícitamente el derecho a opinar sobre los organismos de justicia e igualdad que operasen en Irlanda del Norte, así como sobre los organismos implicados en materias de seguridad. El acuerdo también comprometía a ambos gobiernos a promover un Ejecutivo compartido con poderes transferidos que lograra amplia aceptación en ambas comunidades.

El acuerdo tuvo gran respaldo en Gran Bretaña y en la República de Irlanda. Sin embargo, fue rechazado por los unionistas, que entendieron que diluía la unión con Gran Bretaña, y, aunque fue bien acogido por el SDLP, fue rechazado por el Sinn Fein, al considerar que confirmaba la partición. Pese a la amplia oposición de los unionistas, el acuerdo sigue funcionando y ha incrementado considerablemente la capacidad de ambos gobiernos de afrontar el conflicto como un problema común.

En 1989 el secretario de Estado de Irlanda del Norte intentó de nuevo convencer a los partidos políticos constitucionales para que llegasen a un nuevo acuerdo político sobre la base del llamado proceso de conversaciones de tres hebras, que abarcaría tres grandes áreas de debate. El primer tramo afectaba a posibles estructuras internas para Irlanda del Norte; el segundo se centraba en las posibilidades en el contexto de toda Irlanda, y el tercero abordaba la cuestión de las relaciones británico-irlandesas. Aunque estas conversaciones alcanzaron algunos pequeños éxitos, al final las diferencias resultaron ser demasiado difíciles de superar y en el verano de 1992 los contactos se interrumpieron.

Posteriormente, en marzo de 1993, John Hume, dirigente del SDLP, y Gerry Adams, líder del Sinn Fein, comenzaron una serie de reuniones para ver si conseguían desbloquear el punto muerto al que se había llegado, donde continuaba la violencia y no parecía haber solución política a la vista. Era evidente desde hacía cierto tiempo que muchos sectores del Sinn Fein no creían ya que una ofensiva militar por su parte llevarse inevitablemente a una retirada británica. Para lograr ese objetivo por otros caminos, empezaron a explorar la alternativa de crear un frente nacionalista con una base mucho más

amplia para avanzar en esa dirección. El Sinn Fein había comenzado a modificar la naturaleza de sus reivindicaciones, suavizando la exigencia de un marco temporal prefijado para la retirada, reconociendo la necesidad de que los unionistas aceptaran una Irlanda unida, y solicitando al Gobierno británico que realizase la labor de convenirles para que diesen su asentimiento.

Las discusiones entre John Hume y Gerry Adams se prolongaron durante la mayor parte de 1993, y finalmente llegaron a acuerdos sobre una serie de principios que esperaban posibilitasen que el IRA pusiera fin a la violencia con cierta sensación de haber logrado algo.

A finales de 1993, se descubrió que el Gobierno británico, a través de intermediarios, había estado manteniendo conversaciones secretas con el Sinn Fein buscando el fin de la violencia. Estas conversaciones se habían centrado en cómo podía lograrse ese fin, y cómo podía incluirse al Sinn Fein en discusiones políticas públicas con los demás partidos sobre el futuro de Irlanda del Norte una vez depuestas las armas.

Al final, la mayoría de los principios acordados por Hume y Adams se incluyeron en la Declaración de Downing Street dada a conocer por ambos gobiernos (británico e irlandés) en diciembre de 1993 con la esperanza de que tal documento-marco proporcionase una base suficiente para que el IRA pusiera fin a su campaña violenta. La declaración reiteraba una vez más el compromiso del Gobierno británico de mantener la unión hasta que la mayoría de la población norirlandesa decidiese lo contrario.⁶ La posible decisión sobre el futuro de la unión habría de ser ratificada mediante referéndum al norte y al sur de la frontera, lo que permitiría la «autodeterminación de la población de la isla de Irlanda», algo necesario según el Sinn Fein si se pretendía el cese de la violencia del IRA. La declaración también anunciaba la constitución de un Foro de Reconciliación por parte del Gobierno irlandés; dicho foro sería un vehículo de diálogo entre todos los partidos políticos de la isla, incluyendo al Sinn Fein cuando hubiese renunciado a la violencia. También contemplaba la cooperación norte-sur sobre temas diversos, y una vez más planteaba el traspaso de poderes gubernamentales en Irlanda del Norte.

6. En 1993, la proporción de la población global que era católica era de aproximadamente el 42%, pero la proporción de niños en edad escolar católicos era del 55%. Se ha calculado que podría haber una mayoría electoral católica en Irlanda del Norte en unos treinta años.

El Sinn Fein respondió que la Declaración de Downing Street era insuficiente para colmar sus aspiraciones políticas. No obstante, el 1 de septiembre de 1994 el IRA inició un cese total de sus actividades militares para intentar conseguir sus objetivos mediante el proceso político. Seis semanas después los paramilitares lealistas también declararon un alto el fuego, y solicitaron su inclusión en las negociaciones políticas venideras.

En febrero de 1995, los Gobiernos británico e irlandés redactaron un documento que sentaba las líneas generales de la visión del Ejecutivo británico sobre la posible estructura de un gobierno local en Irlanda del Norte, y el pensamiento común de los dos gobiernos sobre el entramado para un acuerdo político entre ambos y la cooperación en el conjunto de la isla.

Las propuestas, especialmente las relativas a la cooperación norte-sur, fueron recibidas con malestar y suspicacia por muchos unionistas, al interpretar que sólo suponían un paso más en lo que muchos percibían como el camino inevitable hacia una Irlanda unida.

Los paramilitares de ambos lados, sin embargo, reiteraron sus compromisos de mantener las treguas, y también se comprometieron a buscar avances políticos por medios democráticos. A principios de 1995 comenzaron las conversaciones entre representantes del Gobierno británico y el Sinn Fein, y entre funcionarios y partidos representantes de los paramilitares lealistas, contactos que exploraban las posibilidades de implicarles en el diálogo político con otras fuerzas. En marzo de 1995 el Gobierno entró en conversaciones a nivel ministerial con los paramilitares lealistas, tras recibir ciertas garantías por su parte sobre su compromiso de desarme, y en mayo de 1995 también se entabló diálogo oficial con el Sinn Fein, cuyos representantes se comprometieron asimismo a debatir sobre el desarme junto con otros asuntos de interés político. Todos los demás partidos fueron invitados por el Gobierno británico a reiniciar el diálogo político con ambos gobiernos sobre posibles vías de avance para el futuro político de Irlanda del Norte.

CONCLUSIÓN

En la corta historia de Irlanda del Norte, y como en la mayoría de los conflictos, ha habido diversas dimensiones del conflicto, siendo necesario afrontarlas todas. Estas dimensiones incluyen la segregación y sectarismo entre comunidades, que les lleva a descartar de antemano que sea fácil sacar a debate cuestiones espinosas que les enfrentan; la pesada herencia de la desigualdad en muchas áreas; una hegemonía

I. UNA ISLA DIVIDIDA

policial que se considera cargada de prejuicios; la carga histórica del recurso a la violencia como arma política; y un sistema político ajeno a la búsqueda de soluciones pactadas. Cómo se han desarrollado esas estrategias, y qué nivel de éxito (o fracaso) han tenido es la materia principal del resto de este libro.

II. Una estrategia en desarrollo

LOS LÍMITES DE LA INDIGNACIÓN

En otoño de 1993, una bomba del IRA colocada en un centro comercial de Warrington, en Inglaterra, mató a dos niños. Hubo una oleada de indignación popular contra el IRA en la República de Irlanda, oleada que devino en la formación de un nuevo grupo pacifista, llamado Peace '93 (Paz 93). Al ser tarea del Consejo de Relaciones Comunitarias contribuir al desarrollo de esos grupos, bien otorgándoles pequeños recursos financieros, bien mediante trabajo para su desarrollo, no nos sorprendió que sonara el teléfono pidiéndonos tales ayudas. Al responder a la petición, el Consejo se enfrentó a una disyuntiva ya conocida.

La indignación legítima y sincera ante la violencia, que origina el deseo de diversos grupos de manifestar esos sentimientos, ha sido frecuente a lo largo de los años de violencia continuada en Irlanda del Norte. Las calles tanto del norte como del sur se han llenado de muchos miles de personas que exigían el fin de la violencia por parte de los paramilitares. El más destacado de esos movimientos fue Peace People (Gente de Paz). Este grupo surgió en 1976 tras la muerte de tres niños arrollados por un coche cuyo conductor había sido herido mortalmente por un disparo de un soldado británico mientras el vehículo era utilizado por un comando del IRA en un ataque a las fuerzas de seguridad. Durante más de un año, las marchas de Peace People convocaron grandes multitudes, especialmente de mujeres, de ambos lados de la comunidad. El movimiento recaudó grandes cantidades de dinero, y en 1977 los fundadores recibieron el premio Nobel

de la Paz. Con el tiempo, sin embargo, el apoyo de las manifestaciones fue disminuyendo, a medida que la gente perdía su confianza en los efectos de las marchas.

Y es ciertamente difícil ratificar que esas marchas, y la emotividad que las acompaña, puedan, como táctica principal, influir eficazmente en el nivel de violencia. De ahí el dilema del CRC sobre si apoyar activamente, y cómo hacerlo, esas manifestaciones, que organiza alguno de los muchos grupos de reconciliación existentes en Irlanda del Norte y en la República, o colectivos como los sindicatos. El CRC suele respaldarlos porque reconoce que a menudo la gente siente la necesidad inmediata de manifestar de alguna forma su rechazo a la última atrocidad. En general, sin embargo, el CRC propone a esos grupos que piensen en desarrollar planes de trabajo a largo plazo, quizás enfocados a aspectos estructurales o políticos del conflicto, para que el recién nacido entusiasmo por el proceso de paz pueda asentarse y no diluirse en la desesperanza o desesperación ante la prolongación de la violencia.

Peace '93 tuvo un arranque tormentoso cuando sus manifestaciones contra el IRA fueron alteradas por personas que habían perdido a sus familiares a manos de las fuerzas de seguridad, y que denunciaban que los militantes de la paz estaban pasando por alto su situación. Pero Peace '93 sí se metió a desarrollar un programa a más largo plazo, y para 1994 sus miembros analizaban cuestiones de igualdad, facilitación del diálogo entre comunidades al norte y sur de la frontera, y organización de debates políticos entre políticos y portavoces de los paramilitares.

El avance de ese tipo de actividades, y las muchas discusiones que Peace '93 ha tenido en su seno sobre cómo hacer más eficaz su trabajo para lograr la paz, reflejan los múltiples argumentos que desafían y fortalecen el debate de los implicados sobre cómo priorizar y dotar de recursos a esta tarea en Irlanda del Norte. Este capítulo es para aquellas personas interesadas en el desarrollo de ese debate, y en la forma en que tal discusión fue animando el desarrollo práctico de la resolución de conflictos en la región.

¿QUE PUNTO DE PARTIDA?

El punto de vista de este libro, eminentemente práctico, limita su capacidad para abordar las muchas teorías emergentes que alimentan nuestra comprensión internacional de los conflictos, y, en menor grado, nuestra experiencia en su prevención y resolución. Sin embargo, el desarrollo de esas teorías, pese a su confusión y desacuerdos,

ha sido de especial interés y utilidad para nosotros en el enriquecimiento de nuestro debate. Ha sido especialmente alentador percibir que la conexión entre la teoría y la práctica de la resolución de conflictos empieza a tomarse cada vez más en serio (por ejemplo, Sandhole y Van der Merve, 1993). Ese enfoque demostró ser muy válido para quienes nos encontramos inmersos en la tarea de desarrollar y sostener políticas y programas para afrontar conflictos vigentes.

Hay que reconocer que el vínculo entre teoría y práctica está lejos aún de ser coherente, y que los teóricos del conflicto tienen un largo camino que recorrer para establecer y consensuar cualquier aproximación integral a la resolución de conflictos, o incluso las prioridades de tal aproximación. Esta falta de acuerdo se ha visto también en Irlanda del Norte. Y, dado el nivel de violencia y tensión en nuestras calles, nuestra experiencia también ha sido que, en muchas ocasiones, la práctica no puede esperar a la formulación de teorías coherentes. De ahí que la práctica se haya caracterizado tantas veces por la innovación surgida del miedo, el valor nacido de la ira y, ocasionalmente, acciones emprendidas sólo para combatir la desesperación. Dada la situación de este terreno, en pleno desarrollo, sin embargo, este tipo de acciones han servido para sugerir o revalidar hipótesis esbozadas sobre la efectividad del trabajo e intuiciones nacidas de la necesidad de acción urgente y para aportar información al posterior desarrollo efectivo del trabajo en determinadas áreas.

¿ESTRUCTURAL O PSICOCULTURAL?

El acuerdo entre teóricos y activistas sobre un marco estratégico adecuado y sobre las prioridades en el reparto de medios y desarrollo de programas para el trabajo de resolución de conflictos en Irlanda del Norte ha sido en ocasiones una tarea difícil y conflictiva.

Dos desacuerdos fundamentales sobre prioridades han predominado en este trabajo, limitándolo. El primero ha sido el desacuerdo entre quienes ven el problema de Irlanda del Norte como un problema estructural y quienes lo ven como algo psicocultural. Ross (1991) sugiere que las explicaciones estructurales de los conflictos, la violencia y la guerra se centran en cómo la organización social configura la acción, mientras que las explicaciones psicoculturales analizan a los actores mismos y cómo interpretan éstos el mundo.

Las teorías estructurales explican el conflicto como un choque de intereses incompatibles que surgen de la estructura de una comunidad, sea ésta una nación, una región o una comunidad local (Le Vine

y Campbell, 1972; Ross, 1986). La teoría estructural suele implicar que hay reivindicaciones incompatibles sobre el poder y que la desigualdad es inherente a la estructura existente.

Por contra, las teorías psicoculturales del conflicto hacen hincapié en identificar los temores y percepciones erróneas que surgen entre comunidades, la carencia de elementos de confianza para realizar las labores de negociación política y la necesidad de desarrollar, en primera instancia, relaciones entre las partes en conflicto que lleven a la negociación, el compromiso y la cooperación. De vez en cuando, enmarcan sus teorías en un contexto que estudia la agresividad, la motivación y los factores psicoanalíticos inconscientes (Volkan, 1988).

Dado que cada teoría atribuye la causa primera del conflicto a orígenes diferentes, cada una sugerirá implícitamente muy distintas aproximaciones al conflicto. Quienes abordan el problema de Irlanda del Norte desde una perspectiva estructural se han centrado en el trabajo de justicia y derechos, cuestiones de igualdad y negociación política y constitucional. En algunos casos, pero no en todos, el planteamiento estructural en Irlanda del Norte ha incluido negociaciones sobre la misma existencia del Estado, dado que hay partes del conflicto —especialmente el Sinn Fein/IRA y en cierta medida el SDLP— que vendrían a mantener que la propia existencia del Estado es el problema; defenderían, por tanto, una revisión de su existencia constitucional.

Quienes abordan el conflicto desde un punto de vista psicocultural se concentran en primera instancia en eliminar en lo posible los miedos e ignorancia que fomentan actitudes defensivas, de resentimiento y agresividad en las comunidades, y hacen casi imposible que comience o tenga éxito una negociación. Así pues, se centrarán en trabajo de contactos efectivos, en las oportunidades para la cooperación en temas de interés común que no sean fuente de conflicto, en facilitar el acceso de cada comunidad a la historia y cultura de la otra, en garantizar la posibilidad de la escolarización integrada, en las oportunidades de trabajo y vivienda, y en trabajo que resuelva las muy arraigadas hostilidades, temores e iras existentes entre las comunidades.

En Irlanda del Norte, quienes defienden el enfoque estructural tienden a despreciar a quienes lo miran desde el punto de vista psicocultural, y los consideran reticentes a abordar temas de relaciones de poder. Por otra parte, quienes prefieren el enfoque psicocultural insisten en que el acuerdo final sobre soluciones políticas será difícil de mantener sin un trabajo previo de relación, tanto entre políticos

como entre comunidades. La falta de comprensión o respeto mutuos de los análisis y la acción de unos y otros ha supuesto un freno tradicional a la cooperación entre las dos escuelas de pensamiento.

Sin embargo, la experiencia en Irlanda del Norte demuestra cada vez más que ambos puntos de vista no son incompatibles y, de hecho, muchos mantienen ahora que son complementarios. Hasta los más ardientes y radicales defensores de la reforma estructural, es decir, el Sinn Fein y el IRA, abogan públicamente por la necesidad de que su propio partido entable relaciones de confianza con los unionistas (los más opuestos a su opción primordial de una Irlanda unida), porque actualmente reconocen que sin el desarrollo de esas relaciones podrían no lograr su objetivo principal. Quienes han estado más involucrados en el enfoque psicocultural han mostrado una creciente voluntad, en los últimos años, de incorporar el debate de temas estructurales a sus programas (Fitzduff, 1989) y, de hecho, como el necesario resultado final de su búsqueda de contactos y cooperación (McCartney, 1994a).

EL ENEMIGO, ¿DENTRO O FUERA?

La segunda gran dificultad para lograr un planteamiento compartido de este trabajo ha sido la diferencia entre las partes que conciben el conflicto como responsabilidad de un actor externo, que personalizan las culpas en un protagonista ajeno a Irlanda del Norte, y quienes lo conciben como un problema endógeno, es decir, vinculado a factores internos de Irlanda del Norte y en particular a las problemáticas relaciones entre las comunidades (O'Leary y McGarry, 1993).

Para los sectores nacionalistas, la causa del conflicto en Irlanda del Norte es la presencia continuada del Gobierno británico en la región. Para gran parte de los unionistas, el problema es el insistente deseo de la República de Irlanda de reclamar Irlanda del Norte como parte de su territorio, y consideran a los paramilitares republicanos impulsores violentos de ese objetivo. Algunos unionistas también perciben a la Iglesia católica romana de Irlanda como agente imperialista. Los partidos que respaldan la teoría exógena suelen apoyar un enfoque de «británicos fuera», o pretenden que la República irlandesa elimine de su constitución los artículos que reclaman Irlanda del Norte.

Sin embargo, una nada despreciable escuela de pensamiento se centra en factores internos como problema principal. Aunque no niega el papel de los factores externos, considera que la fuente principal del problema es la incapacidad de las comunidades de Irlanda del

Norte para ponerse de acuerdo en una solución política para el territorio. Creen que tanto el Gobierno británico como el irlandés aceptarían aquello que acordasen las comunidades, y que el trabajo de resolución de conflicto centrado en lograr un acuerdo debería ser prioritario. Se suele ver a quienes trabajan principalmente en relaciones intercomunitarias, centrados en lograr comprensión, respeto y cooperación entre las dos comunidades principales, como personas o grupos que priorizan el trabajo acometido entre y dentro de las comunidades de Irlanda del Norte.

La Declaración de Downing Street de 1993, acordada entre los Gobiernos de Londres y Dublín, proclamaba que la responsabilidad de un acuerdo político descansa ahora principalmente en las comunidades norirlandesas. Como resultado de esa clarificación, la visión de un enemigo externo como principal causa del conflicto entre las comunidades se antoja cada vez menos útil. Aunque algunos unionistas siguen convencidos de los designios imperiales del Gobierno de la República de Irlanda, y algunos nacionalistas aún piensan que Gran Bretaña tiene algún interés estratégico en el Norte, estos análisis, que en su momento pudieron tener algún valor, vienen siendo cada vez más inverosímiles para todas las partes implicadas.

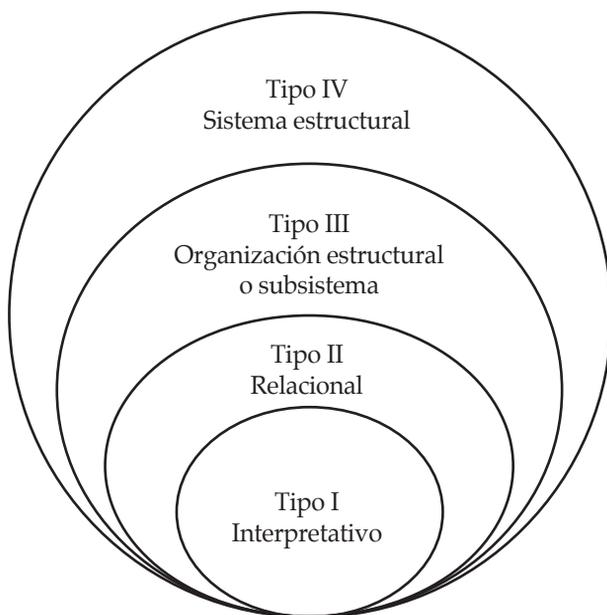
Así pues, la visión del trabajo está cambiando, y, al igual que con las modificaciones apuntadas en el debate entre lo psicocultural y lo estructural antes mencionado, se hace hincapié en el trabajo que se necesitará entre las comunidades de Irlanda del Norte para lograr un acuerdo político.

¿UNA APROXIMACIÓN GLOBAL?

La confluencia que se aprecia en Irlanda del Norte, donde diversos enfoques se van interiorizando como compatibles y no competitivos entre sí, refleja el desarrollo de diversas teorías de sistemas que están articulando estudiosos de otros lugares, como Dugan (1994) y Lederach (1994). Dugan ha desarrollado lo que llama «un paradigma de situación» (*nested paradigm*), que permite validar las cuestiones contextuales más amplias como punto de atención para actuar, permitiendo avances más inmediatos en los focos actuales de conflicto. Argumenta que todos los aspectos necesitan atención, y que se debe intentar avanzar en los cuatro planos expuestos en la figura 2.1.

El punto de vista de Dugan refleja el enfoque complementario que se ha venido desarrollando en Irlanda del Norte, especialmente en los últimos años. Muchos grupos con responsabilidad en este tipo de tra-

Figura 2.1. Tipos de conflicto según su origen



Fuente: Dugan, 1994.

bajo reconocen ahora que no sólo hay que abordar los aspectos inmediatos del conflicto, sino también las relaciones conflictivas que han contribuido a agravar los temas que requieren atención. Los subsistemas de centros de trabajo, escuelas y zonas residenciales divididas que perpetúan el conflicto necesitan cambios, y hay que renegociar el conjunto de las estructuras del Estado para conseguir que sean percibidas como un patrimonio común. Esta visión, que plantea la necesidad de trabajar en diversos niveles de influencia si la solución ha de ser duradera, es también una de las que han sido explícitamente asumidas por el Consejo de Relaciones Comunitarias. El CRC reconocía (CRC, 1990) que en un conflicto resulta demasiado fácil suponer que la primera necesidad es trabajar con quienes parecen ser claves en cualquier proceso de paz, por ejemplo los políticos, o en el caso de un conflicto armado, los dirigentes militares o paramilitares. Conceder prioridad a esos grupos es la tentación estratégica obvia para quienes desean ver un rápido fin al enfrentamiento, y en algunos

casos esa priorización puede resultar útil. En general, sin embargo, demuestra ser insuficiente, dado que los dirigentes pueden (y lo hacen) proclamar su lealtad a un programa representativo de su comunidad, y plantearán que tal representatividad limita su capacidad de ser flexibles y alcanzar cualquier solución de compromiso.

Por tanto, hay una necesidad que tener en cuenta, como lo formuló Lederach (1995): el desarrollo de un proceso global de resolución de conflicto que contemple las múltiples necesidades de las comunidades en conflicto. En Irlanda del Norte, la necesidad de tal implicación global se ha desarrollado gradualmente, y ha habido ciertos logros en impulsar la idea de que se necesita un compromiso más global de todos los niveles sociales en el trabajo de afrontar el conflicto. Desde 1990 se ha seguido en líneas generales el esquema planteado por Lederach cuando propone un marco para la implicación que esboza tres niveles fundamentales de compromiso de trabajo.

El trabajo incluido en cada nivel debe ser adaptado al contexto particular del conflicto. El trabajo del primer nivel en Irlanda del Norte fue responsabilidad de dirigentes políticos, militares y paramilitares, así como asesores y administradores de los Gobiernos británico e irlandés.

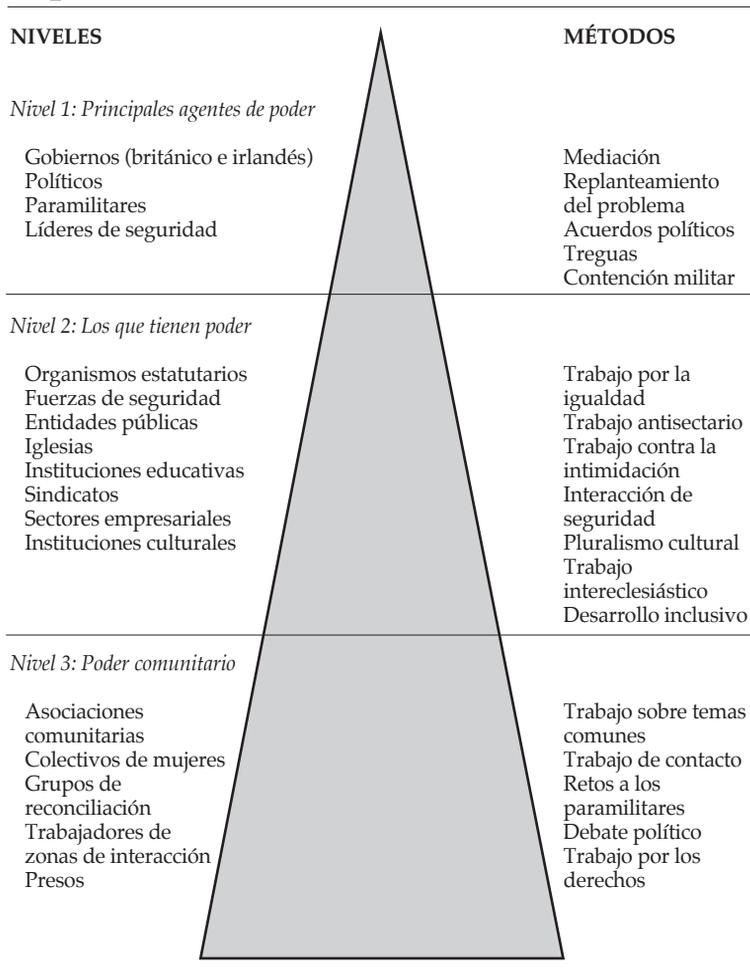
En el segundo nivel, la tarea fue sobre todo con grandes instituciones: organismos estatutarios, colectivos sociales y otras organizaciones no gubernamentales, las iglesias más importantes e instituciones educativas, organizaciones culturales y deportivas, organismos de vivienda y planificación, sindicatos y sectores patronales y las fuerzas de seguridad.

En el tercer nivel, se ha trabajado con comunidades locales, con dirigentes nativos de esas comunidades, en zonas de interacción conflictiva, con los presos locales, ex-militantes de organizaciones armadas y con programas de desarrollo comunitario.

MARCOS TEMPORALES

Otra forma de abordar el trabajo de resolución de conflictos es reconocer que las visiones basadas en necesidades a corto plazo complementan a las que van a medio o largo plazo. Allí donde el conflicto es particularmente violento, y la mayoría de la población de las comunidades se ve afectada, bien en tanto que agentes, bien como potenciales víctimas inmediatas de la violencia, la necesidad más urgente suele ser la de paliar el sufrimiento prolongado, a ser posible logrando treguas y el alivio del sufrimiento de las víctimas mediante operaciones de ayuda y acogida de refugiados. Este tipo de tareas puede ser tras-

Figura 2.2. Variante norirlandesa de 'Actors and Peace Building Foci Across the Affected Population', Lederach, 1993



centenal para salvar vidas, y por tanto absorber las energías de los implicados hasta tal punto que tengan poco tiempo para la reflexión sobre el trabajo a medio y largo plazo, trabajo necesario para asegurar que las treguas se prolonguen y que estructuras básicas subya-

centes que puedan ser injustas, o estar envilecidas, puedan irse transformando.

En Irlanda del Norte, donde la violencia se produce de forma más esporádica que en la antigua Yugoslavia o, más recientemente, en Ruanda, ha habido cierta capacidad y reservas de energía, especialmente de quienes diseñan programas políticos, lo que ha permitido tener en cuenta las necesidades a medio y largo plazo del conflicto. Este libro recoge muchos ejemplos de ello.

El trabajo a corto plazo en áreas de conflictos violentos está generalmente dirigido a limitar la continuidad o las consecuencias de la violencia. En Irlanda del Norte, este trabajo ha supuesto organizar acuerdos de alto el fuego locales (y a veces regionales) y conseguir la clarificación y control de rumores. Muchas veces ha supuesto mediar entre comunidades, así como entre comunidades y fuerzas de seguridad en situaciones potencialmente violentas como las marchas. Para muchos grupos este trabajo ha implicado asimismo tratar con los paramilitares para lograr la puesta en libertad o la seguridad de ciudadanos que se han visto amenazados por los pistoleros. Y para muchas organizaciones sociales ha significado asegurar la suficiente interacción entre comunidades tras un asesinato o un atentado para desactivar la tensión y las posibles represalias de la comunidad víctima, y el suficiente trabajo en la zona fronteriza como para frenar la creciente tensión.

El trabajo a medio plazo, cuando el tiempo lo permite, se concentra sobre todo en hacer frente a condiciones actuales, recurrentes, que son consecuencia directa de divisiones políticas; tareas como la elaboración de programas para resolver la intimidación y el sectarismo en los centros de trabajo y las comunidades. En Irlanda del Norte ha supuesto también identificar y resolver la interacción negativa de las fuerzas de seguridad con las comunidades, apoyo a la tarea de facilitar que el poder sea compartido entre ayuntamientos e instituciones locales, y el desarrollo de programas para abordar temas de igualdad. También son parte de este trabajo los programas de formación que preparan a colectivos y personas individuales para afrontar conflictos locales a nivel comunitario y organizativo, y talleres de resolución de problemas sobre opciones políticas.

En Irlanda del Norte se trabaja a largo plazo sobre prevención de actitudes negativas mediante programas educativos en las escuelas, y mediante la creación de escuelas integradas. También implica planificar cada vez más contactos entre las comunidades, y desarrollar programas antisectarios con las iglesias, en prisiones, con las fuerzas de seguridad, entidades deportivas y organismos gubernamentales.

mentales. Este trabajo a largo plazo incluye asimismo el desarrollo de programas económicos y estructurales que posibiliten niveles de empleo más equitativos y la planificación de proyectos de viviendas integradas, así como la intervención en entornos que puedan lograr contactos sostenidos entre comunidades. De importancia considerable para Irlanda del Norte ha sido el creciente afianzamiento de la capacidad de la población de implicarse en la toma de decisiones políticas positivas mediante el desarrollo comunitario general y la asunción de responsabilidades, incluyendo el nombramiento de dirigentes⁷ y formación para la actividad política.

UN ENFOQUE MULTIDIMENSIONAL

A finales de los ochenta, empezaba a vislumbrarse el conflicto de Irlanda del Norte no como un problema, sino como una serie de problemas que exigían diversas aproximaciones y soluciones (Darby, 1993; Fitzduff, 1989). Esto ha supuesto reconocer la importancia tanto de los aspectos estructurales y psicoculturales del trabajo como la necesidad de trabajar a nivel local, colectivo e institucional si se ha de resolver el conflicto y poner fin a la violencia.

7. El desarrollo comunitario fue el primer enfoque de la Comisión de Relaciones Comunitarias, una organización creada en 1969 para fomentar una mejora de las relaciones entre las comunidades. Aunque la comisión tuvo mucho éxito en asegurar el desarrollo del trabajo comunitario básico en muchas zonas, fue disuelta en 1974 por la falta de respaldo de políticos locales a su trabajo.

— III. *Soldando las grietas*

UNA SOCIEDAD DIVIDIDA

En el espacio de una milla cuadrada en el norte de Belfast se han producido más de 600 muertes durante la época del conflicto. Tan sólo unos metros, o la esquina de una calle, o los colores de los bordillos diferencian el territorio de los *Taigs* (católicos, en argot) del de los *Prods* (protestantes). A lo largo de los últimos años, la separación fue creciendo con la construcción de enormes *muros de paz* diseñados para ofrecer cierta seguridad a las dos comunidades asediadas. Cuando la gente coincide en el desempeño de sus tareas cotidianas, la mayor parte de los encuentros están constreñidos por el diferente trato que, instintivamente, se da al otro —uno de *ellos*—. Se ha constatado que, ya para los ocho años de edad, muchos niños han aprendido a distinguir la diferencia entre un católico y un protestante, habiendo interiorizado las sutiles combinaciones de acento, nombre y claves sobre su origen que los delatan.

Esta diferenciación prácticamente inmediata quiere decir que, incluso cuando se dan encuentros, están limitados por una cautela que normalmente impedirá un diálogo abierto y franco, especialmente sobre temas problemáticos del conflicto.

De hecho, esta cautela está justificada en muchas ocasiones, y quienes facilitan los contactos entre las comunidades han aprendido a respetar esa necesidad, especialmente en zonas como el norte de Belfast, donde los asesinos y sus familias viven muchas veces en las cercanías de las familias de sus víctimas. Esto quedó nítidamente de manifiesto durante el desarrollo de un taller organizado por un grupo de reconciliación en 1992. El taller estaba diseñado para dar a los adolescentes de la zona una oportunidad de conocer, quizás por

primera vez, a jóvenes de la otra comunidad. Como suele ocurrir en estos encuentros, se empezó con una ronda de presentaciones, donde cada uno contaba algo sobre sí mismo, con algunos datos sobre sus orígenes. Al concluir la sesión, dos jóvenes bastante alterados se acercaron a la mujer que facilitaba los contactos y le pidieron hablar con ella en privado. Le dijeron que se acababan de dar cuenta de que el hermano de uno de los jóvenes estaba preso por haber matado al hermano del otro. Las variantes de esta misma situación abundan en estos talleres, y revelan la extraña conjunción que se da en Irlanda del Norte, según la cual la cercanía en que se vive puede llevar a saber lo suficiente sobre los movimientos de cada uno como para garantizar un atentado mortal, y que esa relativa cercanía física raramente produzca relaciones positivas.

Este capítulo está dedicado a la necesidad de encontrar fórmulas para desarrollar relaciones positivas, y programas para mantenerlas, en Irlanda del Norte.

INTERVENCIÓN EN CONTACTOS

Hay dos formas básicas posibles de aproximarse a una sociedad tan dividida, y a un conflicto violento y prolongado. La primera es no hacer caso de las divisiones, tanto personales como comunitarias, y confiar en que, cuando se llegue finalmente a una solución política, ésta sea en sí misma suficiente para suavizar y estrechar los lazos entre las comunidades. Con una solución política en la mano y la violencia en retroceso, las comunidades podrían instalarse en un *apartheid* benigno, donde continuasen viviendo, trabajando, aprendiendo y jugando separadas; al menos estarían de acuerdo por lo que respecta a las disposiciones constitucionales existentes y habría cesado la violencia. Si el acuerdo es suficientemente eficaz, y los temores sobre la dominación o coacción se han disipado, entonces quizás empiecen a cooperar lentamente en torno a las divisiones comunitarias, a medida que surjan necesidades y funciones.

La segunda forma de abordar la situación es pensando que mientras perdure tal separación física y mental entre las comunidades, los miedos y malentendidos sobre las intenciones últimas de cada una se mantendrán, y así se dificultará aún más el logro de cualquier solución política. Ciertamente, en Irlanda del Norte la experiencia muestra que los acuerdos entre políticos pueden ser destruidos rápidamente por comunidades airadas y temerosas (véase el capítulo 8). Como se ha tardado tanto en llegar a acuerdos políticos, ha ido avanzando la labor de realizar contactos.

LOGRAR CONTACTOS DE CALIDAD

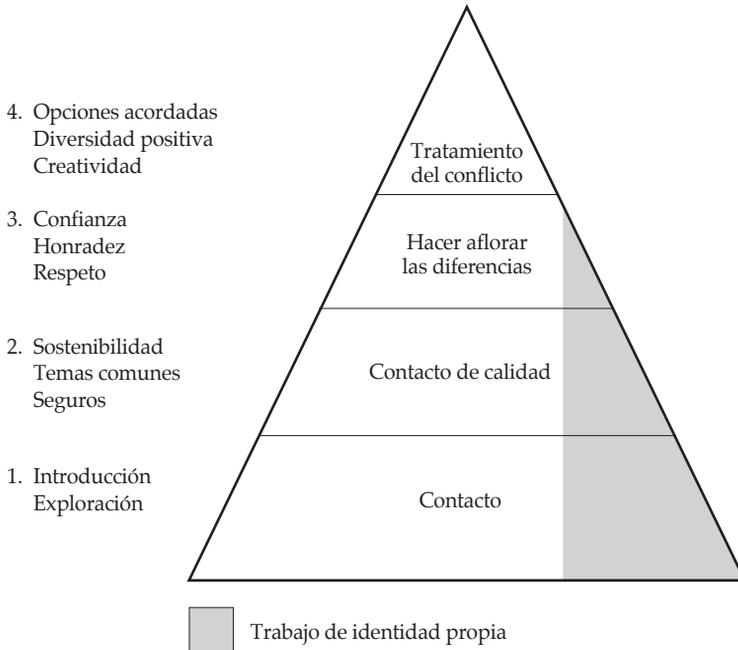
La suposición de que el contacto creciente entre las comunidades mejorará las relaciones ha sido un principio básico que ha alentado los programas de la mayoría de los grupos pacifistas que han aparecido durante las décadas del conflicto. Un estudio realizado en 1985 (Frazer y Fitzduff, 1986) mostraba la existencia de unos cuarenta y siete grupos de *paz*. Algunos, como Corrymeela, un grupo intereclesialístico, se fundaron a mediados de los años sesenta, pero muchos otros fueron surgiendo como consecuencia de la prolongación del conflicto. Uno de los más notables fue Peace People (Gente de Paz), que se creó en 1976 en respuesta a una operación fallida del IRA que causó la muerte de tres niños. La mayoría de estos grupos pacifistas dependían de la supuesta efectividad de los contactos para cambiar actitudes y comportamientos.

Sin embargo, en los últimos años se ha puesto en entredicho el hecho de que el aumento de contactos desemboque sistemáticamente en una mejora de las relaciones (Hewstone y Brown, 1986; Cairns, 1994). Ahora se acepta que, para ser realmente útil, tal contacto tiene que ser de cierta calidad, lo que quiere decir que, en lo posible, los contactos deben emprenderse en un contexto donde la identidad de grupo sea sobresaliente, donde las diferencias se articulen en vez de evitarse, donde los grupos planteen objetivos superestructurales (generalmente objetivos de necesidades sociales en primera instancia) para el trabajo cooperativo. También es importante que este contacto se desarrolle en un contexto que origine estructuras para posibilitar su continuidad y mantenimiento.

Además, en una situación ideal, este trabajo debería atender al hecho de que los factores de cambio de actitudes y comportamientos variarán según la capacidad de aprendizaje individual y las necesidades personales; por ejemplo, la pertenencia o necesidades conceptuales (Fitzduff, 1989). Es necesario, por tanto, proporcionar una gama amplia de posibles factores de cambio para abordarlos al desarrollar los programas.

Al impulsar ese tipo de trabajo, el CRC utiliza la figura 3.1 para ilustrar el tipo de contactos que desea alentar, aunque es consciente de que puede ser difícil desarrollar esas tareas a niveles institucionales altos como los centros de enseñanza, por el tipo de preparación requerida y los medios necesarios para asegurarlas. La figura 3.1 ilustra asimismo el trabajo de identidad propia, que también es necesario en el contexto norirlandés. El trabajo de identidad propia es el que se hace en los grupos que son protestantes o católicos, y su objeti-

Figura 3.1. Modelo de contactos



Fuente: McCartney/CRC, 1994a.

vo es aumentar la confianza de un grupo en lo que respecta a su propia identidad y posibilidades. Sin ese tipo de contactos previos, el contacto en sí mismo puede estar tan lastrado por actitudes defensivas que acabe siendo contraproducente.

En la creencia de que las soluciones políticas sólo serán alcanzables y sostenibles cuando las comunidades tengan la suficiente confianza entre ellas como para ponerse de acuerdo en tales soluciones, el contacto en los tres niveles sociales, como se explica en el capítulo 2, ha sido el objetivo final del trabajo. Para ser eficaz, esto debe darse utilizando las posibilidades que tienen todas las instituciones, grandes y pequeñas, y los grupos de acrecentar sus posibilidades de contactos de calidad, dentro de sus propias organizaciones, y facilitando la tarea mediante sus programas continuados. Dada la división inherente en la mayoría de

las instituciones, la tarea ha sido enorme, pero ha crecido rápidamente en los últimos años.

TRABAJO DE CONTACTOS INSTITUCIONALES

A todas las organizaciones, incluyendo departamentos gubernamentales, entidades públicas, instituciones de enseñanza, organismos comunitarios, de voluntariado y sociales, se les anima a asumir las siguientes actividades antisectarias (Logue, 1993), para ser más incluyentes:

- a) Revisar sus plantillas (y comités de administración, donde los haya) y reformular sus criterios de contratación para procurar garantizar mayor equilibrio entre comunidades.
- b) Revisar las proporciones de sus clientelas y asegurarse de que sirven a todas las comunidades cuando sea posible.
- c) Empezar trabajo antisectario afrontando las actitudes y conductas negativas dentro de una organización que, deliberada o inconscientemente, pueda impedir el equilibrio en plantillas y servicios.
- d) Replantearse su ubicación (véase el apartado de locales y transportes) para asegurar que es accesible a todos los sectores de la comunidad.
- e) Acometer labores antiintimidatorias con sindicalistas, directivos y plantilla para prevenir y combatir la intimidación.
- f) Formar a la plantilla con el fin de reafirmar sus aptitudes y confianza para trabajar en y con cualquier comunidad.
- g) Alentar una ética en la organización que garantice que, en sus decisiones sobre festividades públicas, exhibición de símbolos y banderas y elección de patrocinadores, se respeta la cultura de todas las comunidades.

Muchos grupos, como entidades gubernamentales de formación, escuelas y grupos comunitarios, tienen la posibilidad de fomentar el contacto entre los grupos con los que trabajan. A éstos se les anima a brindar oportunidades para que sus integrantes se reúnan sobre una premisa de cooperación estable, y a formar a sus plantillas para desarrollar y fomentar estos contactos, priorizando este trabajo como parte de la aplicación de sus programas.

Este trabajo no es fácil, ya que implica a personas en niveles decisorios que muchas veces temen esos contactos, pero se han dado pasos significativos en su desarrollo. Algunos de ellos se esbozan en los casos relatados en este capítulo.

TRABAJO INTERINSTITUCIONAL

Además del trabajo institucional mencionado, existen ahora muchas organizaciones, como la Workers Educational Association (Asociación Educativa de Trabajadores, un grupo de enseñanza comunitaria), los encargados de relaciones comunitarias del municipio, el proyecto Understanding Conflict (Comprendiendo el Conflicto) y otros grupos comunitarios y de reconciliación que organizan cientos de talleres para permitir que se den encuentros por encima de la línea divisoria de comunidades e instituciones y abordar las diferencias. En estos talleres participan políticos locales, líderes sindicales, dirigentes comunitarios, eclesiásticos y de juventud, ex-militantes de organizaciones armadas, enseñantes y otros. El enfoque de cada taller variará de acuerdo con las necesidades locales, pero en general se moverá dentro de una tipología que incluye trabajo de contacto y comprensión, trabajo antiintimidación y antisectario, trabajo intercomunitario sobre cuestiones de derechos y justicia, trabajo de facilitación política, trabajo intereclesiástico, y estrategias y prácticas de resolución de conflictos (Fitzduff, 1989).

Sería imposible detallar aquí todo el trabajo en las muchas áreas donde se ha desarrollado en años recientes, pero se han seleccionado varios casos como ejemplo del tipo de movimientos que están dándose, y para proporcionar al lector algunas ideas sobre los diversos elementos de la práctica.

INFANCIA Y JUVENTUD

Primeros pasos

En los primeros años del conflicto, los esfuerzos por reunir a niños y jóvenes se limitaban a los de asociaciones de voluntariado, como Peace People (Gente de Paz) y otras organizaciones de reconciliación, y se centraban en la organización de vacaciones fuera de Irlanda del Norte para niños y jóvenes de diferentes comunidades. Desgraciadamente, aunque esas vacaciones sí suponían una primera oportunidad de contacto para la mayoría de los niños (y, especialmente en los primeros años setenta, un respiro en unas calles a menudo assoladas por incidentes), estos contactos no solían sobrevivir al viaje de regreso, cuando los niños se reintegraban a su sociedad dividida y a las cerradas actitudes de sus comunidades.

Las organizaciones empezaron a revisar estas actividades a la luz de las evaluaciones que cuestionaban su eficacia. Muchas han

incrementado ahora la calidad de la preparación para tales contactos por parte de los participantes, organizadores y facilitadores para asegurar mejores resultados. Los programas incluyen ahora trabajo de confianza cultural, que reafirma la validez de las identidades históricas y culturales de los participantes, paralelamente al intento de que los grupos compartan sus diferencias, y garantizando que se respeten. Para grupos de más edad, este trabajo también incluye la posibilidad de que los participantes aborden algún debate político.

El trabajo estructural para el mantenimiento de contactos también se ha desarrollado en algún caso mediante la creación de nuevas asociaciones juveniles, mixtas, en zonas relativamente neutrales, y, en algunos casos, con políticas de apertura en clubes existentes para evitar que sean excluyentes. Debe destacarse que muchos de los jóvenes que participan en ese trabajo posteriormente pasan a facilitarlos ellos mismos.

Trabajo en centros de enseñanza

Pese a su energía y buena voluntad, los esfuerzos de los grupos de voluntarios son necesariamente limitados, tanto por el alcance de sus propios medios (una mezcla de pequeñas subvenciones oficiales y fondos de algunas fundaciones caritativas) como por su limitada capacidad de incidir en el sistema. A finales de los ochenta, un grupo de educadores y diseñadores políticos estableció que, para ser eficaz, ese trabajo debía abarcar a la inmensa mayoría de la infancia y juventud, y no sólo a aquellos a quienes podían llegar los grupos voluntarios. La conclusión fue que el sistema educativo vigente (pese a su naturaleza segregacionista) debería utilizarse para facilitar la comprensión mutua y el respeto entre niños y jóvenes de comunidades divididas. Se acordaron los siguientes programas, que, desde 1993, se aplican en todas las escuelas:

- a) Programas de Educación para la Comprensión Mutua (Education for Mutual Understanding, EMU) y programas de Patrimonio Cultural (Cultural Heritage) para garantizar que el alumnado aprenda las tradiciones, historia y cultura de ambas comunidades.
- b) Allí donde hay acuerdo entre centros escolares y padres y madres, se organizan programas de contactos entre escuelas privadas católicas, protestantes y escuelas públicas (protestantes en su mayoría). El Gobierno británico concede

subvenciones para los gastos que acarreen los programas. Los contactos pueden darse mediante actividades conjuntas, relacionadas en general con las necesidades de los planes de estudios, como visitas a lugares históricos o museos. Algunos centros intentan compartir instalaciones de estudio para fomentar el contacto. Otros tienen acuerdos estables para realizar visitas entre centros, debates y actividades deportivas conjuntas. Con el fin de facilitar estos contactos, el Gobierno ha posibilitado la construcción de locales al efecto, normalmente próximos a centros culturales e históricos ya existentes, para que las escuelas puedan aplicar sus programas de contacto dentro de los barrios.

- c) Se ha diseñado un temario de historia consensuado para todos los colegios de Irlanda del Norte. Anteriormente, en las escuelas católicas se aprendía una versión de la historia irlandesa que muchas veces subrayaba el papel negativo de los británicos en Irlanda, y apenas incidía en los puntos de vista de la comunidad protestante. Las escuelas públicas se centraban casi únicamente en la historia británica, y en general pasaban por alto la historia de la isla de Irlanda.
- d) Ante las crecientes críticas que señalaban que el sistema de educación segregada era una causa mayor del afianzamiento de la división en Irlanda, las iglesias acordaron finalmente diseñar unas pautas comunes para la enseñanza de la religión cristiana. Este temario está siendo adoptado gradualmente (no sin dificultades) por muchos centros de enseñanza.

Muchas de estas iniciativas sólo se han puesto seriamente en marcha en los últimos años; el EMU y el programa de Patrimonio Cultural son obligatorios como parte de los programas escolares sólo desde 1993. Hasta ahora, sin embargo, auguran buenos resultados en sus objetivos de incrementar la comprensión mutua entre comunidades, y el seguimiento continuado viene a confirmarlo (Smith y Robinson, 1992).

Centros escolares integrados

En Irlanda del Norte ha habido pocas posibilidades para educar juntos a niños de tradiciones diferentes. Cuando se les pregunta, padres y madres de ambas comunidades se suelen manifestar sorprendentemente a favor de la educación integrada —aproximadamente un 70%, siendo la proporción a favor ligeramente más alta entre los

católicos—. Las iglesias en Irlanda del Norte, y la Iglesia católica en particular, se han opuesto en general a esta integración, temerosas de la pérdida de fe que podría traer en sus comunidades. Pese a esta oposición, ha habido avances importantes en el desarrollo de escuelas integradas, principalmente por la implicación de los mismos padres y madres.

La primera escuela intencionadamente integrada, Lagan College, en Belfast, abrió sus puertas en 1981. Su carta fundacional establecía una ética de tolerancia, y en la práctica se esforzaba por asegurar esa tolerancia y respeto. Su consejo escolar, su plantilla de profesores y sus alumnos provenían todos de las dos comunidades, y los temarios reflejaban la historia, lenguas, deportes y ritos culturales de ambas.

Entre 1981 y 1995, se abrieron 24 escuelas integradas de enseñanza primaria y secundaria en Irlanda del Norte, y hay proyectos de muchas más. Aunque de momento sólo ofrecen servicio a una muy pequeña proporción de la población escolar (2%), son la muestra de que, para padres decididos a criar a sus hijos desafiando la segregación dominante, cada vez hay más opciones. En 1989, el Gobierno accedió a poner fondos para la creación de nuevas escuelas integradas, lo que ha facilitado mucho la tarea. Datos recientes sobre las escuelas que más tiempo llevan en funcionamiento vienen a indicar que la educación que imparten tiene un peso importante en el asentamiento de actitudes y comportamientos positivos entre los alumnos de comunidades diferentes.

Sector de juventud

Al margen de las instituciones oficiales de enseñanza, ha sido mucho más difícil asegurar contactos de calidad entre nuestra juventud, pero a esos contactos, organizados de forma continuada más que esporádica, se les ha reconocido capacidad potencial para contribuir a disminuir la tensión entre los jóvenes. Esto es especialmente importante, dado que es en los últimos años de la adolescencia y primeros de la juventud cuando los jóvenes son más vulnerables al reclutamiento de los paramilitares.

Por tanto, se trabaja mucho, a veces por medio de asociaciones juveniles establecidas y mediante el trabajo de organizaciones como Youth Action (Acción Joven), que han elaborado programas y líneas de actuación para trabajo intercomunitario y antiseccionario con la juventud (Doherty y Dickson, 1993). A la vez, se anima a grupos tradicionalmente segregados como Girl Guides y Boy Scouts a ser más abiertos en su afiliación, y a proporcionar oportunidades de rela-

ción entre sus miembros. Diversos organismos de prevención del delito y de rehabilitación, que tantas veces trabajan con jóvenes, han asumido también algunos proyectos de interés, en ocasiones en zonas fronterizas de barrios, con objeto de asegurar el contacto y la comprensión entre los grupos similares y diferentes, en un tramo de edad que es especialmente vulnerable y potencialmente hostil.

MUNICIPIOS

Irlanda del Norte tiene 26 ayuntamientos que, con diversos grados de recursos y responsabilidades, han tenido que hacerse cargo en diversos momentos de decisiones locales sobre planificación, servicios comunitarios, vivienda y fijación de la contribución urbana. Casi sin excepción, estos ayuntamientos reflejan la hostilidad que ha impregnado la vida pública de Irlanda del Norte. Fueron en buena parte responsables, en muchos casos, del tipo de conducta discriminatoria que llevó directamente al movimiento de derechos civiles en 1969. Su abuso de poderes fue tan obvio que en 1969 se les retiraron muchas competencias en vivienda, servicios sociales, sanidad y educación, y la responsabilidad de esas áreas se traspasó a instituciones más centralizadas. Las funciones de los ayuntamientos quedaron entonces limitadas a los sepelios de los muertos, la recogida de basuras y la administración de centros comunitarios y de ocio. Esa limitación de sus atribuciones no limó, sin embargo, la acritud con la cual muchos de ellos continuaron actuando. Los salones de plenos siguieron presenciando rifirrafes entre partidos, abandonos de uno u otro grupo, intimidación física y discriminación. Aunque durante los años setenta se manifestaron algunas señales positivas sobre una posible cooperación —en el Ayuntamiento de Londonderry (ahora llamado Derry) y en Dungannon, donde algunos nacionalistas y unionistas iniciaron un intento de régimen de «reparto de responsabilidades»—, el panorama de los ayuntamientos, y en particular su capacidad para mejorar la cooperación comunitaria, era desalentador.

Pese a los tan poco esperanzadores signos, la Unidad Central de Relaciones Comunitarias decidió en 1989 intentar implicar a los consistorios en una iniciativa diseñada para mejorar las relaciones comunitarias en sus zonas; fue una decisión valiente, dado su historial. Se invitó a los ayuntamientos a diseñar sus propios programas para entablar contactos entre comunidades en su área, y para estudiar las posibilidades de promover mayor comprensión mutua y respeto a tradiciones culturales diferentes. Se destinaron fondos gubernamentales a estos programas, con uno o dos funcionarios en cada

ayuntamiento para desarrollarlos. Las subvenciones estaban condicionadas a que los ayuntamientos aceptasen programas sobre una premisa intercomunitaria.

Todos los municipios están participando ahora en los programas, aunque se tardó cuatro años en convencerles a todos de la bondad del proyecto, y en animarles a cooperar en un programa de trabajo consensuado. Aunque en algunos ayuntamientos el trabajo está todavía en fase de formación, se revisó en profundidad en 1993 para valorar el tipo de actividades que los distintos ayuntamientos estaban acometiendo y los efectos que estaban teniendo los programas en las relaciones comunitarias en sus respectivas áreas (Knox y Hughes, 1994). Los diferentes proyectos se clasificaron como se explica a continuación.

Proyectos de perfil elevado

Dirigidos a grandes grupos y diseñados para destacar explícitamente la necesidad de incrementar las labores de contacto y cooperación. Este tipo de acontecimientos buscaban amplitud más que profundidad, y fomentar una conciencia general más que debates a fondo. Incluían festivales comunitarios especialmente diseñados para incluir a ambas comunidades, proyectos deportivos interescolares, bailes para las dos comunidades y semanas del medio ambiente basadas en la cooperación. La evaluación demostró que, aunque tienen su espacio, estos acontecimientos resultan probablemente los menos eficaces para cambiar actitudes o comportamientos.

Trabajo de desarrollo económico y comunitario

Acometido a nivel intercomunitario. Estas actividades aspiraban a brindar a las comunidades la ocasión de entablar relaciones estables, afrontando temas de preocupación mutua. En algunas comunidades, donde la *guetización* era tal que los grupos carecían de confianza para implicarse en proyectos intercomunitarios, se requería trabajo interno en la comunidad antes de pasar al trabajo intercomunitario. Los proyectos variaban según las necesidades de cada municipio, e incluían proyectos de desarrollo económico, de empleo, colectivos de mujeres, asociaciones parroquiales y grupos interesados en cuestiones sociales. Los funcionarios a cargo de todos los programas municipales coincidieron en que estos programas, dirigidos a la cooperación cada vez más tangible sobre un período prolongado de tiempo, eran probablemente los más eficaces

para lograr cambios de actitud y comportamiento por parte de los participantes.

Proyectos de tradición cultural

Afrontaban la necesidad de las comunidades de empezar a percibir sus diferencias culturales como una posible fuente de enriquecimiento y no como una amenaza. Los proyectos diseñados fueron diversos —para una descripción más detallada, véase el capítulo 4—. Los más corrientes fueron festivales de música y teatro intercomunitarios, ferias culturales y seminarios de estudio de temas culturales e históricos.

Proyectos dirigidos al trabajo de relaciones comunitarias

Se centraban específicamente en la necesidad de que se den entre las comunidades discusiones en profundidad, muchas veces difíciles, para definir la problemática de las diferencias culturales y teológicas. Estos talleres se prolongaban a menudo durante varios días, en ocasiones eran en régimen de internado, y en otros casos se estructuraban como talleres de resolución de problemas.

Si bien los programas son aún relativamente nuevos, las evaluaciones muestran que ya están dando sus frutos. Todos los altos responsables municipales entrevistados coincidieron en que la actitud de los concejales hacia las relaciones comunitarias había cambiado bastante desde la introducción de los programas, y que la hostilidad e inquietud inicial con respecto al proyecto habían desaparecido en gran medida. Quizás lo más significativo sea que en las zonas donde los programas llevaban dos años de aplicación (frente a aquellas donde apenas estaban empezando), sondeos aleatorios entre la población mostraban que la gente de esas áreas percibía una mejora en las relaciones comunitarias.

IGLESIAS

La pertenencia a las iglesias y la asistencia a sus servicios, tanto en la República de Irlanda como en Irlanda del Norte, es la más alta en Europa occidental, y las iglesias son aún centros muy importantes de actividad social y de ocio, especialmente en áreas rurales donde los porcentajes de asistencia a servicios eclesiales son los más elevados.

Durante buena parte del conflicto, sin embargo, y con muy pocas honrosas excepciones como los cuáqueros y algunos grupos minoritarios de las otras confesiones, las iglesias han negado su responsabilidad a la hora de afrontar el conflicto o han dado respaldo religioso a lealtades políticas y culturales.

Ha sido muy difícil, pues, que las iglesias pusieran mucho empeño en el trabajo intercomunitario y de reconciliación. Y en muchos casos las iglesias, y sus feligresías, lo han bloqueado deliberadamente. A finales de los ochenta, aún era posible que un clérigo presbiteriano se viera obligado a abandonar su puesto por sus propios fieles por haber cruzado la calle una Nochebuena para saludar al sacerdote católico local, en un mínimo gesto de reconciliación. Cuando se establecieron las primeras escuelas integradas, la Iglesia católica se negó a proporcionar apoyo religioso para los alumnos católicos.

No obstante, algo de esto ha empezado a cambiar. Desde 1990, se ha detectado un gran crecimiento en el número de organizaciones eclesiales dedicadas a las relaciones comunitarias. La Conferencia Evangélica para Irlanda del Norte (ECONI), organización de base evangelista, está acometiendo una importante labor interna con sus fieles para fomentar la tolerancia. Youthlink (Vínculo Joven), una organización cuyo fin es promover el trabajo con la juventud más allá de la división comunitaria, ha sido organizada por las principales iglesias. La Young Men's Christian Association (YMCA)* ha empezado a desarrollar en los últimos años programas concretos sobre identidad y sectarismo, y otros para fomentar relaciones comunitarias.

Algunas de las iglesias locales van desempeñando un papel creciente en el fomento de la tolerancia mediante actividades de acción social compartida, grupos comunitarios de estudio de la Biblia, rezos interconfesionales, servicios religiosos conjuntos y manifestaciones tras un asesinato, participación en grupos de justicia intercomunitarios, organización de grupos interconfesionales de clérigos, e invitaciones a clérigos de otras confesiones para predicar en sus iglesias. El hecho de que miembros de muchas de las iglesias entren en territorio de los otros tras un homicidio para aportar apoyo y compartir el duelo con sus vecinos representa una señal positiva de condena frente a tales atrocidades y asegura que la comunidad víctima perciba que esas acciones armadas no se realizan en nombre de la otra comunidad. Esas actitudes pueden tener un considerable efecto estabilizador tras una crisis.

* Nota de la traductora: La YMCA es una organización cristiana internacional de jóvenes muy extendida en el mundo angloparlante.

La formación de novicios y seminaristas de diversas confesiones con el fin de prepararles para afrontar este tipo de temas, y para desarrollar las relaciones comunitarias, se está haciendo ahora por todas las iglesias bajo los auspicios del CRC y de diversos grupos de reconciliación de base religiosa como Corrymeela.

AVANCES EN EL DEPORTE

Afrontar las divisiones mediante el deporte es otro antiguo ideal, reflejado en su máxima expresión por el espíritu de los Juegos Olímpicos. En Irlanda del Norte, sin embargo, las investigaciones demuestran que el deporte se utiliza más para reforzar las divisiones que para unir comunidades (Sugden y Bairnen, 1993). Este aspecto se está abordando seriamente, y las actividades deportivas se están utilizando para crear oportunidades de mayor comprensión cultural y cooperación intercomunitaria.

A finales de los ochenta, las cadenas de radio y televisión empezaron a ampliar su cobertura de deportes tradicionalmente practicados por la comunidad católica, que habían estado sistemáticamente discriminados en los medios. Esto logró tanto rectificar la discriminación previa como permitir a muchos más protestantes disfrutar de esos deportes, aunque sólo fuera por televisión. Muchos periódicos locales (los periódicos locales en Irlanda del Norte son en general representativos de una u otra comunidad) empezaron a ampliar su cobertura de disciplinas deportivas que hasta entonces tradicionalmente no cubrían, y lo hicieron tanto para ganar la batalla de la difusión como para promover las relaciones comunitarias!

En 1991 el Consejo de Deportes y el CRC empezaron a trabajar en serio para desarrollar programas que contribuyesen a romper las divisiones existentes en el deporte y ayudasen a su capacidad de mejorar, más que de mantener las divisiones. En 1995, el Consejo de Deportes designó un responsable de relaciones comunitarias a tiempo completo, para garantizar que esas necesidades se tendrían en cuenta allí donde fuera posible en el fomento de actividades deportivas.

Ahora se trabaja dentro y por las diversas instituciones responsables del deporte. Un ejemplo es la Asociación Irlandesa de Fútbol (Irish Football Association), encargada de la promoción del fútbol. Si bien éste es uno de los pocos deportes que se practican en ambas comunidades, muchos equipos eran de identidad única, y los partidos entre equipos de diferentes identidades daban pie con frecuencia a manifestaciones de sectarismo y violencia, especialmente por parte de

los miembros del club y la hinchada. Estos partidos requerían una gran presencia policial. Algunos de esos equipos están haciendo ahora notables esfuerzos para presentar plantillas mixtas, y utilizan diversos métodos para controlar las posibilidades de que los partidos sean escenario de confrontación.

Gradualmente, se están practicando los deportes en el ámbito intercomunitario: allí donde es posible, se enseña tanto rugby (deporte fundamentalmente protestante, unionista) como *gaelic core* (deporte gaélico, practicado por católicos, nacionalistas). Algunos centros de enseñanza incluyen deportes de ambas tradiciones como parte de sus planes de estudio, especialmente en las escuelas integradas. Y se plantean cada vez con mayor frecuencia cursos para conocer cada deporte en toda la comunidad. Por ejemplo, la Unión Irlandesa de Rugby (Irish Rugby Football Union) busca más participación de los católicos mediante sesiones matinales los sábados con niños en zonas católicas.

Otras asociaciones están dando con fórmulas nuevas y creativas para promover el contacto y el respeto entre distintas tradiciones deportivas; varias han creado experimentalmente juegos de *reglas mixtas* en los que los participantes practican una mezcla de deportes tradicionales, por ejemplo hockey (tradicción británica) y *hurling* (tradicción irlandesa). También se están intentando introducir deportes más *neutrales*, como el baloncesto, libres de connotaciones históricas, y que van ganando en popularidad.

LOCALES Y TRANSPORTE

Uno de los principales problemas con que se encuentra cualquier grupo que quiera fomentar relaciones en Irlanda del Norte es que las instalaciones para ese tipo de encuentros son escasísimas. Aparte de algunos hoteles céntricos en ciudades y pueblos, pocos locales son considerados *neutrales* por las dos comunidades. Para dar salida a este problema, se han puesto en marcha diversos programas.

Se han proporcionado subvenciones, sobre todo de fondos de la Comunidad Europea, para que grupos comunitarios, municipios y otras entidades puedan construir nuevos locales que puedan utilizarse con sensación de seguridad por parte de ambas comunidades.

Se imparte formación a las juntas directivas para gestionar los locales asegurando que, por ejemplo, las juntas sean mixtas, y la utilización de símbolos en esas instalaciones se estudia cuidadosamente para no excluir a ninguna comunidad. Se establecen acuerdos, donde los centros van a ser utilizados para deportes y pasatiempos tradi-

cionales, para que éstos se realicen de forma equilibrada asegurando que las instalaciones siguen representando los intereses de todas las comunidades.

Además de la construcción de nuevos locales, se están haciendo esfuerzos considerables para asegurar que en los edificios ya existentes, pero de identidad única, se revise su utilización por una sola comunidad y se adopten medidas para recortar las dificultades que la otra tiene para utilizarlos. A los grupos comunitarios y eclesiásticos se les anima a invitar y acoger a grupos de zonas diferenciadas a pasar un tiempo en lo que se consideraba territorio foráneo, y también se trabaja con los grupos para animarles a ir a otras áreas. Se incita a los grupos comunitarios a alternar sus reuniones de un local a otro para conseguir un equilibrio, y para dar a los participantes la oportunidad de ir sintiéndose más a gusto en el local de los otros.

Se ha estudiado la posibilidad de utilizar otros lugares como bibliotecas y escuelas integradas, para garantizar que quienes deseen organizar actividades integradas sean más creativos en el uso de las instalaciones ya existentes.

Este tipo de trabajo, iniciado de forma sistemática desde 1990, ha tenido mucho éxito, y el número de locales *neutrales* que pueden utilizar los grupos intercomunitarios ha crecido considerablemente (CRC, 1994). Quizás de mayor interés para las relaciones a largo plazo es el dato de que también está teniendo buenos resultados la utilización integrada de instalaciones existentes *propiedad* de una u otra comunidad. Locales como los salones Orange (protestantes) e iglesias se aprovechan cada vez más como lugares de reuniones integradas, a medida que el temor y los celos disminuyen a través de la experiencia que da esa utilización.

En algunos casos, la falta de medios de transporte para facilitar el contacto se ha convertido también en un problema. Las líneas del transporte público tradicional se han desarrollado siguiendo las divisiones. Belfast (donde vive y trabaja casi el 50% de la población de Irlanda del Norte) es una muestra del problema: las líneas del transporte son radiales, reflejando el carácter segregado de la ciudad. Así, para ir de visita intercomunitaria al área de al lado, es normal tener que ir al centro de la ciudad y desde allí volver a salir (CRC, 1992).

Los primeros pasos para resolver el problema se han centrado en el empleo de autocares o minibuses para permitir el desplazamiento de grupos de un área a otra, pudiéndose acceder a subvenciones para esas necesidades. Se están haciendo estudios concertados, con posibilidades más estables, para asegurar la desaparición de los problemas

del transporte segregado. A todas las compañías (en su mayoría públicas) se les pide que remodelen sus líneas para garantizar que se pueda producir contacto intercomunitario más extendido. De ahí que ahora se estén desarrollando líneas más circulares que incrementen la capacidad de contacto por toda la ciudad facilitando el acceso entre zonas divididas.

COOPERACIÓN NORTE-SUR

Además de las divisiones existentes entre la población de Irlanda del Norte, hay un considerable grado de desconfianza entre quienes viven en el Norte y quienes viven en la República de Irlanda. Gran parte de esa desconfianza obvia emana de la comunidad protestante/unionista, que teme las intenciones constitucionales de la República. Dado que la cooperación entre la República e Irlanda del Norte aparece como una de las claves a tomar en consideración para cualquier acuerdo político futuro, se está trabajando en contacto y cooperación entre las dos partes de la isla.

Buena parte de este trabajo se ha realizado a través de Cooperation North (Cooperación Norte), cuerpo de voluntarios creado con la asistencia de los Gobiernos británico e irlandés para fomentar la cooperación en la isla, que ha desarrollado diversos programas para lograr su objetivo. Primordiales en su trabajo han sido los proyectos de cooperación económica entre las dos partes de la isla, y programas de marketing y desarrollo de infraestructuras adecuadas para contribuir a ello.

Cooperation North pone medios para que se produzcan cada año cientos de lazos comunitarios norte-sur entre grupos comunitarios, de mujeres, de jóvenes y educativos. También ha asumido tareas sobre tradiciones culturales entre organizaciones culturales al norte y sur de la frontera, y organiza contactos regulares entre los medios de comunicación de ambas partes de la isla.

Muchos departamentos gubernamentales de Dublín y Belfast han desarrollado programas para garantizar la cooperación en áreas que parecen ser funcionales, como turismo, agricultura y programas en regiones fronterizas. Estos últimos, en particular, han percibido fondos europeos.

AVANZANDO

Hay muchos otros proyectos en gestación para afrontar algunas de las restantes áreas de división. Incluyen los siguientes:

- a) La falta de viviendas integradas, especialmente para personas con medios económicos muy limitados, está siendo objeto de estudio y planificación conjunta. Diversos estudios demuestran que más del 70% de la población desearía vivir en áreas integradas, siempre que su seguridad esté a salvo. Se necesita un trabajo metódico y de cooperación entre organismos oficiales responsables de la planificación y provisión de vivienda, y entre la comunidad y las organizaciones vecinales, para mantener o lograr esa integración. Los programas para ese trabajo son actualmente prioritarios (Murtagh, 1993).
- b) La investigación sobre niveles educativos superiores ha mostrado que incluso en ellos es limitada la mezcla de comunidades. La Unión de Estudiantes de Irlanda (Union of Students for Ireland) está desarrollando un programa antisectario dirigido a afrontar divisiones entre los estudiantes, y también elabora un programa de liderazgo y participación política intercomunitaria.
- c) Se trabaja en las cárceles con presos republicanos y lealistas, que tienen una influencia importante en las estrategias paramilitares, sobre temas de sectarismo y futuras opciones políticas para Irlanda del Norte. También se trabaja con funcionarios de prisiones sobre asuntos como el sectarismo y la diversidad cultural.
- d) Los clubes empresariales Rotary y Lions han empezado a apoyar y financiar proyectos sobre sectarismo y relaciones comunitarias, y están revisando su propia capacidad para contribuir a la cooperación intercomunitaria y norte-sur.
- e) Se está desarrollando un proyecto integrado de desarrollo y relaciones comunitarias en las trece zonas de interacción de barrios de Belfast, donde más ha incidido la violencia. A través de este proyecto, mediadores experimentados han ido reuniendo a grupos comunitarios, partiendo en muchos casos de la base de identidad única, para estudiar maneras de afrontar la necesidad de derribar los muros emocionales y físicos que los separan.

La tarea de desarrollar las posibilidades de contacto, y de mejorar la calidad de ese contacto para que sobreviva y pueda resolver fructíferamente las diferencias, está ya iniciada en Irlanda del Norte. A medida que disminuya la violencia, la esperanza y la creencia es que esas estructuras, que se han ido estableciendo con sumo cuidado para asegurar que el contacto y la cooperación puedan desarrollarse, evolucionarán aún más y garantizarán una base más firme para

III. SOLDANDO LAS GRIETAS

futuras soluciones políticas. Desde 1990, ha habido un crecimiento significativo del número de grupos de las zonas más *guetizadas* de Irlanda del Norte que están dispuestos a salir de los guetos e intentar entablar nuevas relaciones con grupos de otras extracciones y tradiciones. Ese trabajo proporcionará la necesaria infraestructura comunitaria local para el diálogo político entre comunidades en los años venideros, a medida que avancen los debates sobre posibilidades políticas futuras.

— IV. Tradiciones culturales

DOS MUNDOS

El visitante que llega a Irlanda del Norte no suele tener dificultades para saber qué comunidad atraviesa. Los signos externos de la diferente historia y tradiciones de las comunidades norirlandesas son rasgos característicos de la vida en el Norte.

Ondean muchas banderas: la *Union Jack** o banderas del Ulster en áreas lealistas, y la Tricolor —el verde, blanco y naranja de la bandera irlandesa— en muchas áreas nacionalistas; los bordillos de las aceras están pintados con colores británicos o irlandeses. Pubs y locales sociales suelen poner música que se supone pertenece a una u otra tradición. Los nacionalistas ponen música de tradición irlandesa, y los de las zonas unionistas suelen optar por los grandes éxitos británicos, melodías de la tradición orangista o, a veces, música escocesa.

Las marchas son un hecho casi cotidiano, especialmente en verano, que se conoce como la «estación de las marchas» (*the marching season*). Los desfiles unionistas suelen conmemorar alguna victoria de los protestantes frente a los católicos en 1690 en la batalla del Boyne. Las celebraciones nacionalistas son en general más contemporáneas. El levantamiento de Dublín de 1916, cuyo objetivo era la independencia de Gran Bretaña, es un hito popular especialmente querido, y a lo largo de los últimos veinte años los nacionalistas han recordado también el internamiento, la etapa entre 1971 y 1975 cuando cientos de católicos fueron encarcelados por el Gobierno británico sin juicio previo.

* Nota de la traductora: Denominación que se da de forma coloquial a la bandera británica.

Las marchas suelen ocasionar choques e incidentes en las calles, que muchas veces requieren presencia masiva de las fuerzas de seguridad para proteger la relativa seguridad tanto de marchistas como de espectadores.

Incluso las decisiones sobre qué lengua utilizar han sido problemáticas a lo largo de la historia de la región. Mientras que en el siglo XVIII la mayoría de los católicos utilizaban el irlandés como primera lengua, hacia finales del siglo XIX la mayoría de la población, salvo una franja de aproximadamente el 6%, hablaba inglés, y éste sigue siendo el único idioma de uso oficial en Irlanda del Norte. Sin embargo, aunque la mayoría de los nacionalistas ni hablan ni leen fluidamente el irlandés, desean que se pueda utilizar libremente, sin restricciones legales, y que goce de apoyo financiero oficial en escuelas donde se enseñe esa lengua. La resistencia de los medios de comunicación audiovisuales a utilizarla ha sido también una fuente de conflicto; la lengua irlandesa ha estado excluida de la radio y la televisión durante los primeros cincuenta años del Estado de Irlanda del Norte.

Un problema considerable ha sido que la mayoría de esas expresiones culturales, y las diferencias que materializan, son terreno abonado para generar tensión y hostilidad comunitarias, incluso brotes de violencia. Las leyes aprobadas para responder a estos temas provocaron en muchas ocasiones más tensión de la que evitaron. Por ejemplo, varios decretos legislativos (1951 y 1954) ilegalizaron la exhibición de la bandera irlandesa, permitiendo a la policía actuar contra cualquier uso de símbolos que pudiera causar alteraciones del orden público. Esta legislación prohibía de derecho y de hecho a la minoritaria población católica el uso de símbolos que demostrasen su fidelidad nacionalista. Estas leyes fueron utilizadas en numerosas ocasiones por ambos bandos para provocar tensión. En el caso de los nacionalistas, izar una tricolor se convirtió en un acto de rebeldía, mientras que los unionistas insistían en que el peso de la ley debía caer sobre tales exhibiciones, garantizando conflictos entre las comunidades y la policía.

Las leyes que restringían el uso de la lengua irlandesa prohibiendo la señalización en irlandés (1949), o el uso de cualquier lengua que no fuera el inglés en los tribunales (1739), y la costumbre de utilizar el inglés en todas las transacciones oficiales también se convirtieron en materia para la rebelión continua. Para 1992, más de 550 rótulos de calles en lengua irlandesa desafiaban la ley en áreas nacionalistas.

Además, dentro de la comunidad nacionalista algunos grupos comenzaron a utilizar el irlandés y la falta de respaldo oficial como un arma cultural para retar a las autoridades; aparecieron carteles

en el West Belfast católico que rezaban: «Los soldados británicos hablan inglés. ¿Qué idioma hablas tú?», con la intención de animar a la gente a hablar irlandés como gesto político.

Las recién descubiertas posibilidades de reafirmación de la comunidad nacionalista empezaron a lograr algunos éxitos a principios de los años setenta cuando se convenció a la British Broadcasting Association (BBC) de incluir de vez en cuando programas en lengua irlandesa para sus oyentes. Aunque hubo bastante resistencia por parte unionista, la BBC mantuvo el experimento, y más adelante accedió, en 1981, a introducir un programa fijo en irlandés seguido de algunos programas escolares en 1985. En 1991 la BBC emitió su primera producción televisiva en irlandés. Pese a que el total de horas de emisión en lengua irlandesa es todavía mínimo, especialmente comparado con las horas en gaélico en Escocia o galés en Gales, al menos se han roto las barreras para su utilización.

GRUPO DE TRADICIONES CULTURALES 1988

En 1988 se creó el Grupo de Tradiciones Culturales (Cultural Traditions Group, CTG, ahora un subgrupo del Consejo de Relaciones Comunitarias), con apoyo gubernamental y fondos de la Comunidad Europea, para abordar formas productivas de resolver diferencias culturales. Este grupo estaba integrado por unas veinte personas, de extracción protestante y católica, que intervenían en aspectos culturales de la vida en Irlanda del Norte. Fueron reclutadas de universidades, museos, entidades de lengua irlandesa y otras de temas culturales; y, aunque sin obviar sus diferencias políticas y teológicas, se comprometieron a intentar una valoración abierta de la cultura de los otros, y a poner empeño en que esas culturas se vieran reflejadas en las estructuras y legislación del Estado (Ryder, 1994).

Pese a algunos tímidos indicios de tolerancia del pluralismo, como la disposición de la BBC a emitir algunos programas en irlandés, el grupo se enfrentaba a una tarea difícil. La utilización de la lengua irlandesa seguía causando hostilidad; las marchas seguían requiriendo una considerable protección de las fuerzas de seguridad, y los despliegues de emblemas y banderas seguían provocando agresividad.

TRABAJO DE REAFIRMACIÓN DE LA PROPIA IDENTIDAD

Las primeras iniciativas del Grupo de Tradiciones Culturales se dirigieron a reafirmar la validez de las distintas identidades. Se

reconocía que los aspectos culturales básicamente católicos habían sido discriminados tanto en su cobertura en los medios de comunicación como en el respaldo oficial. Pero, como tal constatación podía percibirse como una amenaza por muchos unionistas que la interpretaban como manifestación de reafirmación política, también se consideró necesario propiciar el desarrollo de la confianza cultural (y no del triunfalismo o el *majoritarianismo*) entre los unionistas.

En primera instancia se alentó el trabajo sobre la identidad propia en las dos comunidades, y se recabaron medios y fondos para muchos proyectos en este sentido. Algunos fueron proyectos históricos; los referidos a las dos guerras mundiales tuvieron mucho éxito entre los unionistas, que sentían que su papel y lealtad en esas guerras se había pasado por alto. La Orden de Orange, una institución temida y despreciada por la mayoría de los católicos, recibió fondos para realizar un vídeo de su labor e historia. En el caso de los nacionalistas, se otorgaron más fondos, o nuevos fondos, a proyectos para afianzar y desarrollar la lengua y cultura irlandesas.

El CTG también proporcionó medios materiales y económicos para publicaciones culturales varias, que cubrían vacíos existentes y animaban a crear nuevas opiniones sobre las diversas tradiciones. El grupo también apoyó proyectos audiovisuales que reflejasen la diversidad cultural, y, aunque hay escasas evidencias de que esos programas por sí mismos sirvieran para modificar actitudes (Nolan, 1993), contribuyeron a garantizar programaciones locales dentro de la ética de la diversidad.

TRABAJO DE HISTORIA LOCAL

El CTG también contribuyó al surgimiento de sociedades de historia local en muchas zonas, en particular proporcionando medios a grupos como la Federación del Ulster para Estudios Locales (Ulster Federation for Local Studies). Estas sociedades aportaban dos elementos necesarios. En primer lugar, proporcionaban a mucha gente un lugar de afirmación cultural, una oportunidad de recuperar sus raíces y sentirse orgullosos de su zona. Estos grupos se sentían animados también por la calidad del propio trabajo de afrontar su pasado en toda su complejidad, y no sólo fijarse en los detalles que pudieran confirmar, más que reducir, las divisiones. Cada vez más, estos grupos también proporcionaron, y siguen haciéndolo, un excelente medio para fomentar el contacto intercomunitario. Muchos consiguen ahora cruzar las fronteras políticas y sociales, y algunos están empezando a programar sesiones culturales e históricas mixtas de forma regular.

FERIAS Y MUESTRAS CULTURALES

En 1991, el CTG organizó la primera Feria de Tradiciones Culturales en Belfast. En ella, reunieron durante unos días a unos cuarenta grupos de muy distintas trayectorias históricas y culturales, resultando una muestra abierta entre los mismos grupos y de cara al público. Fue una empresa única, puesto que congregó a colectivos que en general habían sido recelosos y hostiles entre sí durante la mayor parte de la historia del Estado. La Feria se repitió posteriormente en muchas localidades de Irlanda del Norte. Estos encuentros no sólo proporcionaron una oportunidad para cada grupo de relacionarse con otros, aunque fuera de forma incipiente, sino que también permitieron a enseñantes y personas interesadas en estudios locales adquirir información de muchas fuentes diversas para su labor cultural. Las ferias sirvieron asimismo para dejar patente que las tradiciones diferentes no tienen que ser necesariamente vistas como hostiles, sino que juntas pueden dar una riqueza mayor que la identidad única.

Además de las ferias culturales, el CTG organizó una muestra de símbolos que se ha expuesto en la mayoría de los ayuntamientos. Se trata de una exposición muy colorista de los cientos de artefactos y elementos de todas las tradiciones que se ven en casas, locales sociales, calles e insignias de la isla de Irlanda, normalmente proclamando una lealtad determinada, y en muchas ocasiones relacionadas con instituciones concretas. En muchos casos estos símbolos pueden ofender o provocar hostilidad (McCartney, 1994). Estas muestras, sin embargo, pueden apuntar a una rica diversidad política que está ahí para canalizarse creativamente más que para usarse de forma destructiva.

MÚSICA Y BAILES

Irlanda (en particular la parte de tradición nacionalista) tiene una tradición musical muy rica. Sus composiciones instrumentales se basan en la flauta, silbato de estaño, violín, *bodhran* (tambor irlandés) y, en algunos casos, música de acordeón. El canto a capella, junto con composiciones populares locales, y la música de grupos como The Chieftains, con una sólida reputación internacional, se suman a la variedad. Hay además un vasto repertorio de música para los bailes tradicionales irlandeses. Desgraciadamente, aunque la tradición ha tenido siempre aficionados de extracción protestante, se suele considerar mayoritariamente católica. Así pues, a veces ha atraído la hos-

tilidad verbal y física de los lealistas, y se han atacado pubs por su costumbre de poner esa música.

Dando ocasión a que los grupos musicales se consoliden y presen atención al interés de algunos protestantes por esa música, esas amenazas han sido en buena parte desactivadas. Por otra parte, fomentando la tradición cultural escocesa, que forma parte del bagaje cultural de muchos unionistas y que tiene históricamente lazos muy fuertes (tanto en música como en danzas) con la tradición irlandesa, ha sido posible ampliar el aprecio que ahora se da en ambas comunidades de la música y bailes tanto irlandeses como escoceses. También han asumido este enfoque grupos como Different Drums (Tambores Diferentes), que combina los tambores típicos (el *bodhran* irlandés y el *lambeag*, el tambor tradicional unionista) en apasionantes composiciones instrumentales, mostrando su capacidad de interacción y armonía. Este trabajo comenzó en 1989, y en unos pocos años ha permitido una relación musical mucho menos amenazante entre las comunidades. Además, ha espoleado el interés en nuevas combinaciones que pueden mezclar lo mejor de ambas tradiciones.

TRADICIÓN DE MARCHAS

A principios de verano en Irlanda del Norte es muy posible encontrarse, en aldeas, pueblos o ciudades, con el sonido y la visión de las bandas de las marchas practicando sus sonos y pasos por caminos campestres y calles asfaltadas. Aunque la mayoría de estas bandas son protestantes, hay algunas católicas. Para ambos bandos, son un medio para que la juventud aprenda a tocar un instrumento musical y participe en una actividad colectiva sin salir de su zona.

Desgraciadamente, la llegada de la estación de las marchas puede desatar oportunidades para la hostilidad. La de hacer marchas es una actividad corriente en Irlanda del Norte; en 1993, por ejemplo, hubo 2.662 desfiles, de los cuales 2.411 fueron unionistas y 251 nacionalistas (RUC, 1993). Estas marchas pueden resultar hostiles sólo porque se las identifica con una u otra comunidad. El mero hecho de que los participantes desfilen agrupados las reviste de un cariz amenazante, incluso cuando no sea ésa su intención.

Y en algunos casos, especialmente cuando esas marchas se realizan en un territorio que no pertenece a la comunidad, puede ciertamente haber una amenaza implícita. Es especialmente problemático en el caso de algunas marchas protestantes, en lugares donde la demografía ha cambiado el paisaje sectario, pero los marchistas se niegan a reconocerlo y asumirlo, e insisten en utilizar sus rutas tradiciona-

les, que actualmente atraviesan territorio católico o mixto. Cuando esto ocurre, suele ser necesaria una gran presencia policial para mantener el orden; estos incidentes pueden generar gran tensión entre las comunidades. Añádase que algunas bandas —la minoría— son especialmente provocativas e incrementan la hostilidad con cánticos y lemas sectarios.

El trabajo destinado a afrontar estas tensiones comenzó de muchas formas. En primer lugar, especialmente donde ha habido un pasado de hostilidad, ha sido necesario en ciertos casos que la policía marcara nuevas rutas a las marchas. Donde se teme que estalle la hostilidad, se han utilizado mediadores locales con cierto éxito, intermediarios entre las comunidades y la policía, y observadores que siguen de cerca el desarrollo de las marchas. Aunque la tensión puede saltar por la volátil naturaleza del proceso político en Irlanda del Norte, en los últimos años se han evitado muchos conflictos con estas medidas.

No obstante, al trabajar sobre esa tensión, las muchas personas involucradas en cuestiones de tradiciones culturales, incluyendo a trabajadores sociales, han puesto de relieve la necesidad de asegurar que la gente en general desarrolle la capacidad de escuchar y compartir las tradiciones de cada cual, sean marchas o música, con elementos de respeto. Este trabajo se acomete, por ejemplo, mediante seminarios con la Orden de Orange —que organiza la mayoría de los desfiles protestantes— y trabajadores comunitarios y otros en comunidades nacionalistas, y a veces organizando en locales cerrados conciertos compartidos de música que es problemática en las calles. Mediante ese trabajo ha sido posible celebrar festivales con bandas de tradiciones diferenciadas como parte de las fiestas en un número creciente de localidades. Una vez más, esas celebraciones compartidas ofrecen un símbolo visible y agradable de cooperación cultural, frente a la norma de hostilidad cultural.

LA LENGUA IRLANDESA

Hacia finales de los ochenta, y en especial por la influencia del Grupo de Tradiciones Culturales, se fue reconociendo que la negativa respuesta gubernamental a la lengua irlandesa había sido miope e innecesaria, sobre todo a la vista de que en otras partes de Gran Bretaña la lengua regional de Gales y el gaélico escocés habían recibido bastante apoyo para su supervivencia y desarrollo. La negativa del Gobierno unionista de proporcionar cualquier tipo de ayuda al irlandés se convirtió en la manzana de la discordia para los nacionalistas, que la añadieron a su lista de agravios.

Aunque en los ochenta la BBC empezó a responder tímidamente a las exigencias de emisiones en lengua irlandesa y retransmisión de juegos gaélicos, el CTG opinaba que había que hacer más. En 1990, el Gobierno británico contribuyó a organizar y financiar la Fundación Ultacht, grupo instituido sobre bases no sectarias para desarrollar y proporcionar fondos al irlandés, que incluía en su junta directiva miembros de extracción unionista. Paralelamente, el Gobierno empezó a subvencionar las escuelas en lengua irlandesa al mismo nivel que las demás, y ayudó a la financiación de un diario en irlandés. En 1992 el secretario de Estado para Irlanda del Norte anunció que, allí donde exista una exigencia local, se pueden rotular las calles en irlandés junto a la denominación en inglés.

Aún continúa la batalla para obtener plena paridad con el gaélico escocés y el galés. El Gobierno atiende correspondencia en irlandés, pero la contestación suele ser aún en inglés, y no hay todavía una política oficial sobre la publicación de documentos oficiales en irlandés, aunque ocurre de forma esporádica. Dado que sólo en torno al 10% de la población afirma tener conocimiento del idioma irlandés (Informe del Censo, 1990), es poco probable que llegue a alcanzar nunca la paridad con el inglés.

En tres años, sin embargo, el irlandés ha dejado en gran medida de ser un problema de confrontación política (aunque aún hay rirrafes menores en algunos ayuntamientos por su utilización), y en algunos casos está sirviendo para cimentar las relaciones entre comunidades. Actualmente muchos protestantes se sienten libres para aprenderlo, una vez que ha disminuido la práctica de su uso como provocación política. Hay clases de irlandés en áreas marcadamente protestantes, como Shankill. Estos grupos aprovechan su nuevo interés en la lengua como excusa para ir a visitar centros de irlandés en áreas católicas cercanas, por donde antes no se atrevían a pasar. Algunos protestantes, deseosos de volver a visitar lo que conciben como sus propias raíces culturales, han empezado a estudiar gaélico escocés, y, como el gaélico escocés y el irlandés tienen mucho en común, estos estudios también permiten interesantes experiencias de comparación e intercambio entre comunidades.

EL TEATRO

Irlanda del Norte ha tenido siempre una tradición teatral muy viva, no sólo en los escenarios de su ciudad principal, Belfast, sino también en pueblos donde los grupos teatrales locales han tenido un destacado papel en la vida social. En algunos casos, esta implicación ha

demostrado ser muy incisiva tanto para reafirmar una cultura como para cuestionar sus simplificaciones. Un informe de 1994 (Grant, 1994) reveló cómo el trabajo de los dramaturgos locales, en cooperación con grupos teatrales de la zona, puede tener marcada influencia para facilitar el debate de cuestiones problemáticas como la identidad, las preocupaciones sociales y las posibilidades políticas que caracterizan el conflicto. En especial, cuando esas obras recogen y abordan las muy complejas emociones que rodean a los dilemas comunitarios locales (por ejemplo, actividad paramilitar, descontento con la policía, marginación social y cultural), tienen una capacidad de enganche que puede ser más fuerte que muchos seminarios y talleres. Actualmente existen varios grupos de facilitadores teatrales que trabajan específicamente con grupos locales para desarrollar obras que se ajusten a sus necesidades y su contexto en el conflicto. Cuando estos grupos trabajan juntos entre comunidades, y abordan escenificaciones con ambas, su capacidad de afrontar la complejidad, y de reflejar emocionalmente los temores y dolores de sus respectivas comunidades, es realmente muy poderosa y capaz de crear grados considerables de empatía por encima de la frontera comunitaria.

CULTURA Y CAMBIO

En Belfast oeste, zona católica, los veranos de los últimos veinte años han sido a menudo calientes y problemáticos, en especial cuando se han visto marcados por marchas y manifestaciones conmemorando los agravios que la comunidad considera haber sufrido en el pasado, y, muy en especial, lo que la población local percibe como la injusticia del internamiento. La introducción de un festival cultural ha transformado esos veranos en los últimos años. Actualmente, esas calles están llenas de música, teatro, giras históricas y debates. La aparición del festival de Belfast oeste ha convertido lo que podían ser meras conmemoraciones conflictivas en espacios de reafirmación y cuestionamiento, llenos de color, diversión y debate real. Es más, en años recientes la comunidad, orgullosa de su propia capacidad de desarrollar tal festival, ha empezado a abrir sus horizontes y a extender sus invitaciones a círculos más amplios para intentar alentar la interacción creativa entre su propia comunidad *guetizada* y las de otras tradiciones.

En 1994, trabajadores sociales y otros de la zona protestante de Shankill empezaron a desarrollar una idea similar. Este nuevo festival da muestras ya de poder incrementar las posibilidades de esa comunidad —tradicionalmente más defensiva que su contrapartida

católica— de explorar su propia tradición y otras emergentes, de una forma creativa y productiva, que pueda conducirles también, al tener mayor confianza, a una mayor interacción entre comunidades.

Un fenómeno similar ha ocurrido en Derry, donde en los últimos años el Ayuntamiento y diversos grupos culturales han realizado un esfuerzo enorme en la profundización en cuestiones de cultura e identidad mediante teatro, música y debate. Este trabajo ha servido para acrecentar la animación y la esperanza en una ciudad que, hasta mediados de la década de los ochenta, parecía sumida en una depresión entre edificios reventados por bombas, monótona actividad paramilitar, altas tasas de desempleo y divisiones predominantes. Esa recién hallada energía, en gran medida canalizada por las actividades culturales, parece estar contribuyendo también a la capacidad de Derry de desarrollarse económicamente, siendo ésta una gran necesidad en una zona tradicional de alto nivel de paro.

La de los noventa está siendo una década especialmente viva para todo tipo de actividad cultural en Irlanda del Norte, lo cual sorprende a los visitantes de la región. Gran parte de esa vitalidad emana de las recién descubiertas posibilidades de las comunidades locales de autocuestionarse y cuestionar más adelante a sus vecinos conflictivos por medio de la cultura. La estrategia de fomentar este pluralismo cultural no ha dejado de ser objeto de críticas, algunas de ellas expresando preocupación por la posibilidad de que aumente la *guetización* o por las implicaciones para el pluralismo político, aspecto éste que temen en particular ciertos sectores unionistas.

Pero las calles, en general, están empezando a contar una historia diferente y positiva, y, poco a poco, se va asentando la convicción de que quizás, al menos en términos culturales, las diferencias entre comunidades puedan proporcionar una riqueza positiva si se reafirman adecuadamente, y no una división negativa como venía ocurriendo a lo largo de los últimos setenta años tras la creación del Estado.

— V. *Trabajo de igualdad*

CRITERIOS DE DESIGUALDAD

La última fase de la violencia en Irlanda del Norte estalló en buena medida por cuestiones de desigualdad. Desde la concepción del Estado en 1921, sectores católicos se creyeron víctimas de una discriminación sistemática. Sus impresiones se vieron confirmadas por los resultados de la primera encuesta que el Gobierno británico realizó al respecto, cuando estallaron los disturbios de 1969 (Cameron, 1969). Al dar cuenta de los enfrentamientos de 1968 y 1969, la Comisión Cameron llegó a la conclusión de que el sentimiento de injusticia había sido un factor fundamental en el desencadenamiento de la violencia. El Gobierno británico declaró en agosto de 1969 que «todo ciudadano de Irlanda del Norte tiene derecho a la misma igualdad de tratamiento y ausencia de discriminación que disfruta en el resto del Reino Unido». Tras esta declaración, se aprobaron una serie de reformas legislativas para afrontar la desigualdad existente, primero en el Parlamento de Irlanda del Norte y, tras su disolución en 1972, en el Parlamento de Westminster. En 1973, el Gobierno británico estableció la Comisión Asesora Permanente sobre Derechos Humanos para hacer un seguimiento de la eficacia de las leyes antidiscriminatorias. Además, se retiró a los municipios la responsabilidad sobre áreas de trabajo conflictivas, y se centralizó.

REFORMAS

Reforma en el área de vivienda

El control de toda la adjudicación de vivienda pública se transfirió a una autoridad regional, la Ejecutiva de Vivienda de Irlanda del Norte.

Este organismo comenzó a funcionar a principios de 1971, y se encontró con enormes problemas desde el primer momento. No sólo tenía que hacer frente a los criterios discriminatorios en vivienda, sino también a décadas de dejadez cuya herencia era un patrimonio de viviendas ruinosas: se calculaba que en torno al 20% de las viviendas existentes no reunían las mínimas condiciones de habitabilidad. El Ejecutivo logró que se diera prioridad a la cuestión. Su trabajo ha tenido tanto éxito que, en 1992, las encuestas demostraban que, en fuerte contraste con los agravios de 1969, tanto católicos como protestantes estaban satisfechos con las adjudicaciones y los servicios del Ejecutivo.

La mayor prioridad y una más justa adjudicación de viviendas pueden haber tenido también consecuencias positivas colaterales. Dado que los bastiones paramilitares tendían a darse en los enclaves más ruinosos y *guetizados*, se piensa que los fructíferos esfuerzos del Ejecutivo de Vivienda pueden haber contribuido bastante a la considerable caída de los niveles de violencia durante los años ochenta en comparación con los altos niveles que se dieron en los setenta (Bardon, 1992: 793).

Reformas electorales

Tras su intervención en 1969, el Gobierno británico introdujo rápidamente reformas en el terreno electoral. La posesión de una vivienda no fue ya requisito previo para el derecho a voto, y se abolió el voto múltiple que tenían los empresarios. Se rediseñaron las demarcaciones de las circunscripciones locales para recoger más ajustadamente la realidad de la distribución demográfica, y se introdujo un sistema de representación proporcional que incrementó las posibilidades nacionalistas de acceder a cierto grado de poder allí donde su base fuera lo suficientemente grande; aumentó el número de ayuntamientos bajo control nacionalista. Aparte de pequeñas disputas que aún saltan cuando se revisan las demarcaciones en respuesta a los movimientos poblacionales, los procesos de democracia no son ya, en general, fuente de conflicto entre las comunidades.

Reformas en la política de empleo

El informe Cameron y otros estudios constataron las enormes disparidades en los niveles de empleo. En 1971, se calculaba que el 17,3% de los hombres católicos estaban desempleados, frente al 6,6% de los protestantes. Reconducir tal desequilibrio resultó ser una tarea sumamente difícil, y aún hoy supone un reto considerable.

En 1969, un decreto de la Comisión Parlamentaria de Irlanda del Norte creó una oficina del Comisionado de Irlanda del Norte para la Administración dotada de poderes para investigar las quejas de mala administración de departamentos gubernamentales, incluyendo la discriminación por motivos religiosos o políticos. En 1972 se estableció una comisión para fomentar la imparcialidad en la contratación en los ayuntamientos, que tanto habían destacado por su carácter discriminatorio, y el Gobierno creó un equipo de trabajo para analizar los hábitos de empleo en el sector privado. En 1973, el Decreto Constitucional de Irlanda del Norte dispuso la existencia de una asamblea legislativa para la zona, así como que se considerase nula cualquier medida legislativa de esa entidad que discriminase por motivos religiosos o políticos. El Decreto también estableció la Comisión Asesora Permanente de Derechos Humanos.

En 1976 se aprobó el Decreto de Empleo Justo, que ilegalizaba la discriminación en el empleo por motivos religiosos o políticos, y se estableció la Agencia de Empleo Imparcial (Fair Employment Agency, FEA), para recibir quejas de discriminación en el empleo y para investigar hasta qué punto existía desigualdad. Se animó a los empresarios a aplicar voluntariamente principios de igualdad y a firmar una declaración en ese sentido. En 1982, el Gobierno anunció que sólo se aceptarían ofertas de licitación de obras en concursos pública de empresas que contaran con el certificado de empresa igualitaria expedido bajo el Decreto de Empleo Justo.

A partir de mediados de los ochenta, sin embargo, creció la presión para reformar el Decreto de 1976, pues las estadísticas oficiales seguían indicando que, pese a la legislación, el desfase entre protestantes y católicos no disminuía.

Por lo tanto, se aprobó un nuevo decreto en 1989, según el cual el FEA fue sustituido por la Comisión de Empleo Imparcial (Fair Employment Commission, FEC), dotada de más medios y poderes. Éstos incluían un nuevo organismo para resolver casos de presunta discriminación, y establecían para todas las empresas con más de 25 trabajadores el requisito de inscribirse en el FEC y someterse a un seguimiento de la composición religiosa de sus plantillas. Se ilegalizó la discriminación indirecta —entendida como la utilización de un criterio de contratación o promoción que discriminase indirectamente a alguien de una comunidad en favor de una persona de la otra—, cuando el criterio no estaba relacionado directamente con el puesto de trabajo en cuestión. Además, las líneas generales difundidas junto al Decreto establecen políticas legales de afirmación positiva que las

empresas pueden poner en práctica en sus esfuerzos por reducir los desequilibrios en sus plantillas.

A principios de los noventa, sin embargo, y tras dos décadas de intentos gubernamentales de resolver las desigualdades en Irlanda del Norte, los indicadores mostraban que la comunidad católica sigue estando en franca desventaja. Esto es especialmente cierto en el caso del desempleo, dado que los hombres católicos tienen un 50% más de probabilidades de estar en paro que los protestantes. La legislación y las medidas de seguimiento no han conseguido aliviar esa cifra más que en cantidades prácticamente inapreciables: las probabilidades eran de un 2,5 en 1971 y son del 2,2 en 1993. Añádase que 45 de los 50 puntos negros del paro en Irlanda del Norte son casi exclusivamente católicos.

La investigación sobre las razones de la persistencia de esta disparidad mostraba también que, aunque la discriminación directa contra los católicos sigue vigente, hay conciencia de que los pasos necesarios para reconducir la situación son mucho más complejos que la mera instauración de procedimientos de seguimiento y legislación.

El que los católicos casi nunca busquen empleo en áreas de policía y servicios de seguridad (uno de los principales sectores generadores de empleo; véase el capítulo 6) es un problema, pues los datos demuestran que si fueran contratados igualitariamente en estos sectores, el diferencial disminuiría considerablemente (Boyle y Hadden, 1994). La recesión prolongada, que afectaba a todos los países europeos, supuso que la creación de empleo y la oferta de puestos de trabajo fueran muy bajas, lo que redujo aún más las posibilidades de incorporación de católicos a muchas empresas. Las diferencias en educación aparecen también como factor significativo para limitar la igualdad de acceso al mundo laboral.

Reforma en la enseñanza

En general, los niños de escuelas protestantes obtenían mejores resultados que los de escuelas católicas. Esto se debía en parte al hecho de que había menos plazas disponibles en los centros católicos de niveles superiores de la enseñanza básica que en los protestantes, y los datos también mostraban fuertes desfases en la oferta de guarderías; en áreas protestantes la oferta triplicaba a la de zonas católicas. También parece que las oportunidades de empleo para católicos se han visto recortadas por el hecho de que tradicionalmente se ha dado menos importancia a la enseñanza de ciencias y tecnología en

las escuelas católicas, lo que limitaba algo la gama de posibilidades abierta a los católicos al concluir la enseñanza básica.

En 1992 se aprobaron reformas destinadas a modificar las formas de financiación al sector subvencionado (fundamentalmente católico). Se acordó una fórmula que tenía en cuenta las necesidades sociales, proporcionando el 100% de financiación para centros subvencionados que antes sólo recibían el 85% de esos fondos; se recabaron fondos extraordinarios para la apertura de más aulas de enseñanza básica para alumnado católico y se planteó estudiar la necesidad de ampliar la oferta de guarderías, así como de revisar los planes de estudio para asegurar que tanto centros católicos como protestantes ofrecieran planes de estudios amplios y equilibrados. Mediante estos últimos se espera reconducir las deficiencias de las escuelas católicas en ciencias y tecnología, y así aumentar la preparación de los católicos para encontrar empleo en sectores donde han estado tradicionalmente discriminados.

SELECCIÓN DE OBJETIVOS SOCIALES

En 1990, el Gobierno decidió que las medidas legislativas existentes no eran suficientes para reequilibrar las desigualdades y reducir las diferencias, especialmente las relativas al desempleo. En el sistema general de empleo, los católicos iban mejorando en términos de contratación, y en algunos casos, en especial en organismos oficiales (que dan empleo al 40% de la población activa en Irlanda del Norte), iban asentándose y mostrando perspectivas de ascenso a una velocidad desproporcionada respecto a los protestantes. En general, sin embargo, los datos sobre el paro entre católicos se mantenían deses- perantemente altos.

El censo de 1990 reveló, además, desequilibrios entre comunidades que requerían atención. Si bien la discriminación abierta en la concesión de viviendas ya no era un problema, se mantenían diferencias considerables en las condiciones de arrendamiento y niveles de hacinamiento. Los indicadores sanitarios también mostraban diferencias, siendo las incapacidades, en todos los tramos de edad, mucho más altas entre los católicos.

Frente a ese fuerte reto de la permanencia de guetos marginalizados (fundamentalmente católicos, pero también en algunas zonas protestantes) y ante el evidente vínculo entre tales áreas y el uso de la violencia paramilitar, el Gobierno concluyó que era necesaria una iniciativa fuerte para afrontar esa alienación. Así, a principios de los noventa creó una nueva iniciativa, denominada Precisando las

Necesidades Sociales (Targeting Social Need, TSN), bajo los auspicios de la Unidad Central de Relaciones Comunitarias. El objetivo de este programa era abordar campos de diferencias sociales y económicas, dirigiendo políticas y programas gubernamentales intensivos a las zonas o sectores de la comunidad más desfavorecidos y más necesitados.

Bajo esta iniciativa, se exigía en primer lugar a todos los departamentos gubernamentales que analizasen y siguiesen el impacto de su política y actuaciones sobre la comunidad, y todas las diferencias de tal impacto entre los dos sectores de la comunidad. Allí donde se detectase una diferencia, había que estudiar el campo de acción para remediarla. Se puso en marcha un abanico de nuevos proyectos, y los ya existentes se fortalecieron para asegurar que su contribución a la reducción de desigualdades fuera más eficaz. Estas iniciativas incluían trabajos diseñados específicamente para resolver el problema de las bolsas de marginación en Belfast, como el proyecto Making Belfast Work (Lograr que Belfast funcione) (con una dotación de fondos de aproximadamente 25 millones de dólares al año —1.550 millones de pesetas—), pensado para ayudar a la participación y desarrollo comunitario, incluyendo el desarrollo económico, en las zonas más degradadas de Belfast.

Con el TSN se dedicó atención especial a la oferta de más oportunidades de formación, al fomento de la creación de empresas locales, especialmente en las zonas más marginadas, y a garantizar que los organismos responsables de la creación de puestos de trabajo orientaran su tarea a las zonas más desfavorecidas.

Acción para el Empleo Comunitario, un proyecto dirigido fundamentalmente a parados de larga duración, vio incrementados sus recursos dado que ese tipo de paro es más elevado entre católicos. Se pusieron más fondos a disposición de la rehabilitación de viviendas y para desarrollo comunitario, que el Gobierno consideraba que era, muchas veces, el primer paso necesario para que las comunidades adquirieran el suficiente nivel de confianza y experiencia para afrontar las duras necesidades del desarrollo económico y de puestos de trabajo. Cinco áreas rurales particularmente desfavorecidas fueron también seleccionadas para financiación y desarrollo extraordinarios, y todas eran áreas católicas.

POLÍTICAS Y TRATO JUSTO

Paralelamente a las iniciativas previamente detalladas, diseñadas para resolver los problemas de desigualdad afrontando el contexto

más amplio y no sólo las necesidades legislativas, en 1994 el Gobierno redactó una nueva iniciativa, denominada Evaluación de Políticas y Trato Justo (Policy Appraisal and Fair Treatment, PAFT), también bajo los auspicios de la Unidad Central de Relaciones Comunitarias.

El objetivo de esta iniciativa es garantizar que, en la práctica, las cuestiones de igualdad y equidad condicionan la elaboración política y práctica en todas las esferas y en todos los niveles de la actividad gubernamental, bien sea en funciones regulatorias y administrativas o en los servicios públicos. La orientación que proporciona la iniciativa está diseñada para asegurar que desde el primer momento se tienen en cuenta la igualdad, la equidad y la no discriminación (y no sólo con relación a la afiliación religiosa o política, sino respecto a otras áreas de desigualdad), en la elaboración de propuestas políticas, incluidas las legislativas, y otras iniciativas y planes estratégicos para la materialización de esas políticas y su reflejo en los servicios públicos. Estas orientaciones se aplican ahora a todos los departamentos y organismos gubernamentales de Irlanda del Norte.

LA EQUIDAD, UN RETO INCESANTE

Algunas de las iniciativas diseñadas para introducir más equidad en las estructuras y sistemas de Irlanda del Norte han tenido bastante éxito. Ya no se oyen quejas sobre votaciones amañadas, concesión injusta de viviendas, o financiación desigual de la enseñanza. En un período de diez años se ha duplicado el número de católicos que trabajan en niveles superiores de gestión, aunque siguen estando escasamente representados en las posiciones más elevadas tanto en la administración pública como en el sector privado. Queda aún un buen trecho que recorrer para resolver el tema del desempleo; este problema, tanto para católicos como para protestantes, tiene una incidencia especial en Irlanda del Norte. Diversos estudios que han analizado las características de quienes apoyan al Sinn Fein (brazo político del IRA) han demostrado que este apoyo alcanza su nivel máximo entre jóvenes varones católicos en paro con bajo nivel de formación ocupacional. El barrio de New Lodge, en el norte de Belfast, tiene aproximadamente un 56% de desempleo masculino, es totalmente católico y da un alto grado de apoyo al Sinn Fein. Un cuadro similar se aprecia en Belfast oeste, zona católica, en Bogside, Derry, y en Crossmaglen, en el sur de Armagh. Otros estudios demuestran que las ciudades y pueblos con grandes guetos católicos y elevados índices de paro tienen los más altos niveles de violencia (Poole, 1990).

El vínculo entre desempleo y violencia se percibe también en el lado protestante. Las zonas de Shankill y Crumlin Road en el oeste y norte de Belfast son las de mayor paro protestante y paramilitarismo lealista. Estudios hechos en Derry muestran una relación similar entre el paro y los paramilitares lealistas en Waterside, una parte de la ciudad históricamente protestante.

Está por ver si las recientes iniciativas del Gobierno serán capaces de afrontar realmente el principal problema que queda, el de la desigualdad. Todo indica que esta cuestión seguirá bajo cuidadosa revisión, y, si fuera necesario, se invertirían incluso más recursos y esfuerzos para aliviarla, puesto que el precio del ininterrumpido desempleo, como símbolo de la permanencia de la desigualdad y como fuente de energía paramilitar, parece demasiado alto a todos los implicados en reducir el conflicto.

VI. La labor policial en el conflicto

¿FUERZAS PARA LA PAZ?

El grueso de la disuasión, protección y control del malestar civil recae inevitablemente, en primera instancia, en una fuerza estatal ya existente, sea ésta ejército o policía. Para 1994, en Irlanda del Norte había una fuerza policial que triplicaba con creces su equivalente en el Reino Unido, y una presencia media del ejército de 16.000 soldados. No cabe duda de que el éxito de este personal de seguridad en la prevención y contención de la violencia mediante vigilancia, recogida de información y la obtención de sentencias condenatorias contra paramilitares ha sido un factor significativo para que el IRA se diera cuenta, hacia finales de los ochenta, de que su lucha política nunca triunfaría por el empleo de la fuerza. Esta asunción finalmente le impulsó a buscar una estrategia política alternativa, que habría de llevar a las treguas de 1994.

El corolario, sin embargo, fue que las fuerzas de seguridad también reconocieron que nunca podrían acabar totalmente con las campañas paramilitares de violencia mediante la fuerza. Aunque esto es parcialmente cierto debido al tipo de tácticas de guerrilla utilizadas por el IRA, también es cierto que, a lo largo de todo el conflicto, el empleo de las fuerzas de seguridad para contenerlo y resolverlo ha resultado problemático.

El éxito del empleo de esa fuerza en cualquier conflicto dependerá de una serie de factores, incluyendo el grado de consenso entre la población sobre su legitimidad, el carácter representativo de esa fuerza, la profundidad del malestar civil y las tácticas utilizadas por

las fuerzas estatales para controlar y poner fin al conflicto. Tanto la propia historia de las fuerzas de seguridad en Irlanda del Norte como las tácticas utilizadas sirvieron desgraciadamente para garantizar que en muchos casos sectores importantes de la comunidad, en general en áreas nacionalistas, considerasen a esas fuerzas como parte del problema.

Cuando estalló el malestar civil en Irlanda del Norte en 1969, las líneas de fractura en el seno de las propias fuerzas policiales las convirtieron en contraproducentes e incendiarias para el conflicto. Esto se debía a que el propio cuerpo era visto como muy favorable a los unionistas. Se trataba de una fuerza mayoritariamente protestante, con un índice de participación del 10% de católicos en 1969, índice que para 1994 había descendido a un 6%.

Cuando estallaron los disturbios, se hizo evidente de inmediato que la policía era incapaz de reaccionar a las nuevas necesidades de orden público de forma profesional y no discriminatoria. Durante la época de las marchas por los derechos civiles, con manifestaciones frecuentes y choques intercomunitarios en las calles, la policía se mostró claramente aprensiva ante las exigencias católicas de derechos civiles; en muchos casos reaccionaron de forma sesgada y hostil en situaciones candentes y críticas.

La Comisión Cameron, encargada por el Gobierno británico en 1969 de investigar las causas de los problemas, señaló a la policía como factor problemático fundamental en el conflicto, en particular los actos de mala conducta policial, agresiones y lesiones, y el empleo de frases sectarias y políticas provocativas (Cameron, 1969). Tanto la Comisión Cameron como el Tribunal Scarman (Scarman, 1971) fueron especialmente críticos con las acciones de los B Specials, brigada policial con una larga historia de fanatismo contra los católicos.

En consecuencia, la reforma de la policía suponía uno de los objetivos principales del Gobierno británico. Se recomendó que se disolvieran los B Specials y que se instaurara una nueva fuerza a tiempo parcial; el RUC debía ser desarmado;* tenía que crearse una autoridad policial que actuase de salvaguarda entre la policía y el Gobierno unionista, y era necesario desarrollar un sistema para canalizar las quejas. Estas recomendaciones provocaron duras condenas de la comunidad unionista, incluyendo violentas manifestaciones en áreas protestantes de Belfast y la muerte a tiros de un policía.

* Nota de la traductora: La policía británica va tradicionalmente sin armas, salvo cuerpos o circunstancias especiales.

Aunque las recomendaciones fueron bien recibidas en general por los católicos, quedaron en la práctica contrarrestadas por la imposición del internamiento en 1971, que tuvo como resultado el encarcelamiento sin juicio previo de más de 1.500 personas, casi todas ellas católicas. La mayoría de los encarcelados (muchos de los cuales fueron puestos en libertad sin cargos pasado un tiempo) fueron internados como consecuencia de una mala información de la policía.

Desde finales de los setenta, sin embargo, se ha dado una profesionalización gradual de la policía, que ha contribuido a mejorar los niveles de imparcialidad en su labor. Esta mayor imparcialidad queda ejemplificada en las muchas ocasiones en que la policía se ha encontrado desde entonces en abierta oposición a sectores protestantes, al intentar llevar a cabo decisiones polémicas como el cambio de itinerario de las conflictivas marchas de la Orden de Orange y el control de los disturbios en muchas zonas protestantes tras la imposición del acuerdo anglo-irlandés de 1985, que la mayoría de los unionistas acogió mal. Durante esas protestas, muchos agentes fueron atacados y forzados por protestantes a abandonar sus casas. Y en 1993, 1994 y 1995 hubo constantes enfrentamientos entre la policía y diversas comunidades protestantes por la actividad, incluidos registros domiciliarios y personales, que aquella realiza para obtener pruebas contra paramilitares lealistas, y tras nuevos cambios de itinerario de las marchas.

Además, la policía ha realizado miles de actos de valor personal y colectivo dirigidos a evitar la muerte tanto de católicos como de protestantes mediante su vigilancia para la prevención de atentados, el hallazgo de depósitos de armas y las advertencias a potenciales víctimas de todos los sectores de la comunidad. Sin embargo, una buena parte de la comunidad católica aún ve con recelo a la policía, en parte por sus actitudes históricas y por la parcialidad que se aprecia en su contacto diario con las comunidades locales.

¿UN EJERCITO EXTRANJERO?

Tras el estallido de la violencia en 1969, cuando quedó claro que la policía no podía controlar los enfrentamientos ni, en algunos casos, quería proteger a la población católica, el Gobierno británico decidió enviar tropas británicas a Irlanda del Norte para mantener el orden público. En el momento de tomar la decisión, se acordó que sería una operación limitada y que se retirarían las tropas lo antes posible. Las tropas británicas fueron recibidas de entrada con alivio y gratitud por la población católica, que se sentía sitiada y desprote-

guida por la policía, y durante seis meses lograron mantener la confianza de la comunidad católica. Sin embargo, la combinación de diversos factores —la decisión del IRA, cada vez más fortalecido, de provocar enfrentamientos con el ejército, al que veían como encarnación del enemigo tradicional, y un aparente exceso de celo en las tácticas de registro durante las operaciones militares en áreas católicas— convirtió lo que inicialmente había pasado a ser una población católica desencantada en una situación de abierta hostilidad comunitaria.

Desde 1970, el ejército se convirtió en el enemigo para la mayoría de los nacionalistas, actitud confirmada por tácticas que rayaban la política de tirar a matar contra presuntos terroristas haciéndose muchas veces escasos esfuerzos para detenerlos. Entre estos incidentes figura la muerte de ocho militantes del IRA implicados en el ataque a una comisaría rural de Loughgall en 1987, la matanza de tres miembros del IRA en Gibraltar en 1988, y la muerte de tres militantes del IRA que estaban a punto de iniciar una operación homicida contra trabajadores protestantes en Coagh en 1991. El ejército se encontró con especiales problemas para mantener su credibilidad como fuerza imparcial por la existencia del Ulster Defence Regiment (Regimiento de Defensa del Ulster, UDR), creado en 1970 para sustituir a los desacreditados B Specials. La mayoría de sus integrantes eran norirlandeses y protestantes con dedicación parcial y, por ello, no recibían en general la formación propia de una carrera militar a tiempo completo. Un número excesivamente elevado de sus integrantes resultó culpable de serios delitos de naturaleza sectaria; en el cuerpo se infiltraron ocasionalmente paramilitares lealistas, ganándose una reputación especialmente áspera de hostigamiento a los católicos en el cumplimiento de sus funciones (Ryder, 1991). A partir de mediados de los ochenta, han aparecido pruebas de que algunos soldados, en particular soldados de la UDR, han pasado fichas de presuntos activistas del IRA a paramilitares lealistas, para facilitar su asesinato.

SERVICIOS DE INFORMACIÓN

El trabajo de los servicios secretos, o servicios de información, cuya tarea es moverse en un nivel oculto detectando y evitando delitos terroristas donde sea posible, es en general sumamente opaco. Lo poco que se sabe de él revela una serie de grupos muchas veces competitivos entre sí que, pese a sus indudables éxitos en la prevención y detección del delito, han sido criticados por su forma de acometer sus tareas con métodos que ciertos sectores consideran cuestionables y

contraproducentes. La mayor parte del trabajo de recogida de información lo realizan unidades especializadas de la policía y el ejército. Dentro de la policía, los agentes de la Special Branch (Rama Especial) del RUC trabajan conjuntamente con el Intelligence Corps (Cuerpo de Inteligencia) del ejército. Hay también brigadas de especialistas en armas de fuego que incluyen las Mobile Support Units (Unidades Móviles de Apoyo) y el Special Air Services (Servicios Especiales del Aire, SAS), que parecen haber estado especialmente involucrados en los años setenta y principios de los ochenta en Irlanda del Norte, y a quienes se atribuye el asesinato de una treintena de activistas del IRA (Urban, 1992). Tanto la policía como el ejército utilizan *agentes*, de los cuales dependen para obtener información actualizada, en especial información interna de las organizaciones paramilitares.

Debido a una serie de juicios basados en *chivatazos* durante la década de los ochenta —que se desmoronaron por su total dependencia de estos confidentes controlados por dichos servicios de información—, a denuncias reiteradas de agresiones durante los interrogatorios, y a presuntas prácticas de coacción empleadas para obtener información, la credibilidad de muchos de estos servicios (y por tanto su efectividad) ha sido seriamente cuestionada en ambas comunidades.⁸

LEGISLACIÓN SOBRE SEGURIDAD

Desde 1921 y hasta que se introdujo el gobierno directo desde Londres en 1972, el Gobierno unionista gestionaba la seguridad interna mediante lo que se conocía como Special Powers Act (Decreto de Poderes Especiales). Este decreto le otorgaba el poder de imponer el internamiento y cualquier otra medida que le pareciera adecuada para controlar a supuestos grupos subversivos. Esta competencia se renovó con el Emergency Provisions Act (Decreto de Disposiciones de Emergencia) de 1973 y el Prevention of Terrorism Act (Decreto de Prevención del Terrorismo), aprobado en 1974 por el Gobierno británico como parte de su mando directo sobre el Estado. Este último decreto permite a la policía mantener detenidas a personas sospechosas durante siete días para interrogarlas, y prohibir la entrada a

8. Los juicios basados en *chivatazos* eran juicios en los que grupos de personas eran condenadas a partir de las declaraciones de un confidente, obtenidas bajo promesa de una nueva identidad y un nuevo domicilio. Tanto lealistas como republicanos fueron utilizados como *supergrasses* o *chivatos*.

Gran Bretaña a aquellas personas de quienes se sospeche que apoyan actividades paramilitares. Además, el derecho a un juicio con jurado para los delitos *catalogados* (es decir, delitos relacionados con organizaciones paramilitares) se sustituyó en 1973 por tribunales sin jurado para resolver el problema de la intimidación del jurado por los acusados.

La mayoría de estas medidas han sido sistemáticamente criticadas por muchas organizaciones de derechos humanos, incluyendo el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, y por el principal partido de la oposición en Gran Bretaña, el Partido Laborista. El problema de encontrar un equilibrio entre la necesidad de garantizar protección adecuada ante los efectos de la actividad paramilitar y la necesidad de defender los derechos civiles de los ciudadanos de la región continúa siendo espinoso.

OBJETIVOS PRIORITARIOS

Las fuerzas de seguridad han sufrido considerablemente a manos de los paramilitares, en particular por la estrategia del IRA, para quien esas fuerzas eran objetivos prioritarios. Se calcula que en torno a un tercio —casi mil muertos— de todas las víctimas de la guerra eran miembros de las fuerzas de seguridad. Aproximadamente un tercio de las bajas de las fuerzas de seguridad han sido policías y el resto personal del ejército.

Se calcula que, en el desempeño de su labor, las fuerzas de seguridad son responsables de la muerte de al menos trescientas personas a lo largo del conflicto —alrededor de un 11% de todas las muertes producidas—. La mitad de estas muertes parecen haber sido asesinatos, o han ocurrido en el transcurso de enfrentamientos armados con paramilitares. Casi un tercio se ha producido como resultado de la acción de las fuerzas de seguridad en disturbios callejeros.

LÍMITES A LA LABOR POLICIAL

Irlanda del Norte no es el único lugar donde es patente la dificultad de la acción policial en un conflicto cuyos combatientes utilizan métodos de guerrilla y en algunos casos reciben protección o tienen al menos la conformidad de muchos miembros de sus comunidades (capítulo 7). Hacia finales de los ochenta, el ejército británico reconocía que era incapaz de lograr una victoria militar completa contra los paramilitares en Irlanda del Norte, y que su principal tarea era contener la violencia hasta que se pudiera alcanzar un acuerdo político

entre las comunidades. En la consecución de tal logro a largo plazo, las fuerzas de seguridad se han ido dando cada vez más cuenta de que su propia interacción ocasionalmente hostil con las comunidades (sobre todo con la católica, pero de vez en cuando con la protestante) y ciertas tácticas empleadas pasaban a ser parte de la problemática del propio conflicto, y eran utilizadas por sus enemigos para exacerbalo y prolongarlo.

A principios de los años noventa, ambas secciones de las fuerzas de seguridad empezaron a afrontar mucho más en serio este problema, y, en algunos casos en colaboración con grupos comunitarios de resolución de conflictos, desarrollaron fórmulas más adecuadas para enfrentarse a dichos conflictos.

MEJORANDO LAS RELACIONES

El principal motivo de irritación y resentimiento hacia las fuerzas de seguridad es muchas veces la calidad de los contactos entre esas fuerzas y la ciudadanía, por ejemplo en controles de carretera, patrullas a pie o registros domiciliarios. El número de contactos de este tipo se calculaba en unos 40.000 diarios. Las denuncias más frecuentes se referían a la grosería de las fuerzas de seguridad, la preocupación por su empleo de lenguaje ofensivo y sectario, los muchos registros en plena calle, los prolongados registros de vehículos, los cacheos y registros domiciliarios agresivos y la intromisión en la simbología o emblemas nacionalistas. Hubo denuncias de apaleamientos y encontronazos, especialmente entre jóvenes y fuerzas de seguridad. A veces se produjeron amenazas de muerte, bien contra la persona sometida a registro, bien contra algún familiar, o se amenazaba a los retenidos con pasar información a lealistas —práctica ocasional demostrada—. El hostigamiento y los intentos de chantaje para forzar a personas a facilitar información a las fuerzas de seguridad han sido frecuente motivo de denuncias (CAJ, 1992).

Hay diversas razones por las que se produjeron estas relaciones. No cabe duda de que era un problema de estereotipos y fanatismo, basados en discriminación étnica o de clase. Además, se sumaba la indignación que las fuerzas de seguridad podían sentir tras el asesinato de alguno de sus compañeros. El hecho de que resulte muy difícil lograr pruebas concluyentes para obtener condenas puede significar que las fuerzas de seguridad mantienen contactos muchas veces con personas a las que consideran sospechosas de asesinatos o atentados, pero contra quienes carecen de pruebas suficientes; esto puede hacer muy conflictivas esas interacciones. En ocasiones también se

han producido, por parte de personas sometidas a registro, actos de provocación deliberada para desencadenar un incidente y utilizarlo con fines propagandísticos.

En semejante escenario, atravesado el contexto como estaba por una sucesión de muertes y atentados con bombas de los paramilitares, las propias fuerzas de seguridad, junto al CRC y otras entidades de resolución de conflictos como Mediation Network (Red de Mediación), empezaron a reflexionar sobre posibles intervenciones que garantizaran que la interacción no siguiera siendo un problema que echase más leña al fuego del resentimiento y perjudicara la cooperación con las fuerzas de seguridad.

SELECCIÓN Y FORMACIÓN

Tanto el RUC como el ejército han adoptado medidas para mejorar la calidad de sus reclutas, y ahora existen programas de selección para intentar detectar prejuicios en los aspirantes. Ambas secciones de las fuerzas de seguridad han intensificado su formación poniendo mucho más énfasis en técnicas sociales y trabajo de relaciones. El ejército prepara a quienes van a ir a Irlanda del Norte mediante un régimen intensivo que incluye una aproximación a la historia de la región, trabajo de concienciación cultural, formación audiovisual sobre contacto directo de calidad, y, en algunos casos, charlas con trabajadores sociales de las dos tradiciones sobre formas de mejorar la interacción entre el ejército y la comunidad. Se han introducido normas muy estrictas sobre la calidad que se espera de la acción de los soldados en la calle, y previsto duras medidas disciplinarias si se transgreden esas normas.

En 1993 el RUC, en colaboración con Mediation Network y otras entidades de resolución de conflictos, empezó a diseñar sus propios programas para afrontar el sectarismo en su seno, y para promover y fomentar mayor respeto y comprensión en su plantilla hacia las diferentes tradiciones culturales y políticas de Irlanda del Norte. Esta orientación es ahora parte integral de la formación básica de todos los reclutas que entran en el cuerpo, y también se ha incluido como parte de la formación continuada del personal policial ya establecido.

REVISANDO LAS DENUNCIAS

En 1977, se creó una Junta de Denuncias de la Policía, encargada de revisar cómo se llevaban las quejas contra el cuerpo. Más adelante,

fue reemplazada por una Comisión de Denuncias. Ha tenido cierto éxito en cuanto a que ha conseguido incorporar a representantes nacionalistas a la comisión, y ha desarrollado sus competencias para revisar la forma en que se responde a las denuncias, aunque algunas voces críticas aún consideran que no es suficientemente independiente.

El ejército introdujo un sistema por el cual la placa de identidad de una patrulla militar está inmediatamente disponible en caso de algún incidente negativo que esté causando hostilidad, y el Gobierno también nombró un comisario independiente para controlar la eficacia del procedimiento de denuncias contra el ejército.

Además, ambas secciones de las fuerzas de seguridad han agilizado los métodos para detectar criterios hostiles de interacción que estén brotando en determinada zona o regimiento. Estos métodos permiten intervenir con mayor rapidez para cortar cualquier actuación negativa detectada.

A fin de hacer frente a las quejas sobre hostigamiento policial en centros de detención tras un informe crítico de un juez de un tribunal de la Corona Inglesa en 1979, se instaló un sistema de vigilancia por vídeo para controlar las tomas de declaración. Las denuncias sobre intimidación en esas circunstancias han disminuido considerablemente. Muchos agentes policiales han sido formados en técnicas de mediación y poco van introduciendo técnicas más informales de resolución de litigios en sus interrogatorios. Todo indica que el uso de esas técnicas se ha incrementado y que, en muchos casos, ha aumentado el nivel de satisfacción de quienes plantearon denuncias.

LIMITANDO LA CONNIVENCIA

Diversos estudios (Stevens, 1990) arrojaron datos preocupantes demostrativos de que la connivencia entre agentes de las fuerzas de seguridad y paramilitares lealistas, aunque no generalizada ni respaldada por las estructuras, se había estado dando en ciertos casos. Esta connivencia se atribuía sobre todo a miembros de la UDR, aunque no se descartaban totalmente deslices personales de otros agentes. Fichas y fotomontajes de presuntos republicanos se pasaban a ciertos paramilitares lealistas para *marcar* a presuntos militantes del IRA. Estas prácticas han resultado difíciles de detectar y probar, y también de erradicar. Donde ha sido posible, en los últimos años se ha introducido tecnología punta, lo que hace sumamente difícil el acceso de agentes policiales y soldados en general a los archivos informatizados. La utilización de fotocopiadoras con medidas espe-

ciales de seguridad implica también que la reproducción de información, como fotografías y listados de direcciones, que pudieran ser útiles a los paramilitares es ahora prácticamente imposible. Esas técnicas han restringido considerablemente unas prácticas que, aunque limitadas en su extensión, socavaban seriamente la confianza de la comunidad nacionalista en las fuerzas de seguridad.

EL FIN DE LA UDR

El número de denuncias sobre muertes en circunstancias no esclarecidas y hostigamiento planteadas contra el Regimiento de Defensa del Ulster era significativamente más alto que en otras secciones de las fuerzas de seguridad (Ryder, 1991). Además, la constatada connivencia (Stevens, 1990) entre miembros de la UDR y fuerzas paramilitares lealistas perjudicó seriamente la reputación del cuerpo, y en especial su credibilidad en la comunidad nacionalista. En 1992 se decidió disolver el cuerpo y fusionar a sus miembros con un regimiento irlandés del ejército británico, algunos de cuyos integrantes provienen de la República de Irlanda.⁹ El nuevo regimiento recibió el nombre de Royal Irish Regiment (Real Regimiento Irlandés). Durante el proceso de fusión, el número de miembros del cuerpo a tiempo parcial se redujo considerablemente. Este movimiento ha dado frutos en la disminución del número de quejas contra sus soldados.

PARTICIPACIÓN CATÓLICA

La participación católica en la policía alcanzó el nivel más bajo de la historia en 1994. Se estimaba en aproximadamente el 6%, pese a campañas generalizadas para intentar incrementar el ingreso de aspirantes de esa comunidad. Varios factores contribuyeron a tan baja tasa de participación. El primero es que la población católica en general recela ante los prejuicios que observa en la policía, y la segunda causa (quizás la más probable) es que el IRA podía tender a poner en el punto de mira a policías católicos, tachándolos de traidores a su comunidad. Sin embargo, existe también el factor de que dentro del cuerpo policial en sí los católicos pueden estar culturalmente alienados al verse rodeados de una ética que es sobre todo británica

9. Ha habido una tradición histórica de regimientos irlandeses en el ejército británico, que ofrecen carrera militar a muchos hombres de la República de Irlanda que desean ingresar en el ejército británico antes que en el pequeño ejército irlandés.

y protestante. Para afrontar esto, como parte de su formación en concienciación cultural, el RUC ha empezado recientemente a estudiar medidas que garanticen que su propia organización va siendo culturalmente más neutral en lo posible, para disminuir cualquier sentimiento de alienación por parte de la minoría. A medida que se ponga fin a la violencia, esos esfuerzos por parte del RUC tendrán como probable resultado un incremento del número de católicos que entrarán en la policía en los próximos años. A los seis meses del alto el fuego, fue interesante constatar que el número de solicitudes de católicos para ingresar en la policía se había incrementado a un 23%.

GRUPOS COMUNITARIOS DE ENLACE

La Autoridad Policial para Irlanda del Norte creó comisiones policiales de enlace para intentar asegurar mayor comunicación y cooperación entre las comunidades y la policía. Sin embargo, como el principal partido nacionalista, el SDLP, se negó a participar debido al recelo generalizado entre sus militantes hacia la policía, resultaron ser básicamente protestantes. No obstante, ha habido un incremento del número de grupos de enlace con base social, como el Derry Peace Reconciliation Group (Paz y Reconciliación, de Derry) y Faith and Justice (Fe y Justicia) de Dumcree, con sede en Portadown, que han ido desarrollando un papel fructífero de colaboración con la policía para asegurar unas relaciones más positivas en las áreas en que se mueven.

Estos grupos, que operan sobre bases intercomunitarias, han estado implicando a las comunidades para que expongan sus preocupaciones a la policía, y compartan sus ideas sobre métodos policiales más positivos; ahora van surgiendo otros grupos que también quieren desarrollar canales similares de comunicación y cooperación.

La policía ha conseguido implicar a bastantes concejales del SDLP en temas locales de preocupación común, aunque el partido en su conjunto se sigue negando a participar en los grupos de enlace o en la Autoridad Policial.

Estos acontecimientos parecen apuntar buenas perspectivas para el desarrollo de unas relaciones más aceptables, eficaces y sensibles entre las fuerzas de seguridad y las comunidades, y todo apunta a que, sobre todo si se pone fin a la violencia, se desarrollará bastante ese trabajo de enlace.

Hay ciertos indicios de que el trabajo que se ha acometido con las fuerzas de seguridad para procurar una interacción más positiva con las comunidades, y para asegurar un incremento evidente de la imparcialidad, está cosechando sus frutos. No se han producido muertes

por miembros de las fuerzas de seguridad en los dos años anteriores al alto el fuego de 1994, mientras que en las décadas precedentes se les habían atribuido unas trescientas. Además, el número de denuncias contra el ejército (incluyendo al recién creado RIR) ha disminuido. Las propias fuerzas de seguridad dicen que el trabajo para ir creando una interacción más positiva ha hecho disminuir la hostilidad en muchas áreas y ha incrementado el número de personas dispuestas a alertarles de actividades paramilitares. En el caso de la policía, la mejora de la calidad de su interacción con la comunidad les garantizó una mayor disposición social a cooperar en asuntos policiales ordinarios.

UNA TAREA PROLONGADA

Si continúa disminuyendo la violencia, el ejército (salvo el Real Regimiento Irlandés) irá regresando poco a poco a sus bases en Gran Bretaña. Sin embargo, la cuestión policial seguirá siendo conflictiva, y no se pueden subestimar los problemas de la acción policial en una comunidad dividida en su lealtad hacia la policía.

Desde la proclamación de las dos treguas de 1994, ha aumentado el interés social sobre los temas relacionados con la función policial. Se han realizado decenas de debates, facilitados por la Autoridad Policial y por grupos comunitarios, por toda Irlanda del Norte. Los debates sobre acontecimientos futuros en temas policiales han sido algunos de los más apasionados en el período que ha seguido a las treguas. Sin embargo, la realidad es que todavía existen serias dificultades para lograr una fidelidad positiva de toda la comunidad hacia las fuerzas de seguridad (Hamilton, 1995). Amplios sectores, incluidos la mayoría de los políticos nacionalistas, creen que lograr esa fidelidad sin una solución política pactada puede resultar extremadamente difícil.

Sin embargo, también hay algunos indicios que demuestran que un más cuidadoso manejo de la interacción de seguridad ha hecho descender algo el nivel de resentimiento y hostilidad que la ha caracterizado durante muchos años. El hecho de que muchos de los debates posteriores al alto el fuego sobre asuntos policiales, realizados sobre un trabajo previo de contacto intercomunitario (capítulo 3), se hayan dado sobre bases intercomunitarias es también un factor positivo, y puede ser un buen augurio para lograr finalmente un consenso intercomunitario en materia policial para cualquier acuerdo político futuro.

— VII. *La lucha armada*

LA COSTUMBRE DE LA VIOLENCIA

El recurso a la fuerza ilegal para conseguir influencia política ha sido un factor constante en la política en la isla de Irlanda. Tanto las fuerzas republicanas como las lealistas, a lo largo de la historia de la isla, han recurrido a la violencia como *fuerza de palanca* a favor, o en contra, de una opción política. Pese a su reducido número —se cree que hay, en total, unos 500 paramilitares entre republicanos y lealistas—, son responsables de los más horribles titulares sobre explosiones, muertes a tiros, secuestros, chantaje e intimidación que han caracterizado los últimos veinticinco años del conflicto en Irlanda del Norte. Su resurgir en los años sesenta (véase el capítulo 1) añadió una sangrienta y amarga capa al conflicto, con un saldo de más de 3.400 personas muertas para la fecha del alto el fuego del IRA y el CLMC en 1994.

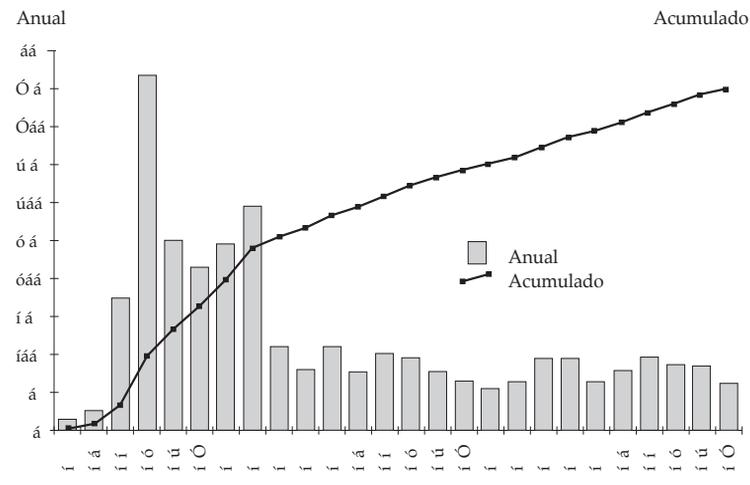
RESPALDO SOCIAL

Aunque unos cientos de paramilitares pueden mantener una guerra con tácticas de guerrilla durante muchos años sin ser derrotados, su supervivencia como grupo de acción dependerá en general de un cierto grado de respaldo social a sus actividades. Cuánto apoyo obtengan dependerá evidentemente de las circunstancias dominantes: hasta qué punto se sienten amenazadas las sociedades y necesitan su protección; el grado de indignación social contra el Gobierno y las fuerzas de seguridad; hasta qué punto *justifican* esas sociedades el tipo de actividades de sus paramilitares —tanto los paramilitares lealistas como los republicanos saben que pueden perder mucho respaldo,

por ejemplo, con homicidios múltiples de civiles—. Sin embargo, la mayoría de los paramilitares saben que bajo la superficie de muchos de los sectores sociales más marginados late un sentimiento de temor por su propia seguridad, y que ese temor engendra respaldo pasivo, si no siempre activo, hacia ellos.

El respaldo más abierto a los paramilitares se manifiesta en las áreas socialmente más marginadas. Sin embargo, probablemente incluso entre muchos sectores de clase media en Irlanda del Norte hay quienes sienten que, de alguna manera, sus opciones constitucionales están siendo defendidas por quienes están involucrados en la violencia, aunque la mayoría negaría cualquier respaldo abierto a tales prácticas. Es difícil obtener datos fiables del apoyo a los paramilitares. Se suele tomar la cifra del 11% del respaldo electoral al Sinn Fein, brazo político del IRA, para calcular el número de personas que apoyan el recurso y mantenimiento de la violencia, pero ese voto también se valora como voto de protesta social y política más que apoyo directo a las campañas del IRA. La mayoría de quienes votan al Sinn Fein están desempleados. El respaldo a la violencia lealista es también mayor en zonas socialmente más marginadas; muchas de esas áreas protestantes comparten con los barrios católicos el recelo ante las autoridades.

Figura 7.1. Número de víctimas anual y acumulado de la violencia



ORÍGENES DE LOS PARAMILITARES

Diversas encuestas han puesto de manifiesto que, en general, los paramilitares de Irlanda del Norte no son muy distintos de otras personas en cuanto a personalidad, extracción familiar y social o inteligencia. La tesis de que son monstruos o matones, que practican la violencia ciega, no se sostiene a la vista de los datos disponibles. Hay estudios que muestran que los presos políticos republicanos suelen tener índices de inteligencia un poco superiores a otras personas de sus barrios que no han practicado la violencia política (Elliott y Lockhart, 1980). Un estudio más reciente, realizado en 1993 (Shara, 1994), analizó la extracción, empleo e historial delictivo de paramilitares republicanos y lealistas. La mayoría de los militantes habían empezado a serlo durante los últimos años de la adolescencia o con veintipocos años. La mayoría eran solteros, y vivían en el domicilio familiar en el momento de la detención —un dato nada sorprendente en la cultura norirlandesa, en la que no es corriente que la gente joven, en particular la de clase obrera, se marche de casa antes de casarse—. La mayoría de los detenidos habían dejado de estudiar a los 16 años sin tener más formación, y ninguno había pasado a niveles superiores de educación. La inmensa mayoría era de clase trabajadora. Alrededor del 36% tenía trabajo en el momento de su arresto, y aproximadamente un 26% tenía historial policial, en general por delitos contra la propiedad privada. Sólo el 6% de las personas condenadas por delitos cometidos por sus presuntas convicciones políticas eran mujeres.

Los estudios demuestran, por tanto, que los implicados en la violencia política son sobre todo hombres jóvenes y de clase obrera, y no son atípicos entre sus iguales. Las condiciones sociales parecen ser, por tanto, un catalizador importante para la violencia.

INTIMIDACIÓN

El recurso de los paramilitares a la intimidación en sus respectivas comunidades para castigar a informadores, para reforzar el apoyo a sus actividades o para ejercer control social, ha sido un fenómeno corriente en las últimas dos décadas (CIRAC, 1993). No es raro en muchas zonas el apoyo tácito, cuando no activo, a parte de esa intimidación. El hecho de *informar* a la policía sobre un vecino, especialmente en relación con delitos políticos, se ve con desprecio en la mayoría de las comunidades, y el castigo por expulsión o muerte es habitual.

También son castigados quienes no cumplen los requerimientos de la causa, como contribuir a la financiación, o poner banderas y emblemas. Así pues, muchas veces la gente teme cuestionar las acciones paramilitares, no vaya a ser que tal cuestionamiento les lleve a verse intimidados. El orden público interno en esas comunidades suele ser mantenido por los paramilitares; por ejemplo, cuando se dan casos de jóvenes que roban objetos del interior de vehículos o los propios vehículos, o se dedican a molestar, los paramilitares suelen intervenir para imponer castigos. Se ha calculado que el 60% de los adolescentes y jóvenes que están a cargo de instituciones públicas han sido llevados allí por sus padres o por trabajadores sociales para protegerlos de los castigos de los paramilitares. Esos castigos pueden ir desde palizas o *knee capping* (dar un tiro en la rodilla), o un disparo en la columna vertebral (conocido como 50/50 porque hay un 50% de posibilidades de que cause parálisis), hasta la expulsión o a la larga la muerte. Hay datos de más de cien incidentes de ese tipo al año. Este castigo interno se circunscribe generalmente a áreas de clase trabajadora, donde el paro y la marginación social son elevados, y en algunas zonas los incidentes provocados por delincuentes de poca monta son considerados por determinadas personas como merecedores de los castigos arbitrarios impuestos por los paramilitares. La aceptación de esa actividad antidelictiva arbitraria es especialmente corriente en comunidades donde la gente no desea que la policía participe en la resolución de problemas sociales o delictivos.

La intimidación es también corriente en comunidades mixtas y cuando se obliga a las personas a abandonar su vivienda porque son de otra comunidad. En algunos casos, como en las zonas fronterizas de Irlanda del Norte, se cree que el IRA ha centrado sus esfuerzos en asesinar a los hijos mayores de protestantes aislados para asegurar que esas tierras pasen a la larga a manos católicas. El IRA niega estas acusaciones, alegando que se mata a esos hombres por sus relaciones con las fuerzas de seguridad. Sean cuales sean los motivos, el resultado ha sido una forma de limpieza étnica, pues muchos protestantes se han trasladado de sus tierras a ciudades cercanas en busca de seguridad.

La intimidación en los centros de trabajo —no necesariamente por los paramilitares— ha sido un factor habitual en la vida de Irlanda del Norte. A veces adopta la forma de sutiles o crueles chistes sectarios, o amenazas de muerte y, en algunos casos, ha acabado en intimidación física y asesinato.

LOS CAMINOS DE LA VIOLENCIA

Durante los veinticinco años del conflicto, los paramilitares de ambos lados han continuado atacando y tomando venganza contra diversos objetivos, con métodos cada vez más complejos. Los primeros años setenta se caracterizaron por grandes explosiones, dirigidas contra instalaciones estatales, como depósitos de agua o generadores eléctricos. También estallaron establecimientos llenos de clientela, y hubo jornadas de explosiones múltiples. Un día de 1972 (conocido como Viernes Sangriento), se produjeron 26 explosiones reivindicadas por el IRA en Belfast, murieron 11 personas y 130 resultaron heridas. En 1972 se alcanzó la tasa de muertes más elevada en Irlanda del Norte —fallecieron un total de 467 personas—, y aunque no se ha vuelto a llegar a esos niveles, la cifra se ha mantenido sistemáticamente alta, justo por debajo de cien muertes al año. Las matanzas masivas incluyen el asesinato de una banda de música católica, otro de trabajadores protestantes en un autobús, la colocación de explosivos para matar a los asistentes a un baile en un hotel, la matanza de personas reunidas para rezar en una ceremonia del Día del Recuerdo en 1987, la de nueve personas en 1993 en una pescadería en el Shankill protestante seguida del ametrallamiento de un pub por lealistas en Greysteele, que dejó siete víctimas mortales; y en el verano de 1994 otro ataque de lealistas contra un pub mató a seis personas que veían en televisión un partido de la Copa Mundial de Fútbol.

Algunos métodos han causado especial repugnancia: la utilización de una *bomba humana* por el IRA, que, amenazando con matar a su esposa e hijos, mandó a un hombre a la muerte obligándole a conducir un camión cargado de explosivos contra un puesto de control del ejército; o el empleo de regalos como armas —cajas de bombones o galletas llenas de explosivos han sido entregadas como obsequios a víctimas potenciales por ambos bandos—. Son numerosos los casos en que la víctima ha sido abatida en presencia de su esposa e hijos.

RECURSOS PARA LOS PARAMILITARES

Para financiar sus campañas y pagar sus armas, los paramilitares necesitan abundante financiación. La Oficina de Irlanda del Norte calcula que los paramilitares tienen unos ingresos anuales de unos 10 millones de libras (2.580 millones de pesetas) (RUC, 1993). Estos fondos se adquieren por diversos medios, que varían según el momen-

to y las circunstancias. Si bien se cree que las cantidades que llegaban al IRA desde Estados Unidos eran considerables en los años setenta y ochenta, parecen estar disminuyendo desde mediados de la segunda década citada. La mayor parte de la financiación tanto de republicanos como de lealistas desde los ochenta procede de fraude a Hacienda, empresas legales, clubes de bebida y máquinas tragaperras, vídeos pirata, contrabando, atracos a bancos y extorsión, en especial a empresarios y constructores bajo la amenaza de acoso o destrucción si no pagan esos dineros de protección. También se sospecha que algunos paramilitares están implicados en tráfico de drogas, aunque parece haber desacuerdo entre los militaristas sobre lo adecuado o no de esta forma de financiación.

Hay indicios de que los paramilitares lealistas han obtenido parte de su armamento por canales sudafricanos (McKittrick, 1989), pero son mínimas las pruebas de otras ayudas externas.

El IRA está excelentemente bien dotado de armas y explosivos, y la entrega de los arsenales se convirtió en un problema de calado tras las treguas. Muchos de sus más mortíferos explosivos han sido artefactos caseros como cócteles molotov y lanzagranadas. Sin embargo, gran parte de su financiación y su armamento parecen haber llegado de fuera. Durante las dos primeras décadas del conflicto, la financiación y el suministro de armas parece que procedían del coronel Gadafi, de Libia. Ahora se cree que buena parte de su munición procede de Europa del Este, y hay claros indicios de que han estado intentando comprar armamento estadounidense, como misiles *stinger* (RISCT, 1991). Son muy eficaces escondiendo el armamento, y se calcula que tienen a buen recaudo recursos suficientes como para mantener su campaña militar durante décadas si así lo decidieran.

CONTENIENDO LA LUCHA ARMADA

Contener y retar a quienes optan por el empleo de la violencia política, especialmente con métodos de tácticas guerrilleras, es una tarea sumamente difícil en cualquier situación. Las tácticas de los paramilitares tienen capacidad de flexibilidad y sorpresa, y la forma anónima en que desarrollan sus campañas puede hacer difícilísima la protección de objetivos sin enormes restricciones a las libertades civiles. La tácita, cuando no activa, aceptación de sus actividades por muchos sectores de algunas comunidades puede también dificultar en gran medida detenciones y condenas. Sin embargo, no han faltado en Irlanda del Norte intentos de hacer frente a estas situaciones, y

hay datos que apuntan a que muchas de las actividades de las comunidades y de las fuerzas de seguridad han conseguido de hecho contener el nivel de violencia.

FUERZA Y PROCESOS LEGALES

La primera opción ante la lucha armada es recurrir a la fuerza para reprimir la fuerza; es decir, la utilización de la policía o el ejército con el fin de capturar (o, en algunos casos conflictivos, matar) a paramilitares, para el trabajo de vigilancia dirigido a evitar atrocidades mediante la incautación de personas o armas y, en el caso de Irlanda del Norte, donde en general prevalece la legislación existente, la utilización de procedimientos legales para contener a quienes eligen la fuerza paramilitar. Aunque todos estos elementos han sido posibles en Irlanda del Norte (capítulo 6), tienen sus limitaciones en términos de eficacia y, en algunos casos, debido a su carácter contraproducente por incrementar la hostilidad de una parte sustancial de la comunidad a la presencia de las fuerzas de seguridad, lo que debilita su cooperación.

Al analizar la situación, puede ser suficiente señalar que una media de 16.000 soldados y un nivel de presencia policial tres veces superior al normal no han conseguido más que limitar la fuerza de los paramilitares, y que hace tiempo que el ejército británico reconoció que nunca les derrotará sólo por la fuerza. Cada vez más el Estado utiliza otros medios para contrarrestar el paramilitarismo.

LIMITANDO FONDOS Y ARMAMENTO

La posibilidad de cortar los suministros de armas y financiación a los paramilitares ha recibido atención creciente en los últimos años, con cierto grado de éxito. Se calcula que la cantidad de dinero proveniente de Noraid, la organización estadounidense pro-IRA, es actualmente una tercera parte de lo que era hace diez años. Han influido varios factores. Uno de ellos fue el establecimiento de grupos alternativos, como el Fondo Internacional y el Fondo de Irlanda, que beben del sentimiento proirlandés existente en Estados Unidos y utilizan su buena voluntad y fondos para apoyar el desarrollo económico y social antes que la actividad paramilitar. El otro factor ha sido la labor de debate político realizada por el SDLP y el Gobierno británico apelando a que quienes se sientan interesados en el progreso de la región le den sólo respaldo constructivo, no violento.

En 1988 se creó una fuerza especial de coordinación contra el fraude, formada por la policía, autoridades de Hacienda, Aduanas e Impuestos Interiores y los servicios de información para combatir el flujo de fondos a los paramilitares derivado de empresas ilegales y extorsión a hombres de negocios. El Gobierno británico adoptó nuevas disposiciones legales para permitir a los tribunales confiscar los bienes de cualquiera que se hubiese beneficiado de actividades terroristas; el Gobierno irlandés también aprobó legislación urgente para confiscar fondos que sospechaba que el IRA había obtenido bajo amenazas de secuestro y muerte.

Existe un número de teléfono confidencial especial para ayudar a empresarios y otras personas que estén siendo amenazadas por los paramilitares para obtener financiación, aunque su éxito está bastante limitado por el hecho de que se opina que la policía no puede, en muchos casos, proporcionar protección suficiente para que las víctimas se sientan seguras si deciden aportar datos. La policía ha tenido bastante éxito, sin embargo, en detectar actividades empresariales ilegales tales como vídeos pirata y actividades de contrabando. También su labor es cada vez más eficaz en la detección de alijos de armas y explosivos tanto de republicanos como de lealistas.

HACIENDO DESCENDER EL PARO

Parece haber una evidente, aunque en absoluto total, correlación entre niveles de desempleo, militancia en los paramilitares y pautas electorales para partidos que aparentemente apoyan la violencia, incluyendo al Sinn Fein. El paro —entre un 18 y un 20% en total, dependiendo del sistema de cálculo utilizado— ha sido siempre más elevado en Irlanda del Norte que en cualquier otra región del Reino Unido. Las áreas que más paramilitares proporcionan (y que habitualmente más sufren del conflicto por las matanzas sectarias) son aquellas con más altos niveles de desempleo —en algunas zonas ese nivel es casi del 60% y los parados son en su mayoría hombres—.

Tras reconocer la relación entre paro y respaldo a la violencia (tardíamente, a decir de algunos), el Gobierno se ha implicado en varias iniciativas destinadas a reducir el desempleo (capítulo 5), como Making Belfast Work, y una serie de paquetes de subvenciones para proyectos empresariales privados. En 1994, el Gobierno, reconociendo la urgente necesidad de afrontar en serio el factor del desempleo en el conflicto, reunió un grupo de expertos para que le aconsejara aunque sólo fuera en determinados aspectos. El Ejecutivo

crea que la disminución del desempleo puede hacer descender considerablemente el nivel de apoyo a los paramilitares.

EQUIDAD Y PARTICIPACIÓN

Otros dos factores han proporcionado respaldo a los paramilitares republicanos. El primero ha sido la existencia de graves desigualdades entre las comunidades desde la fundación del Estado, que han alimentado la indignación y la alienación católicas, y el subsiguiente respaldo al IRA. Las cuestiones de equidad, y las formas de abordarlas, fueron analizadas en el capítulo 5. La eliminación de muchas de esas desigualdades ha hecho desaparecer buena parte de tal indignación. El otro tema importante ha sido la sensación de muchos católicos de que las instituciones del Estado no les pertenecían, con la consiguiente ausencia de sentimiento de responsabilidad. Si esto ha afectado seriamente su actitud hacia las fuerzas de seguridad, también ha socavado su capacidad para apoyar en positivo a sus ayuntamientos, universidades, juntas de sanidad y otras instituciones asociadas con el Estado. Sin embargo, el surgimiento de una clase media católica, con muchos sectores profesionales, y su creciente implicación en cargos de responsabilidad en sus organizaciones, va acrecentando entre los católicos el sentimiento de propiedad de tales organismos, y su repugnancia ante su destrucción por la prolongación de las acciones paramilitares.

Otro aspecto que ha contribuido ha sido la implicación gradual de muchos cargos electos del Sinn Fein en la administración de sus ciudades. Los atentados con explosivos han sido prácticamente inexistentes en Derry durante los años noventa, en comparación con los setenta y ochenta, cuando buena parte de la ciudad fue destruida. Un factor que suele citarse para explicar este hecho es que el Ayuntamiento de Derry está ahora en manos de nacionalistas, muchos de los cuales pertenecen al Sinn Fein. ¡Evidentemente, tener responsabilidades en la gestión y desarrollo de una ciudad no casa muy bien con el apoyo paralelo a su destrucción mediante explosivos!

También se piensa que la creciente confianza del Sinn Fein en la utilización del proceso democrático normal de los ayuntamientos ha incrementado su capacidad de separarse de la necesidad de la utilización de la violencia paramilitar (Bean, 1994).

RETO SOCIAL A LOS PARAMILITARES

Lograr el cuestionamiento social del paramilitarismo no ha sido fácil. En primer lugar, el nivel de respaldo abierto a los objetivos políticos de

los paramilitares es tan amplio como las propias comunidades, tal y como muestran sus pautas electorales (capítulos 1 y 9). El nivel de apoyo —activo o tácito— al recurso a la violencia para lograr esos fines políticos es evidentemente mucho más bajo, pero puede ser difícil de medir, variando como lo hace según la zona y el contexto temporal concreto. Además, el hábito del silencio, muchas veces mantenido por el miedo, hace que el debate abierto sobre el uso de la violencia, y la oposición a la misma, pueda resultar difícil de generar y organizar. Pese a todo, se ha hecho con éxito, como mostrarán muchos ejemplos de la siguiente sección.

Uno de los temas significativos que ha dividido a quienes desean resolver el conflicto, y en particular poner fin a las campañas paramilitares, han sido sus puntos de vista diferentes (o en algunos casos el dilema ético) acerca del recurso a las conversaciones —a nivel social o gubernamental— con quienes están practicando la violencia política. Algunos sectores no quieren conceder legitimidad a tales grupos entablando conversaciones con ellos, y señalan la existencia de un proceso democrático mediante el cual pueden luchar por sus objetivos. Muchos, en particular quienes han sufrido directamente la violencia de los paramilitares, retroceden, comprensiblemente, ante la posibilidad de conversar con quienes han sido responsables de tales daños. Muchos otros apuntan la inutilidad del diálogo para persuadir a los paramilitares de desistir de su actividad, y reclaman medidas de seguridad mucho más duras para destruirlos.

Otros grupos, sin embargo, llegaron al convencimiento de que intentar persuadir a los implicados en la violencia de poner fin a sus actividades militares sería probablemente más eficaz para lograr ese cambio que las meras condenas desde la distancia. La poca documentación que hay sobre paramilitares que deciden dejar la violencia (Fitzduff, 1989) parece indicar que son necesarios el cuestionamiento, de tipo emocional e intelectual, y la persuasión que se produce a nivel personal o en el grupo para obtener ese desistimiento. Esto ocurre porque los paramilitares mismos tienen variables de personalidad que responden a diferentes niveles de presión, y por las variables dentro de las comunidades locales de las que proceden. El CRC ha facilitado medios a grupos que tomaban cualquiera de las dos aproximaciones, ¡y a veces ha actuado de mediador entre quienes están profundamente comprometidos con una u otra!

RETO MORAL E INTELECTUAL

Surge con frecuencia la necesidad de un cuestionamiento emocional y colectivo público a las campañas paramilitares, en especial tras algu-

na atrocidad, aunque sólo sea para dar validez a la indignación moral que muchas personas sienten tras las muertes. Manifestaciones de este tipo, organizadas por los sindicatos y otros, han unido temporalmente sectores de las comunidades contra el uso de la violencia. Sin embargo, muchos años de desafío moral a los paramilitares en Irlanda del Norte desde una perspectiva cristiana u otras han demostrado que tal cuestionamiento surtirá poco efecto si no está ligado de alguna manera al sentido de código ético de los propios paramilitares, y a sus presuntos objetivos.

Algunos grupos paramilitares han erigido su propio código de *honor* sobre cosas tales como objetivos legítimos de acciones mortales, pese al evidente dato de que estas fracciones muestran muchas veces gran temeridad en sus objetivos, con la consecuencia de muertes de civiles. Se ha demostrado (Darby, 1993) que, en su periódico semanal *An Phoblacht*, el IRA se esfuerza por justificar su selección de objetivos, generalmente fuerzas de seguridad, civiles que realizan tareas para éstas, o paramilitares lealistas. Bruce (1992) ha demostrado que también los lealistas sienten que el apoyo que ganan en su entorno social disminuye por la percepción popular de los asesinatos como puramente sectarios, lo que explica por qué a las matanzas siguen alegaciones (muchas veces desmentidas) de que sus víctimas eran miembros del IRA. Ambos bandos han pedido disculpas en ocasiones en que ha habido un *error* evidente, y los muertos han sido vistos como un objetivo *errado*.

El desafío abierto a la premisa de esos grupos de que hay víctimas *legítimas* es un fenómeno creciente en Irlanda del Norte. Cuestionar las contradicciones entre las campañas y sus presuntos objetivos también ha resultado útil. Se ha presionado a los republicanos para hacerles ver que, en términos de lograr una Irlanda unida, su campaña ha sido contraproducente al alienar el consentimiento protestante a tal objetivo. Mientras que antes de la campaña del IRA más del 20% de protestantes estaban dispuestos a estudiar ese marco político, la cifra ha descendido ahora al 2%. Con los lealistas, se subraya la aparente contradicción de su violencia contra la policía, que es la fuerza del Estado, en su objetivo de permanecer como parte del Estado.

Los años noventa han traído un incremento de estos retos morales e intelectuales. La condena de las matanzas por parte de miembros destacados de ambas comunidades, incluyendo sectores sociales católicos tras el asesinato de miembros de las fuerzas de seguridad, y la asistencia intercomunitaria a los funerales de esas víctimas, han aumentado considerablemente. Desde 1993, uno de los principales

periódicos de la región, el *Newsletter*, cuyos lectores son básicamente protestantes, se niega a publicar las acusaciones de los paramilitares de que sus víctimas eran paramilitares del otro lado, y trata todas las muertes de la misma manera, igualmente condenables porque se producen sin juicio ni justicia. El *Irish News*, periódico nacionalista, se niega desde hace algunos años a publicar reivindicaciones de muertes causadas por el IRA. Estos giros hacia condenas basadas en principios más que en lealtades han proporcionado una forma muy positiva de asegurar que los paramilitares alberguen pocas dudas sobre el decreciente respaldo a sus acciones por el conjunto de la sociedad.

ACCIONES DE RESPUESTA DE COMUNIDADES LOCALES

El lugar más eficaz, a la vez que el más complicado, desde donde responder a las acciones de los paramilitares es desde las propias comunidades locales. Es mucho más fácil condenar desde lejos. Dentro de la comunidad uno puede tener que enfrentarse a alguien de quien sospecha que puede realizar actividades mortales, pero que es un vecino; quizás alguien que estuvo en el mismo colegio, cuyos hijos juegan con los suyos, y que va al mismo pub las noches de los sábados. Esta dificultad se suma a la ambigüedad que muchas personas en esas comunidades mantienen sobre los paramilitares, y su posible necesidad de la protección que les aportan.

Las mujeres, y en especial aquellas cuyas propias familias han sufrido por el conflicto, y que se han ganado credibilidad por su compromiso con la comunidad mediante su trabajo social, han sido especialmente eficaces en tales respuestas —bien en público, en radio y televisión, o mediante reuniones comunitarias—. Son eficaces en casos de intimidación que se dan en la propia comunidad. Grupos como Faith and Justice (Fe y Justicia) de Dumcree han realizado sondeos locales para demostrar que hay poco respaldo a los castigos paramilitares contra actividades antisociales mediante el *knee capping*; y han conseguido el cese casi total de esas actividades en su comunidad en Portadown. Pastores y sacerdotes han organizado reuniones comunitarias para responder a acciones paramilitares. Aunque en algunos casos tuvieron que desistir debido a las amenazas paramilitares, a menudo logran por lo menos un cese temporal de esas actividades. También han contribuido acciones como las de Families Against Intimidation and Terror (Familias contra la Intimidación y el Terror, FAIT), que se manifiestan frente a las sedes de los brazos políticos de los grupos republicanos y lealistas, y han

celebrado manifestaciones conjuntas intercomunitarias tras alguna matanza.

Hay pocas dudas de que tales actividades suponen un freno a quienes continuarían reivindicando un mandato popular para sus acciones. El mismo hecho de que personas involucradas en tales campañas hayan sufrido amenazas de los paramilitares es indicativo de que han supuesto un desafío eficaz a la continuidad de tales actividades.

TRABAJO TRAS LA CRISIS

Es difícil sobrevalorar los niveles de indignación y tensión que pueden darse tras una matanza en Irlanda del Norte, en especial después de incidentes que han supuesto la muerte de un grupo de personas. En la confusión y furia subsiguientes, resulta muy fácil que la sombra de la represalia tome cuerpo en la comunidad víctima, y que esa indignación se desborde hacia la violencia comunitaria. Si no se logra controlar esas energías destructivas, la espiral de la violencia puede seguir ascendiendo. La experiencia de los trabajadores de la paz —y en particular el trabajo de muchas de las organizaciones de reconciliación— ha logrado contener esas acciones de represalia. Desde finales de los años ochenta, muchos de esos grupos han asegurado que cada muerte levanta una oleada de condolencia desde las comunidades de todo el espectro. Con cierta frecuencia se han enviado flores a un territorio tenso tras alguna atrocidad. Cartas y tarjetas de pésame también atraviesan las comunidades, y, en el caso de los grupos organizados que se sienten con el suficiente valor, como Women Together (Mujeres Juntas), sus miembros cruzan en persona las fronteras para llevar flores y alimentos para los días en que el cuerpo de la víctima permanece expuesto en su domicilio.¹⁰

Un caso concreto demuestra cómo tales actividades pueden relajar la tensión que sigue a una muerte. En 1992, un joven policía fue asesinado en Armagh, y yo quedé muy impresionada por la forma en que, durante el funeral, su padre suplicó desde las pantallas de televisión que no hubiera represalias por su muerte. Más adelante, le conocí. Me contó la indignación que él y su familia, y su entorno más próximo, habían sentido en los días posteriores a la muerte. Su familia era muy tradicional, y en muy pocas ocasiones

10. Tras una muerte suele celebrarse un duelo. El cuerpo del fallecido queda expuesto en el domicilio familiar durante varios días, dando a los familiares, amigos y vecinos un tiempo para reunirse a llorar la muerte.

había conocido o entrado en contacto con algún católico. Como muchos otros protestantes, asumía que la mayoría de los católicos daban apoyo tácito al IRA. Sin embargo, la avalancha de tarjetas y cartas de condolencia que recibió tras la muerte de su hijo le convenció de que esa acción no se había realizado con el consentimiento de la comunidad católica, y de ahí su ruego de que no hubiera represalias. La suya es sólo una más de muchas historias similares sobre el tipo de trabajo que ha limitado la tensión social en los últimos años del conflicto.

En el desarrollo de ese trabajo, las iglesias han tenido un papel cada vez mayor. En 1993, casi todos los funerales relacionados con muertes del conflicto contaban con presencia del clero intercomunitario; esta presencia contribuye también a mantener la estabilidad de la comunidad en un momento de posibles acciones de represalia.

APOYO A LAS VÍCTIMAS

Ha habido más de 3.400 muertes en Irlanda del Norte y más de 30.000 personas han sufrido heridas graves. Se calcula que cada víctima afecta al menos a treinta personas de su círculo inmediato, así que es probable que más de la mitad del total de una población de un millón y medio de personas se haya visto directamente afectada por la violencia. Los familiares de las víctimas asesinadas, sobre todo, suelen tener gran necesidad de apoyo y consejo. Este apoyo no sólo es necesario para los afectados sino también para la sociedad si se pretende que la indignación ante las acciones de los paramilitares no se convierta en amargura y se canalice hacia deseos de venganza.

El apoyo a los familiares de las víctimas, preferentemente por quienes también han sufrido esas situaciones, ha centrado el trabajo de algunos grupos de reconciliación como Corrymeela, y de grupos específicamente dedicados a ello como Widows and Widowers Against Violence (Viudas y Viudos contra la Violencia, WAVE). Tras una muerte, esos grupos entran en contacto, con mucha delicadeza, con la familia de la persona muerta, para ver si pueden serles de utilidad. Estos grupos no sólo se han proporcionado enorme apoyo individual unos a otros, sino que, como sus miembros saltan por encima de las divisiones comunitarias, e incluyen esposas de agentes de las fuerzas de seguridad asesinados, también han supuesto una estabilizadora red intercomunitaria que reduce el nivel de tensión que puede acumularse con rapidez tras una matanza si no se trabaja de forma preventiva.

TRABAJO CONTRA LA INTIMIDACIÓN

Por su propia naturaleza, el trabajo contra la intimidación es extremadamente difícil, y muchas veces sembrado de peligros para quienes lo acometen. No obstante, es un trabajo que se ha desarrollado con eficacia creciente en los últimos años. En 1992, el CRC reunió a quince entidades implicadas con las víctimas de la intimidación —sobre todo de la intimidación interna en una comunidad— y personas interesadas en hacerle frente. Estos grupos incluían el Ejecutivo de Vivienda y otras organizaciones de vivienda, la Junta de Libertad Condicional, juntas de sanidad y servicios sociales, instituciones asesoras, la policía y diversas organizaciones sociales y de reconciliación que habían plantado cara a las actividades intimidatorias de paramilitares republicanos y lealistas. Algunas de éstas, como Base 2 y el grupo Peace and Reconciliation (Paz y Reconciliación) de Derry, se habían implicado en especial en intentar prevenir acciones intimidatorias contra jóvenes que afrontaban castigos arbitrarios o emigración forzosa a Londres o Dublín. Asistían a estos jóvenes mediante la negociación con los paramilitares para que anulasen sus sentencias. Cuando esto fracasaba, ayudaban con el necesario apoyo para la emigración. Otros grupos, como FAIT, reunieron a muchas familias víctimas de los paramilitares para subrayar su indignación cuando ocurrían atrocidades. Otros, como los organismos de vivienda, intentaban ocuparse de las muchas víctimas, muchas veces de matrimonios mixtos o de áreas mixtas, que se habían visto obligadas a abandonar sus casas. De este grupo salió una red antiintimidación, que se concentra en compartir información sobre las mejores y más eficaces formas tanto de atender a las víctimas como de hacer frente a la práctica. Dado que ese trabajo es difícil y potencialmente peligroso, y requiere tanto conocimientos como valor, se proporciona formación a quienes lo realizan.

Hay asesoramiento para todos los ciudadanos mediante instituciones locales sobre posibles caminos para víctimas en potencia o amenazadas, y se ha creado una unidad especializada en cooperación con una organización llamada Counteract (Contrarrestar), instituida específicamente por los sindicatos en 1990 ante la intimidación en los centros de trabajo. Han proporcionado formación a todos sus delegados (que provienen de ambos sectores de la comunidad) sobre cómo afrontar, y eliminar, la intimidación en sus lugares de trabajo. Su labor —realizada paralelamente a la de la Comisión de Empleo Imparcial (véase el capítulo 5)— ha logrado reducir en muchos casos ese tipo de intimidación, y ha mejorado las posibilidades de centros de trabajo seguros e integrados.

CONVENCRIENDO A LOS PARAMILITARES

Durante los años de violencia ha habido diversos intentos de entablar conversaciones con los paramilitares con el objetivo de convencerles de desistir de la violencia. Estos intentos se han realizado tanto a nivel social y extraoficial, como a nivel gubernamental. Los trabajadores sociales en particular han mantenido y cultivado a menudo ciertas relaciones con los implicados en la violencia, y muchos han utilizado esos contactos para intentar limitar la actividad paramilitar. En años recientes, las negociaciones con los lealistas han sido llevadas a cabo sobre todo por clérigos protestantes, con el objetivo de intentar persuadirles de poner fin a sus campañas de asesinatos. Hay indicios de que estos pastores han contribuido de manera importante a convencer a los lealistas de que detuvieran su campaña tras el alto el fuego del IRA. Y a poner fin a la campaña del IRA: uno de los principales persuasores/negociadores fue un sacerdote católico, que proporcionó un canal entre el Sinn Fein y el Gobierno irlandés en la serie de diálogos que desembocó en el alto el fuego de 1994. También los políticos han sido persuasores de vez en cuando. El más notable de ellos fue John Hume, político del SDLP que se ha estado reuniendo con el Sinn Fein desde 1993 en un esfuerzo por convencer al partido de entrar en el proceso democrático. Y desde 1994, algunos políticos unionistas han empezado a entablar diálogo con paramilitares lealistas para convencerles de poner fin a sus campañas. Todos estos contactos resultaron ser importantes para obtener el alto el fuego de 1994.

GOBIERNOS Y PARAMILITARES

Siempre ha habido durante el conflicto algunos mediadores oficiosos con capacidad de movimientos que han garantizado que funcionarios gubernamentales, ministros y paramilitares hayan podido mantenerse mutuamente informados sobre cualquier posibilidad que surgiera para retirarse del conflicto. En ocasiones estos mediadores han salido de grupos de reconciliación como Peace and Reconciliation de Derry, o de los cuáqueros y otros grupos comprometidos en mantener abierto entre las partes cualquier canal útil de comunicación. Las mediaciones organizadas entre el Gobierno y los paramilitares han sido mucho menos frecuentes. Uno de estos encuentros fue el que se produjo entre el Gobierno británico y el IRA en 1972, cuando un equipo de negociadores del IRA fue conducido a Londres para hablar con el primer ministro. Estas conversaciones no permitieron llegar a

ningún acuerdo. Hubo nuevas conversaciones de paz secretas con el IRA en 1974, esta vez con mediación de pastores protestantes, pero también fracasaron. A finales de 1993, se supo que el Gobierno británico y el IRA habían mantenido contactos en secreto durante un período de casi un año para intentar llegar a un acuerdo sobre el fin de la violencia del IRA y la subsiguiente inclusión de los republicanos en el proceso político. El mediador en este caso fue un militar británico jubilado. Aunque esas conversaciones se rompieron hacia finales de 1993, es indudable que contribuyeron en buena medida a una mucho mejor comprensión por ambas partes sobre lo que era necesario para desarrollar un documento marco que facilitase el fin de la campaña militar del IRA.

Durante 1994, se descubrió que el Gobierno irlandés había tenido sus propios canales de comunicación con algunos paramilitares lealistas, por mediación de un cura presbiteriano y más adelante de un sindicalista protestante de Dublín.

CONVERSACIONES ENTRE PARAMILITARES

Ciertos dirigentes comunitarios han organizado alguna vez encuentros entre paramilitares republicanos y lealistas, pero raramente han obtenido frutos claros en términos de acuerdos. En parte se debe a que los paramilitares republicanos ven al ejército británico como su principal enemigo y a los paramilitares lealistas como un problema secundario. Además, los grupos lealistas han tenido que hacer frente a amenazas de su propio bando cuando este tipo de encuentros ha trascendido a la opinión pública, y esto ha limitado mucho su capacidad de mantenerlos. Entre 1993 y 1994, sin embargo, hubo un aumento del número de encuentros entre activistas de ambos bandos, propiciados sobre todo por trabajadores sociales y mediadores. Las treguas de 1994 permitieron que se dieran más debates de este tipo, tanto a nivel privado como público. En algunas zonas, ex-militantes paramilitares empezaron a cooperar en problemas sociales comunes, a medida que iban siendo conscientes de las malas condiciones sociales que tenían en común. Estos debates han servido para reducir el recelo entre ellos, y les permiten hablar sobre sus respectivas aspiraciones políticas y temores.

EL RECURSO A CONTEXTOS EXTERNOS

El recurso a visitantes y facilitadores de contextos de conflictos externos también ha resultado útil. Una de estas iniciativas incluía

la visita de un grupo de mediadores que habían estado trabajando con ETA, el grupo paramilitar que lucha por la independencia del País Vasco en España. Cuando se realizó la visita, en 1992, estos mediadores estaban intentando, al parecer con algún éxito, canalizar la energía de ETA hacia la política constitucional, y en particular hacia el desarrollo de una alianza pannacionalista no violenta en el País Vasco. Como hay muchos puntos de contacto importantes entre los métodos y aspiraciones de ETA y los del IRA, la visita supuso una buena oportunidad para lealistas y republicanos de reflexionar (por separado) sobre posibles alternativas a la lucha armada. Es interesante destacar que precisamente el desarrollo de una alianza pannacionalista de ese tipo fue el objetivo fundamental del Sinn Fein durante los dos años previos al alto el fuego del IRA, y se piensa que le proporcionó la principal vía de escape para poner fin a una campaña militar que había dejado de tener respaldo sustancial a nivel popular. (Paradójicamente, en 1996, ETA no ha conseguido aún utilizar con éxito esta táctica para poner fin a su propia campaña de violencia).

Personas implicadas en procesos de paz en Sudáfrica también han visitado Irlanda del Norte para reunirse con trabajadores de reconciliación, con algunos políticos y con los más próximos a los activistas paramilitares, permitiendo así reflexionar sobre marcos más amplios para la resolución del conflicto de Irlanda del Norte. Emular la actuación del ANC contribuyó a animar al Sinn Fein a pasar del uso de la violencia militar a la actividad política.

TRABAJO CON LOS PRESOS

Los presos paramilitares en Irlanda del Norte tienen un papel importante en la formulación de la política paramilitar. Muchas veces la cárcel proporciona a muchas personas la primera oportunidad de repasar sus objetivos de forma reflexiva (Fitzduff, 1989). Este proceso se refuerza por la variedad de cursos (incluyendo cursos de la universidad a distancia) que se ofrecen a los presos durante el cumplimiento de sus condenas. Mediante esos cursos, muchos de los internos han entrado en contacto no sólo entre sí, sino con ideas políticas, sociológicas y sociopsicológicas que han supuesto un reto a sus planteamientos simplistas. Desde 1993, organizaciones como Mediation Network trabajan también en las cárceles con presos lealistas y republicanos, abordando el sectarismo, opciones políticas y resolución de conflictos. El razonamiento que impulsa esa labor es que los presos, tanto en prisión como tras cumplir condena, pueden influir, y

de hecho influyen, en la continuidad o no de campañas militares de las diversas fracciones.

CONVERSACIONES ENTRE GOBIERNOS

Si bien muchas personas y grupos contribuyeron al desarrollo de lo que se conoce como «proceso de paz» a finales de 1993 y la mayor parte de 1994, no cabe duda de que el trabajo de irlandeses y británicos (y en especial de sus funcionarios) fue de la máxima importancia en el desarrollo de estrategias para incluir a los paramilitares en el proceso democrático y de propuestas de marcos para el desarrollo político. El Acuerdo anglo-irlandés, firmado en 1985 pese a la abierta oposición de los unionistas, proporcionó toda la maquinaria oficial necesaria con la que poder llegar a posteriores acuerdos. El resultado de la activa cooperación de los dos gobiernos durante la segunda mitad de 1993 fue la Declaración de Downing Street. Este documento detallaba la disposición del Gobierno británico a abandonar Irlanda del Norte cuando la mayoría de la población de la región deseara que se marchara. Y en febrero de 1995, el Documento Marco, desarrollado y acordado por los dos gobiernos (capítulo 8), confirmó tal *neutralidad* del Gobierno británico y apuntó a la necesidad de que los nacionalistas (más que el Gobierno británico) convencieran a los unionistas de las ventajas de una Irlanda unida. Este argumento convertía en inútil la continuidad de una ofensiva militar del IRA dirigida a convencer a los británicos de abandonar Irlanda del Norte.

LAS TREGUAS DEL IRA Y DEL CLMC EN 1994

A finales de 1993, el IRA se enfrentaba a un considerable grado de unidad y cooperación entre el Gobierno irlandés y el británico; a un descenso del respaldo a sus campañas militares en áreas nacionalistas; a una sociedad que se mostraba ahora más equitativa hacia los católicos (contradiendo así las afirmaciones del Sinn Fein de que sólo una Irlanda unida puede garantizar la igualdad); a una interacción con las fuerzas de seguridad que es, en general, cada vez menos problemática; a estructuras que se demuestran capaces de asimilar tanto la cultura nacionalista como la unionista; a una comunidad unionista más decidida que nunca a resistirse a una Irlanda unida, y a una campaña de violencia lealista mejor organizada y más eficaz.

El IRA también afrontaba la posibilidad de que la siguiente ronda de discusiones políticas, basadas en el marco acordado en la

Declaración de Downing Street, tuviera éxito, y dejase a los republicanos completamente marginados si no aceptaban la invitación que se les formulaba de renunciar a la lucha armada y sumarse al proceso democrático.

De ahí que la decisión del IRA de cesar en sus actividades violentas, anunciada el 1 de septiembre de 1994, no fuera totalmente inesperada. Aunque la organización sabe que el conflicto puede mantenerse con nada más que unas docenas de militaristas comprometidos, y sigue teniendo suficiente armamento para muchos años de conflicto, sabe también que tal actividad ya no se percibiría como una campaña por su gente, y se enfrentaba a un futuro como grupo marginado.

Los grupos lealistas afrontaban, por tanto, un dilema. Sus preocupaciones se habían expresado siempre en dos direcciones. Les preocupaba una disminución de la unión con Gran Bretaña, y se veían a sí mismos como los máximos defensores de su gente ante las amenazas del IRA. El primer ministro británico les tranquilizó afirmando que, tal como se señala en la Declaración de Downing Street, la unión se mantendría en tanto lo desease la mayoría de la población de Irlanda del Norte. Con las amenazas del IRA borradas del horizonte, ya no tenían razones para mantener su campaña, y declararon un alto el fuego el 13 de octubre de 1994.

CONCLUSIÓN

La campaña para derrotar el apoyo a la violencia paramilitar como forma de obtener logros políticos ha sido compleja y difícil, y los programas reseñados en este capítulo así lo atestiguan. También dan fe del extraordinario valor de las personas que los han llevado a cabo, muchas de las cuales han arriesgado sus propias vidas por su oposición a tal violencia. Aunque este capítulo puede aportar cierta tranquilidad a quienes trabajan en medio de la violencia de que al menos el alivio de la fractura comunitaria es posible incluso en las peores circunstancias, también debe servir de advertencia sobre la necesidad de realizar trabajo preventivo que evite que surja el azote de la violencia en una situación de conflicto. Como sabemos en Irlanda del Norte, con el terrible coste que ello implica, es una lacra que se sabe cómo empieza pero no cómo puede contenerse o cómo se le puede poner fin.

— VIII. *Iniciativas políticas*

LAS DIFICULTADES DE LA MEDIACIÓN POLÍTICA

La población de Irlanda del Norte es de aproximadamente millón y medio de personas —una quinta parte de la de Londres—. Sin embargo, dada la naturaleza dividida de la sociedad, la mediación entre partes y grupos en conflicto es extremadamente difícil. Incluso allí donde las divisiones estructurales y territoriales no son totales, y el trabajo o en ocasiones el discurso social permiten mezclas (en general más en las zonas urbanas mixtas de clase media o en localidades que se han mantenido compartidas), las comunidades han desarrollado formas muy eficaces de relacionarse unas con otras para garantizar que incluso donde las barreras estructurales son porosas, haya barreras mentales muy eficaces que las sustituyan. Las normas de comportamiento para relaciones mixtas, la *detección* que la gente realiza recíprocamente antes de iniciar cualquier interacción, se suelen aprender ya para la edad de 11 años, cuando los niños empiezan a conocer los signos que les permiten saber con qué *bando* están hablando (Cairns, 1987).

También se han construido muros eficaces que entran en funcionamiento cuando se producen encuentros, y que harán que disminuyan las posibilidades de que se dé cualquier diálogo de cierto nivel. Lo que marcará esas relaciones (cuando se dan a nivel personal) no será de hecho la hostilidad, sino la cortesía. Esto se debe al peculiar sentido esquizofrénico que caracteriza en general las relaciones en Irlanda del Norte (Jackson, 1971; Harris, 1972; Murphy, 1978), que implica que las personas, a nivel individual, raramente mostrarán otra cosa que interés y hospitalidad mutua, mientras que a nivel general y público se permiten expresiones verbales, y de vez en cuando

físicas, de hostilidad. Este nivel de conducta aparentemente esquizoide puede comprenderse mejor si se acepta que el prejuicio y la discriminación entre las dos comunidades no surge de las personas sino de la naturaleza de sus relaciones con otros grupos (Hewstone y Browne, 1986).

En privado, ambas partes harán todos los esfuerzos posibles por evitar referencias, y sobre todo discusiones, sobre cualquier tema en el que puedan tener diferencias religiosas o políticas. Una complicación añadida, que hace más difícil aún dialogar y mediar para conseguir diálogo, es que hablar sin rodeos, incluso dentro de las comunidades, no es la norma habitual de comunicación en Irlanda del Norte; los tradicionales estilos privados de comunicación, especialmente en situaciones de conflicto, tienden a ser sutiles e indirectos.

Todo lo señalado hasta ahora puede ayudar a entender lo difícil que es que las comunidades entablen diálogos sustanciales o en profundidad pese a las pequeñas dimensiones territoriales y de población de la región.

Lo que se deriva de lo dicho es que para quienes están en los extremos políticos más duros, por ejemplo, políticos (o paramilitares), resulta aún más difícil implicarse en un diálogo personal unos con otros dado que están más estrechamente vigilados y, por tanto, son más vulnerables a acusaciones de traición. De hecho, el diálogo político entre políticos de grupos opuestos casi nunca se da a nivel privado, sólo a nivel público, y va dirigido normalmente a dos audiencias, la propia y los contrarios. En primer lugar se dirige al propio electorado, que —según temen muchos políticos— permanece vigilante, observa y escucha, no sea que sus políticos traicionen alguna de las presuntas creencias de la comunidad. A todo ello se añade la dificultad de que en muchos casos serán las circunstancias las que dicten con quién *permite* el electorado que se hable; el paso de las décadas muestra en Irlanda del Norte una pauta constante de esas denegaciones. Los unionistas se han negado a hablar con el Gobierno británico, el SDLP se ha negado a hablar formalmente con otros en la Asamblea (1982-86), y las iglesias, ministros gubernamentales y otros se han negado a hablar con el Sinn Fein. La moda que guía tales permisos cambia en función de atrocidades paramilitares o acontecimientos políticos. Súmese a ello el hecho de que, siendo Irlanda del Norte tan pequeña, está prácticamente garantizado que tales conversaciones no se podrán realizar con cierto grado de intimidad. La propia comunidad temerá e impedirá tal diálogo; la UDA ha recibido en varias ocasiones amenazas de miembros de su propia comunidad tras acceder a iniciar algunos contactos con el IRA.

Es fácil comprender, por tanto, por qué la mediación, oficial o extraoficial, es tan difícil. Sin embargo, se han dado una serie de iniciativas públicas y privadas desde que se constituyó el Estado, algunas de las cuales han logrado, durante algún tiempo, un mínimo de acuerdo.

CONVERSACIONES PÚBLICAS

Cooperación política, 1974

En 1972, el Gobierno británico cesó al Gobierno de Stormont por su evidente incapacidad de responder a las consecuencias del movimiento de derechos civiles. Desde entonces, pese a varios intentos, el Gobierno de Londres no ha conseguido devolver ese autogobierno a la región.

En 1974, el Gobierno británico negoció con los principales partidos constitucionales un acuerdo sobre formas de reparto del poder en el Ejecutivo. Se contemplaba la devolución de una institución parlamentaria para administrar Irlanda del Norte, y se acordaba que habría un Consejo de Irlanda que sería una institución transfronteriza constituida entre la República de Irlanda e Irlanda del Norte. Los unionistas comprometidos con el acuerdo esperaban convencer a sus votantes de las ventajas de las nuevas disposiciones, pero los viejos recelos salieron a la superficie y algunos unionistas empezaron a cuestionarse el Consejo. A la larga, tras cinco meses de vida del Ejecutivo (que logró un sorprendente grado de cooperación entre los partidos implicados), la tensión entre los unionistas se elevó a tal nivel que convocaron una huelga general contra los acuerdos. Esta huelga, organizada por trabajadores unionistas y en la cual los paramilitares lealistas tuvieron un destacado papel, llevó finalmente al derrocamiento del Ejecutivo y al regreso al gobierno directo desde Londres.

Una Asamblea, 1982

En 1982, el Gobierno británico anunció una nueva iniciativa política. Se iba a instituir una nueva Asamblea, siempre que recibiera amplio respaldo intercomunitario. El poder sería devuelto gradualmente, y cuando los partidos se pusieran de acuerdo sobre ello. Sin embargo, esta oferta de una Asamblea fue rechazada por el SDLP porque el reparto del poder no era obligatorio, y excluía la dimensión irlandesa de la solución. Durante algún tiempo la Asamblea existió como lugar de reunión de unionistas, y se cerró en 1986 principalmente porque los unionistas empezaron a utilizarla como plataforma desde la cual condenar el Acuerdo anglo-irlandés.

Acuerdo anglo-irlandés, 1985

En 1983, el Gobierno de la República de Irlanda organizó un foro —el Foro Nueva Irlanda— que debatió sobre posibles vías de salida para Irlanda del Norte. Se sugirieron cuatro: un estado unitario irlandés, una Irlanda federal, la autoridad conjunta de británicos e irlandeses sobre Irlanda del Norte y, finalmente, si todo lo demás fracasaba, el debate directo con los británicos para encontrar puntos de acuerdo acerca de ideas para avanzar. La primera ministra británica, Margaret Thatcher, rechazó las tres primeras opciones, pero aceptó la cuarta, y en 1985 los dos gobiernos firmaron el Tratado Anglo-irlandés. El acuerdo reconocía que cualquier cambio en el estatus de Irlanda del Norte sólo podía darse con el consentimiento de la mayoría de su población, y establecía una conferencia intergubernamental donde ambos gobiernos pudieran hablar sobre políticas que afectasen a Irlanda del Norte; los dos ejecutivos se comprometían a resolver cualquier diferencia entre ambos mediante esa conferencia. El acuerdo tuvo amplio respaldo en Gran Bretaña y la República de Irlanda, pero fue rechazado por los unionistas, que entendían que diluía la unión con Gran Bretaña. Aunque fue bien recibido por el SDLP, fue rechazado por el Sinn Fein, que valoró que confirmaba la partición.

Pese a la extendida oposición unionista, el Acuerdo ha funcionado de hecho como un vehículo útil mediante el cual ambos gobiernos han tratado esfuerzos conjuntos y diversos desacuerdos. Fue la primera vez desde la creación de Irlanda del Norte en que se formalizó la cooperación interestatal, y como tal supuso un cambio considerable por parte de los británicos, que hasta entonces insistían en tratar Irlanda del Norte como un problema totalmente interno. Por primera vez, se dio voz al Gobierno irlandés en los asuntos de Irlanda del Norte.

El acuerdo sigue suscitando la vehemente oposición de los unionistas hasta hoy. Para ambos gobiernos, sin embargo, ha supuesto un cambio significativo y ha armonizado su visión sobre el problema de Irlanda del Norte, incrementando sus posibilidades de afrontar el conflicto como un problema conjunto.

Conversaciones entre partidos, 1990-92

En 1989 el secretario de Estado para Irlanda del Norte inició una serie de reuniones con todos los partidos políticos (excepto con el Sinn Fein, que fue excluido por su negativa a condenar el uso de la violencia con fines políticos), para ver si se podía llegar a algún acuerdo entre ellos sobre posibles vías políticas de avance.

Todos los partidos coincidieron en que las conversaciones tenían que tener tres cabos. El primero era un debate sobre posibles estructuras internas para Irlanda del Norte, el segundo se centraba en las posibilidades del contexto para toda Irlanda y el tercero abordaba la relación británico-irlandesa.

Como parte del proceso, todos los partidos presentaron documentos en los que explicaban su forma de percibir diversos aspectos del problema. Aunque estos documentos eran, y aún son, en teoría, confidenciales, la mayor parte de su contenido se filtró a la prensa. El Ulster Unionist Party (UUP) buscaba fundamentalmente la devolución del poder político a Irlanda del Norte mediante la creación de una asamblea, cuyos comités y presidencias partidistas reflejasen la fuerza de los partidos. Estaba dispuesto a respaldar una institución transfronteriza en la cual hubiera escaños para representantes de la República de Irlanda, y que estudiase materias de interés mutuo en la isla. También deseaban ver la supresión de los artículos 2 y 3 de la Constitución de la República,¹¹ y el fin de la injerencia de la República en los asuntos de Irlanda del Norte que consagraba el Acuerdo anglo-irlandés de 1985. El Democratic Unionist Party (DUP) también apostaba por una asamblea local y un sistema de comités basado en el principio de proporcionalidad; asimismo, consideraban vital la derogación de los artículos 2 y 3 de la Constitución irlandesa y del conjunto del Acuerdo anglo-irlandés. El Alliance Party deseaba también que el poder político fuera restituido a Irlanda del Norte, por medio de una asamblea que sería dirigida por un «Ejecutivo compartido», que tendría que obtener el respaldo del 80% de los miembros de la cámara.

El Social Democratic Labour Party (SDLP), por su parte, aunque sus representantes estaban dispuestos a tomar en consideración una asamblea para Irlanda del Norte, planteaba que tal cámara debía ser encabezada por una comisión ejecutiva que funcionase como el equivalente a un organismo ministerial respecto a la asamblea. La comisión estaría compuesta por tres cargos electos de Irlanda del Norte, junto a otros tres que serían nombrados por el Gobierno británico, el Gobierno irlandés y la Comisión Europea. Esta última propuesta no fue bien acogida en los partidos unionistas, como tampoco el plantea-

11. En un pleito planteado por los unionistas en 1992, el Tribunal Supremo Irlandés sentenció que los artículos 2 y 3 de la Constitución irlandesa convertían la búsqueda de la unificación de Irlanda en un «imperativo constitucional». El Gobierno irlandés ha reiterado que podría plantear un cambio en esos artículos en caso de una solución política acordada.

miento del SDLP de recurrir a instituciones Norte-Sur ejecutivas (frente a consultivas) para abordar asuntos de interés mutuo en la isla.

La mayoría de los partidos coincidió en su valoración de que aquellas conversaciones fueron un ejercicio útil, en el sentido de que proporcionaron una buena oportunidad para el diálogo. Sin embargo, al final, las diferencias entre los partidos, especialmente sobre los artículos 2 y 3 de la Constitución irlandesa, la sugerencia del SDLP de un organismo-gabinete que incluyera a Dublín y Bruselas, y los desacuerdos sobre el carácter ejecutivo o consultivo de las entidades Norte-Sur, resultaron demasiado difíciles de remontar. Las conversaciones finalizaron en verano de 1992.

DECLARACIÓN DE DOWNING STREET, 1993

Entre marzo y septiembre de 1988, el SDLP y el Sinn Fein mantuvieron una serie de encuentros para ver si podían resolver sus diferencias, en particular las existentes con relación al apoyo del Sinn Fein a la utilización de la violencia. Tras la quiebra de las conversaciones interpartidistas de 1992, en marzo de 1993 John Hume, líder del SDLP, y Gerry Adams, líder del Sinn Fein, reiniciaron sus contactos para intentar romper una situación de estancamiento en la que continuaba la violencia y no había solución política a la vista.

Desde cierto tiempo atrás, era evidente que muchos sectores del Sinn Fein no creían ya que una ofensiva militar por su parte tuviera como resultado ineludible la retirada de los británicos. Con esa perspectiva, habían comenzado a explorar la posibilidad de crear un frente nacionalista con una base mucho más amplia, para avanzar hacia la meta de la retirada. Gradualmente, además, el Sinn Fein empezó a modificar la naturaleza de sus exigencias, suavizando sus declaraciones sobre la necesidad de un marco temporal prefijado para la retirada británica, reconociendo la necesidad de que los unionistas dieran su consentimiento a una Irlanda unida, y pidiendo al Gobierno británico que actuara de *persuasor* para obtener ese consentimiento. El Sinn Fein parecía reconocer también que Gran Bretaña no permanecía en el territorio porque tal fuera su interés, sino por un sentimiento del deber hacia la mayoría de Irlanda del Norte, que se sentía amenazada por una posible traición, y también por un legítimo temor a que una declaración de intenciones sobre la retirada pudiera provocar una guerra civil.

Los debates entre John Hume y Gerry Adams se prolongaron durante la mayor parte del año 1993, y finalmente llegaron a acuerdos sobre una serie de principios con la esperanza de que hicieran

posible que el Sinn Fein/IRA pusiera fin a la violencia con cierto sentimiento de éxito.¹²

Hacia finales de 1993, se desveló que el Gobierno británico, mediante ciertos intermediarios, había estado manteniendo conversaciones con el Sinn Fein en secreto, dirigidas a poner fin a la violencia. Estos contactos se habían centrado en cómo podía fomentarse tal decisión, y cómo podía ser incluido el Sinn Fein en debates políticos directos con los demás partidos políticos sobre el futuro de Irlanda del Norte una vez que hubiera renunciado a la violencia.

Finalmente, la mayoría de los principios acordados entre Hume y Adams parecen haber sido incorporados a una Declaración difundida por ambos gobiernos en diciembre de 1993, con la esperanza de que tal documento marco proporcionara excusa suficiente al IRA para poner fin a su campaña. La Declaración de Downing Street reiteraba una vez más el compromiso del Gobierno británico de mantener la unión hasta que la mayoría de la población de Irlanda del Norte decidiera otra cosa. Esta decisión podía ser ratificada por referendos tanto al norte como al sur de la frontera, dando juego así a la «autodeterminación del pueblo de la isla de Irlanda» que el Sinn Fein afirmaba que era necesaria para el cese de la violencia del IRA. La Declaración también anunciaba la creación por parte del Gobierno irlandés de un Foro para la Reconciliación, que proporcionaría un canal de diálogo entre todos los partidos políticos de la isla, incluyendo al Sinn Fein cuando renunciase a la violencia. También preveía cooperación norte-sur en diversos asuntos y, una vez más, contemplaba la devolución del gobierno a Irlanda del Norte.

DOCUMENTO MARCO, 1995

En febrero de 1995, el Gobierno británico y el irlandés dieron a luz un documento que marcaba las líneas maestras de las perspectivas del Gobierno de Londres sobre un posible marco para el gobierno interno de Irlanda del Norte, y la línea de pensamiento conjunto de los dos Ejecutivos sobre el posible marco para un acuerdo político entre ambos y la cooperación abarcando la totalidad de la isla.

La parte del Acuerdo Marco relacionada con el gobierno interno planteaba la formación de una asamblea en Irlanda del Norte

12. No se conocen aún públicamente detalles del acuerdo entre John Hume y Gerry Adams.

elegida por representación proporcional; un sistema de comités de la asamblea, constituidos en líneas generales de forma proporcional a la fuerza de los partidos; un panel de tres personas elegidas para complementar el trabajo de la asamblea, y un sistema de detalladas formas de control entre los poderes del Estado para prevenir abusos y garantizar la participación en el poder a todos los partidos.

La parte del documento dedicada a las relaciones entre la República de Irlanda e Irlanda del Norte reiteraba el compromiso de ambos gobiernos de mantener la región en el Reino Unido mientras la mayoría votase por la permanencia del vínculo. Además, proponía la formación de una institución norte-sur compuesta por representantes elegidos de la Asamblea del Norte y del Parlamento irlandés, cámaras ante las que la nueva institución rendiría cuentas. Esa entidad abordaría materias que le serían asignadas por los dos gobiernos con el visto bueno de los partidos. Se planteaba la formación de un foro parlamentario para representantes del Norte y del Sur, y una conferencia intergubernamental que analizaría temas de interés mutuo, pero no así los transferidos a cualquier nueva institución política del Norte.

El documento también comprometía a los dos gobiernos a la protección de derechos civiles, políticos y culturales concretos. Las propuestas, y en especial las relativas a la cooperación norte-sur, fueron recibidas con indignación y actitudes de resistencia por muchos unionistas, que interpretaron que suponían tan sólo un paso más en lo que muchos sectores unionistas veían como el camino inevitable a una Irlanda unida. Los paramilitares de ambos lados, sin embargo, reiteraron su compromiso de mantener el alto el fuego, y se comprometieron a buscar el avance político por medios democráticos. A principios de 1995, comenzaron los contactos entre funcionarios del Gobierno británico y el Sinn Fein, y con los partidos que representan a los paramilitares lealistas, explorando las posibilidades de involucrarlos en un diálogo político con otros partidos. En marzo de 1995, el Gobierno inició conversaciones ministeriales con los paramilitares lealistas tras haber recibido algunas garantías de éstos sobre su compromiso a entregar las armas; en mayo de 1995, el Gobierno inició ese diálogo a nivel ministerial con el Sinn Fein, que también se comprometió a debatir la entrega de armas junto a otros temas de interés político. Entretanto, el Gobierno invitó a todos los demás partidos a reiniciar el diálogo político con los Ejecutivos sobre posibles vías de avance para el futuro político de Irlanda del Norte.

CONVERSACIONES PRIVADAS

Además de los procesos arriba descritos, la mayoría de los cuales se sustanciaron por el empeño de gobiernos, políticos y funcionarios, se han dado a lo largo de los veinticinco años de conflicto diversidad de iniciativas privadas de mediación. Muchas de éstas se centraron en intentar desarrollar contactos fructíferos entre políticos, a la vista de las dificultades que tales contactos planteaban.

En primer lugar, estos esfuerzos se han centrado en proporcionar oportunidades a los políticos para analizar temas de preocupación mutua, como la economía, o conflictos en otros lugares, de forma que se fortaleciese la confianza que pudiera darse entre ellos, sin presionarles con la inminencia de una mediación directa. Grupos como los cuáqueros, así como organizaciones de reconciliación, han sido activos en estas iniciativas, logrando algunos de los pocos encuentros entre políticos que han sido posibles durante las épocas más duras de estancamiento en el conflicto.

Otras iniciativas que han utilizado ese enfoque también parecen haber obtenido un grado satisfactorio de éxito, según informes tanto de participantes como de facilitadores. Una fue la adoptada por el Centro de Estudios de Conflictos, con sede en la Universidad del Ulster, que facilitó una mirada colectiva de los partidos a la puesta en marcha de un centro de Irlanda del Norte en Bruselas. Como pudieron fijarse en temas de interés común, y no se les forzó a abordar directamente asuntos de negociación constitucional, el centro quedó establecido con éxito bajo los auspicios de los partidos y el empresario, y se consiguió alcanzar ciertos niveles de conocimiento y confianza mutua.

Otra iniciativa que tuvo cierto grado de éxito fue la surgida a finales de 1985, tras la firma del Acuerdo anglo-irlandés, cuando la tensión era muy alta y diariamente se producían enfrentamientos en las calles, sobre todo (de forma insólita) entre unionistas y la policía.

Un nuevo grupo denominado New Ireland Group fue utilizado por un pacifista innovador para organizar tres talleres políticos que se realizaron hacia finales de 1985 y principios de 1986. En 1991 se organizó otro taller similar, y uno a menor escala en el norte de Belfast (una zona de dura tensión sectaria y de muertes), antes de las elecciones generales de 1992. El tema principal de estos talleres variaba según el contexto, y abarcaba el Acuerdo anglo-irlandés, el futuro de Irlanda del Norte y las conversaciones preelectorales.

Todos tuvieron un éxito notable en tanto que incorporaron, en diverso grado, a todos los partidos políticos, incluido el Sinn Fein. Se

dio un alto nivel de asistencia, y fueron valorados positivamente por partidos y participantes. Los participantes escucharon con verdadero interés, las intervenciones estuvieron bien repartidas entre los diferentes intereses, y se utilizó un lenguaje respetuoso. Muchos partidos y participantes solicitaron que se proporcionaran nuevas oportunidades similares.

El éxito de estos talleres parece haberse dado porque el organizador era alguien al margen de los intereses políticos existentes, porque se diseñó una estructura innovadora para sentar físicamente a los ponentes teniendo en cuenta los problemas de los partidos para compartir un panel con el Sinn Fein, y porque se impusieron normas estrictas relativas a la utilización de un lenguaje respetuoso, la exposición sólo de verdades *comprobables* y los límites de tiempo de intervención.

Más recientemente, se ha convertido en costumbre bastante extendida invitar a políticos, especialmente a los más jóvenes, a asistir a conferencias que abordan el tema de los conflictos, tanto en casa como en el extranjero, con la esperanza de que su presencia inspire un mayor grado de comprensión y capacitación en su aproximación al conflicto.

CONVERSACIONES ENTRE COMUNIDADES

Junto a todo lo hasta ahora mencionado, y conscientes de que los políticos alegan que temen moverse hacia un compromiso político porque sus electorados estarían en contra, grupos como el CRC, organizaciones como la Workers Educational Association (Asociación Educativa de Trabajadores), y los funcionarios de relaciones comunitarias de los ayuntamientos, empezaron en años recientes a estimular el debate político por toda la comunidad; la formación para estas tareas de facilitación ha sido uno de los puntos fuertes de sus programas (capítulos 3 y 9). Desde 1992, se han realizado cientos de talleres locales, que han reunido a gente de todos los sectores de la comunidad y de todas las profesiones, para repasar las opciones políticas para su futuro conjunto. Otros métodos, incluyendo series de seminarios participativos y sesiones de preguntas políticas, han proliferado por toda la región.

En 1992 se puso en marcha un ambicioso programa, denominado Iniciativa 92, y financiado fundamentalmente por los cuáqueros y fundaciones independientes. Aspiraba a abordar específicamente la necesidad de que las comunidades locales y otros organismos y personas individuales interesadas expresasen sus puntos de vista con

respecto a las formas de avanzar en Irlanda del Norte. Pidió y recibió ideas de todo el territorio, y de otras zonas, sobre el futuro de la región a nivel político, económico y social.

Aunque la mayoría de los políticos la condenaron (porque la consideraron irrelevante o amenazadora), la iniciativa tuvo bastante éxito en su objetivo de estimular el debate. Recibió más de 500 escritos, muchos de los cuales los elaboraron, a veces con grandes dificultades, grupos que intentaban dar con alguna forma de futuro cooperativo. La iniciativa realizó también talleres públicos en los cuales quienes habían hecho propuestas se sometían a preguntas sobre ellas, y se les daba la oportunidad de detallar sus ideas. Las propuestas se reunieron más adelante en un enorme libro de ideas, conocido como el Informe Opsahl (Pollak, 1993). Se piensa que el trabajo de esa iniciativa, junto con el realizado para facilitar el debate político por muchas otras organizaciones sociales y de reconciliación, contribuyó en buena medida a crear un clima en el que las opciones políticas más complejas, más que los escenarios previos de victoria/derrota, serán mejor acogidas por la población, si se llega a crear una solución política.

¿UN PROCESO POLÍTICO DE CALIDAD?

En situaciones de conflicto, sean éstas de naturaleza constitucional, territorial, cultural o política, la calidad del liderazgo a disposición de las partes enfrentadas es probablemente el factor fundamental para posibilitar un desenlace positivo del conflicto. En situaciones de conflicto es especialmente importante que quienes se han comprometido con el proceso político (y al hacerlo han rechazado cualquier dependencia de violencia explícita o implícita para el logro de sus objetivos) puedan demostrar la suficiencia del proceso democrático para resolver incluso la más difícil de las situaciones, como la que afrontamos en Irlanda del Norte.

Desgraciadamente, es tal el grado de descrédito en que ha caído la política en Irlanda del Norte, a causa del aparente sectarismo de algunos portavoces políticos, que quienes están involucrados en política de cualquier forma pública se ven penalizados por su compromiso. Su participación en instituciones públicas, comunitarias y de voluntariado, y el ser contratados por tales instituciones, es muchas veces problemática. Inevitablemente, esto ha hecho disminuir el número y calidad de quienes están dispuestos a entrar en la vida pública a nivel político.

Una de las tareas principales que debe abordar Irlanda del Norte a medida que avanza hacia la política postviolencia es la de

asegurar un desarrollo político cualitativo tanto a nivel regional como suprarregional. Hay ya algunos países, incluyendo Estados Unidos, Alemania y Suecia, donde se reconoce públicamente que el liderazgo político (como cualquier otro) puede fortalecerse con formación y educación. En otoño de 1994 se puso en marcha un programa de formación política para todas las partes comprometidas con el proceso democrático bajo los auspicios del Instituto Democrático Nacional (EE.UU.) y el Instituto Frei (Holanda). Se espera que ese tipo de ofertas ayude a equipar mejor a los políticos para la difícil tarea que aún les queda: la de lograr una solución política acordada y sostenible.

CONCLUSIÓN

Se ha argumentado que los últimos veinticinco años de violencia en Irlanda del Norte podían haberse evitado si, desde los orígenes del Estado, Irlanda del Norte hubiera tenido un proceso político inclusivo, en vez de desequilibrado, o basado en asuntos sociales más que en consideraciones sectarias. Uno de los signos más esperanzadores ha sido la insinuación del UUP de que les gustaría animar a más unionistas católicos a entrar en el partido —un cambio importante en una fuerza que huyó de tal participación en los años sesenta—. Y desde hace algún tiempo el SDLP viene insinuando que le gustaría convertirse en un auténtico partido laborista, y no seguir siendo visto como un partido nacionalista católico.

Otra señal esperanzadora es el creciente interés de las mujeres por entrar en el proceso político. Por el momento, no hay ninguna mujer entre los 17 representantes norirlandeses en Westminster, y su participación a nivel municipal es también mínima.

Los próximos años dirán si éstos, y los muchos otros hechos positivos que se han venido dando a nivel comunitario estimulando el debate sobre posibilidades futuras de coexistencia, serán suficientes para contribuir a la evolución de un desarrollo político positivo y cooperativo. Si el proceso democrático vuelve a demostrarse deficiente, el mantenimiento y desarrollo del proceso de paz estará en peligro en detrimento de todos nosotros, y la violencia puede volver a nuestras calles.

— IX. *Agentes de cambio*

¿CAPACIDAD DE CAMBIO?

Un principio clave del Consejo de Relaciones Comunitarias ha sido que toda persona, institución o comunidad tiene una capacidad positiva, y una negativa, para contribuir a la construcción de la paz. Este principio fue públicamente cuestionado cuando el informe del primer año del CRC reveló que el Consejo había financiado un vídeo realizado por la Orden de Orange sobre su militancia y su historia. La Orden de Orange es una organización exclusivamente protestante, a la cual los políticos unionistas y el clero protestante estaban prácticamente obligados a pertenecer. Funciona por medio de cientos de logias orangistas locales por toda Irlanda del Norte, y tradicionalmente los católicos la ven como anticatólica y fuente de gran parte de la discriminación histórica contra ellos. Cada año se han producido muchos incidentes de tensión cuando la Orden de Orange desfila por áreas católicas en lo que se sufre como despliegues de triunfalismo; las bandas que participan en esos desfiles muestran generalmente abierto fanatismo y odio contra los católicos, y son conocidas popularmente como *bandas jode-Papa*.

La noticia de que la Orden de Orange había percibido esos fondos fue recibida con indignación en muchos sectores nacionalistas. La explicación de que tras la Orden había una historia y unas razones que debían ser conocidas por los católicos mediante un vídeo como el citado fue recibida con escepticismo. Los periódicos nacionalistas y los tertulianos radiofónicos descargaron su desprecio sobre la sola idea de que la Orden de Orange, ese bastión de poder y fanatismo unionista, según ellos lo veían, pudiera cambiar.

Y sin embargo, tres años después, era obvio que en la Orden habían cambiado muchas cosas. Sobre todo en zonas rurales, algunas sedes sociales de logias orangistas se habían abierto como guarderías mixtas protestantes y católicas. En algunos casos, los itinerarios de las marchas fueron discretamente modificados para evitar pasar por zonas católicas. Algunas logias incluso empezaron a llamar a las parroquias católicas (su enemigo tradicional) para comprobar que sus celebraciones no interfirieran con los desplazamientos de católicos a las iglesias. En 1993, por primera vez, una logia orangista local desfiló con una banda de la Ancient Order of Hibernia (su equivalente católico, aunque menos numeroso y menos poderoso) en un festival local. En 1994, se realizaron tres marchas compartidas en otras tantas localidades rurales, y ese mismo año el cuartel general de la Orden de Orange izó por primera vez la bandera de San Patricio en el Día de San Patricio (17 de marzo), tradicional festividad católica.

¿NEUTRAL O PARCIAL?

Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que la Orden de Orange sea percibida por todos los católicos como una fuerza de cambio positiva en Irlanda del Norte, pero, como muestra el ejemplo citado, no es para nada un planteamiento tan descabellado. La confianza en las posibilidades de todos los grupos, incluso los más atrincherados y más despreciados por sus enemigos, de cambiar e involucrarse en trabajo hacia su enemigo tradicional ha animado buena parte de la tarea del CRC y de sus organizaciones próximas.

Ha sido una confianza, una creencia, necesaria. Uno de los temas más importantes para los estrategias de conflictos es cómo asegurar o desarrollar agentes de cambio, sean éstos personas individuales u organizaciones, capaces de impulsar positivamente el trabajo de resolución de conflictos. No es una tarea fácil en situaciones como la de Irlanda del Norte, donde casi toda la ciudadanía, y la mayoría de las organizaciones, o bien son parciales o son vistas como parciales en el conflicto.

Quienes nos hallamos profundamente inmersos en una situación de conflicto estamos familiarizados con la búsqueda de agentes de cambio supuestamente *neutrales*. No ha sido totalmente imposible hallar a estos *neutrales* en Irlanda del Norte, y ya se han comentado en el capítulo 8 los servicios prestados por facilitadores tales como los cuáqueros en sus diversas formas, y los intelectuales que han acometido alguna interesante tarea en la mediación. Nuestra experiencia muestra, sin embargo, que depender principalmente de personas y

organismos que se suponen neutrales por su no implicación en el conflicto supondría una limitación casi insuperable en Irlanda del Norte. Hay muy pocos a quienes se les pueda otorgar el estatus de *neutral* por todas las partes, y la tarea que hay que afrontar es demasiado extensa como para permitirse tales lastres.

La carencia de esos *neutrales*, vista inicialmente como un problema, se ha convertido de hecho en un beneficio, y ha generado una forma completamente diferente de trabajar en la situación. En su labor, el CRC suele partir de la premisa de que nadie es neutral y de que cada uno de nosotros, y cada una de nuestras organizaciones y comunidades, será (aunque muchas veces sin malicia) casi inevitablemente parcial desde nuestra óptica y excluyente respecto al otro lado.

UN COMPROMISO CON EL PROCESO

El problema de la neutralidad es especialmente pertinente cuando se trata de la preparación de personas concretas como preparadores, facilitadores y dinamizadores para afrontar las muchas necesidades de resolución de conflictos que van surgiendo a nivel local y regional. Esto es debido a la estrecha observación a que son sometidas estas personas, muchas veces en un contexto que puede serles hostil por la identidad que se les atribuye.

En los primeros años del conflicto, la tentación inicial de muchos grupos que buscaban personas implicadas en resolución de conflictos era indagar fuera de Irlanda del Norte, basándose en que sólo quienes fueran externos al conflicto podían ser verdaderamente neutrales. Durante las décadas de los setenta y los ochenta, la poca formación que existía llegaba de ámbitos internacionales, frente a los internos. Aunque algunas de estas experiencias fueron creativas, ciertas experiencias de talleres fueron tan destructivas que resultaron contraproducentes (Doob y Foltz, 1974). Muchos sectores consideran que el paréntesis en el desarrollo del trabajo de formación entre mediados de los setenta y mediados de los ochenta en Irlanda del Norte se debió a unas cuantas malas experiencias de ese tipo.

A finales de los ochenta, sin embargo, se renovó el interés en la formación en técnicas que pudieran estar relacionadas con las necesidades de la resolución de conflictos en Irlanda del Norte (Fitzduff, 1988) y, a medida que crecían las peticiones de preparación, se hizo evidente que continuar *importando* facilitadores sería inviable en vista de la cantidad de trabajo que había por delante.

Se planteaba asimismo la dificultad de que, si bien podía ser relativamente fácil a cierto nivel importar mediadores que no tuvieran

especiales convicciones políticas sobre Irlanda del Norte, a la vez podía ocurrir que los facilitadores, en virtud de su presunta neutralidad, eludieran resolver las muy matizadas dificultades en las que andaban enzarzados muchos de los participantes. De ahí que el desafío de afrontar esos matices, que forman casi un lenguaje propio de los implicados, tuviera que incluirse como parte del proceso.

Después de mucho pensar y debatir, entre y con grupos, se dio con varios caminos para resolver el problema de la supuesta necesidad de neutralidad. El primero fue reconocer que el compromiso exigido a los facilitadores no era la carencia de preferencias políticas concretas, sino un compromiso positivo con ciertos principios relativos al proceso de formación o trabajo de grupo. Estos principios incluían un compromiso firme y previo con el proceso del grupo en sí mismo, y la participación igualitaria de todos; respetar todos los sentimientos, temores, reivindicaciones sobre derechos e historia, tal como los expusieran los participantes; y lograr establecer unas normas básicas acordadas entre todos sobre cómo hacer que los debates fuesen lo más fructíferos posible. A los facilitadores no se les pedía que renunciaran a sus preferencias políticas personales, sino simplemente que las suspendieran mientras durase el proceso de formación o de grupo, a menos que se hubiera llegado al acuerdo previo de que expresar tales preferencias resultaría positivo para los objetivos previstos del trabajo (Fitzduff, 1989). Tal compromiso *temporal* con el proceso permitió que muchas personas que, por sus propias convicciones políticas, se hubieran retraído de colaborar con la formación, se animaran a ofrecer sus aportaciones a la tarea. Por supuesto, el mero hecho de que se comprometan a sí mismas y a sus grupos en un proceso que implica escuchar y respetar otros puntos de vista como parte del trabajo significa que inevitablemente sus propias simplificaciones se ven cuestionadas, y sus propias ópticas quedan matizadas al escuchar otras necesidades, temores y convicciones políticas razonadas. Inevitablemente, aunque mantengan sus convicciones, éstas se ven ampliadas por la conciencia de la necesidad de tener en cuenta las de sus vecinos; generalmente se reflejan así en el tipo de acontecimientos internos de los grupos en los que están implicados, incrementando por tanto la riqueza del trabajo de facilitación.

COFACILITACIÓN MEDIANTE «PARCIALES»

El segundo punto útil que se sumó al proceso anterior fue la introducción gradual de una formación suministrada por cofacilitadores, cada uno de los cuales representaba en líneas generales un aspecto

diferente de la división política. Ese tipo de facilitación va ganando reconocimiento internacional como un modelo útil, y estos facilitadores se han ganado la definición de «parciales internos bien situados» («*insider-partials*», Lederach, 1991).^{*} Los parciales internos bien situados son capaces de generar un *modelo* de apertura sobre su propia historia, sobre la educación que han recibido, sus temores y sus convicciones políticas, y al mismo tiempo garantizan un proceso productivo de debate. Este tipo de modelos resulta idóneo en términos de la profundidad de la mutua comprensión y de la exteriorización de alternativas a la agresividad (o silencio) que tanto marca las discusiones complicadas en Irlanda del Norte. El modelo de parciales internos bien situados es actualmente el más empleado en formación cuando el tiempo y los medios lo permiten.

Utilizar cofacilitadores parciales en el trabajo de resolución de conflictos ha incrementado considerablemente las posibilidades de involucrar a muchos de los más próximos al conflicto, incluyendo a los paramilitares. Pude constatarlo personalmente en un taxi que tomé en 1993 desde una estación de Belfast hasta la oficina del CRC en el centro de la ciudad. Me fijé en que el taxista leía un panfleto histórico que normalmente leen los lealistas. Es convicción popular en Belfast que los taxis sirven para subvencionar a los diversos paramilitares, y de hecho dan empleo diurno a algunos de esos militaristas. Tal sospecha convirtió a los taxistas en diana frecuente durante años. Di por hecho que me encontraba en un taxi lealista, y empecé a hablar sobre el librito. Pues resultó que el conductor era un ex-preso paramilitar republicano, que estaba leyendo la publicación para entender las posiciones lealistas. También me comentó que había participado en un curso de formación del CRC y que hacía poco se había asociado con un ex-preso paramilitar lealista para proporcionar cofacilitación en el debate político en áreas lealistas y republicanas duras, pese a las amenazas que ese tipo de trabajo les había supuesto. Me aseguró que precisamente porque ninguno de ellos había abandonado sus aspiraciones políticas, y de hecho habían cumplido condena por sus convicciones, tenían mucha más capacidad para promover debates en esas áreas de línea dura, centrándose en cómo hacer convivir tales diferencias políticas en vez de abandonarlas en cualquier nuevo escenario político.

* Nota de la traductora: La palabra *insider* define en inglés a una persona perteneciente a una entidad y que tiene buena información de la misma. He preferido optar por la expresión «internos bien situados» por brevedad y por estimar que capta el sentido del término.

Este tipo de ex-paramilitares, y hay más como los mencionados, han tenido un papel importante en el desarrollo de muchos de los programas de resolución de conflictos en Irlanda del Norte, aportando al proceso su propia credibilidad, conocimientos y parcialidad.

La experiencia de los últimos años en Irlanda del Norte sugiere que el empleo y fomento de parciales —personas u organismos— ha sido sumamente importante para afianzar el desarrollo del trabajo de resolución de conflictos. Además, ha traído como consecuencia la transformación paralela de esas entidades y personas en agentes de cambio cada vez más positivos, capaces de desarrollar con éxito modelos de inclusión y resolución de conflictos que integran en sus propias técnicas personales y las de sus entidades. Aunque de entrada puede haber sido más difícil asegurarse esta evolución, debido a la enorme cantidad de conocimientos, a menudo difíciles, que los «parciales» necesitaban en dicho proceso, hay pocas dudas de que los muchos frentes de sus logros son buen augurio para el mantenimiento futuro y el desarrollo continuado del trabajo.

FORMACIÓN PARA EL CAMBIO

El CRC define así la formación: «La adquisición de conocimientos y técnicas, en un contexto estructurado, que tiene aplicación inmediata al trabajo de resolución de conflictos en curso». La entidad cree que la formación de personas y grupos para resolver con mayor seguridad y eficacia temas de prevención, gestión y resolución de conflictos requerirá generalmente dos elementos superpuestos: la adquisición de conocimientos y el desarrollo de técnicas adicionales.

Los conocimientos que se exigen para tal intervención versan generalmente sobre nuevas formas de analizar y comprender las dinámicas del conflicto, que puedan circunvalar formas anteriores y más destructivas de resolverlo; por ejemplo, la necesidad de concebir soluciones al conflicto en clave de gana/gana (ganan todos) frente a los escenarios gana/pierde (hay vencedores y vencidos), o el concepto de fases del conflicto que necesitan funciones de intervención diferentes. Comprender las diversas teorías biológicas y sociopsicológicas que se utilizan para plantear algunas de las raíces del conflicto también puede ser útil, al igual que entender la historia concreta de situaciones individuales de conflicto.

La comprensión y la adquisición de nuevos conocimientos, si bien puede ser una fase preliminar necesaria, requerirá normalmente el refuerzo de la adquisición de habilidades adicionales para la intervención, que se centren en incrementar las posibilidades de indi-

viduos o grupos para intervenir productivamente en situaciones conflictivas.

Aunque el término *formación* es de uso corriente para referirse a la preparación que incluye la adquisición de esos conocimientos y técnicas, en ocasiones implica orden o transmisión de técnicas, lo cual no refleja necesariamente la realidad existente. De hecho, nuestra comprensión de la formación para la resolución de conflictos está en una fase muy incipiente, con muy pocos parámetros convenidos entre quienes la aplican y los teóricos sobre su desarrollo eficaz (International Alert, 1993; INCORE, 1994).

Ciertamente en Irlanda del Norte la preparación para resolver las diferentes dimensiones del conflicto se ha dado en gran parte sobre una base experimental, asediada o impulsada por los sucesivos retos. No ha sido el menor de ellos el contexto violento en el que se ha producido la formación, y la implicación emocional y prácticamente constante tanto de participantes como de facilitadores en el difícil contexto de la violencia.

Sin embargo, pese a ese contexto, o precisamente gracias a él, la cantidad de trabajo de formación para resolver conflictos en Irlanda del Norte se ha incrementado considerablemente desde 1990. Su desarrollo, tanto bajo su propio patrocinio como bajo el de otras entidades, ha sido una prioridad para el CRC. El Consejo pronto reconoció que con la formación, al igual que con todo el trabajo de relaciones comunitarias, era extremadamente importante aprovechar al máximo las entidades existentes para diseminar el trabajo; por eso aplicó una política de ir gradualmente entablando relación con un número creciente de personas y organizaciones dispuestas a añadir esa formación a sus programas. Se alentó a organizaciones como las juntas de Salud y Servicios Sociales, las de Enseñanza y Bibliotecas, el Consejo de Deportes, y la Agencia de Empleo y Formación a formar a su propio personal para asumir el trabajo de formación antiintimidatoria, antisectaria o de relaciones comunitarias que era necesario para hacer frente a los temas concretos de sus áreas de intervención.

Otros grupos como los sindicatos estaban implicados en este tipo de planes desde 1990, y fueron de los primeros en desarrollarlos internamente con delegados sindicales y cuadros intermedios. Su trabajo se ha llevado a cabo en circunstancias a menudo difíciles y peligrosas, pero ha logrado eliminar buena parte de los comportamientos intimidatorios, basados en el sectarismo, que marcaron tantos centros de trabajo en Irlanda del Norte durante tantas décadas (Counteract, 1993).

De esa manera, en muchas organizaciones, la formación concreta en ese sentido se ha incorporado como parte de estrategias globales

de formación, y cada vez más es realizada por instructores propios. Así, las técnicas de formación disponibles en Irlanda del Norte se han multiplicado y su eficacia se ha realzado.

Debe tenerse en cuenta que tales iniciativas, en sus primeras fases, suelen encontrar como mínimo resistencia por parte de muchas organizaciones y grupos, y en muchos casos abierta hostilidad por parte de quienes temen que contribuyen a incrementar las divisiones o quienes las ven como contraproducentes para sus propias inclinaciones políticas. Hacen falta cuidadosas estrategias de entrada, que implican asegurarse el consentimiento y apoyo de los responsables de la elaboración de políticas y asignación de recursos, para que el trabajo se realice con eficacia.

ENFOQUES Y ESTRUCTURAS

Otro de los grandes problemas que tuvo que afrontar el trabajo de preparación fue el del enfoque adecuado. Un conflicto crea tantas necesidades que el riesgo de verse abrumado por las más elementales es grande, y no necesariamente lleva a establecer bien las prioridades. En una semana dada, la prioridad principal puede ser intentar lograr la contención o el cese de la violencia. Por otra parte, el trabajo de intentar reconducir las estructuras cuyo funcionamiento alimenta la violencia, tales como las desigualdades relativas a vivienda o trabajo, o los sistemas educacionales divididos, debe ser sistemáticamente dirigido, a más largo plazo, para garantizar la disminución de las circunstancias que gestan el recurso a la violencia. Poco a poco, dentro de Irlanda del Norte (que ha disfrutado del lujo de algunas pausas del tipo de violencia comunitaria que ha asediado los Balcanes), se ha desarrollado un abanico de aproximaciones para tener en cuenta necesidades paralelas, necesidades locales, y necesidades a corto, medio y largo plazo.

Cuatro son en líneas generales los enfoques básicos para la formación que ofrecen el CRC y otras entidades. El primero es un planteamiento que ofrece formación para necesidades concretas que se hayan identificado, o pruebas piloto de formación para necesidades que van surgiendo. El segundo proporciona formación mediante programas más intensivos de aprendizaje activo para quienes están dedicados a tiempo completo a las relaciones comunitarias. El tercer enfoque desarrolla programas a medida, conjuntamente con otras organizaciones (públicas, institucionales, voluntarias, comunitarias o empresariales), basados en datos más precisos en cuanto a sus necesidades de resolución de conflictos. El cuarto y más reciente plantea-

miento consiste en organizar esa formación sobre el terreno de una zona o localidad concretas, para garantizar que las necesidades de resolución de conflictos de un lugar concreto —pueblo, ciudad, circunscripción rural o zona de interacción sectaria hostil— se afrontan de manera más eficaz.

Trabajo modular

Estos módulos de formación se realizan en uno o dos días, centrándose en áreas concretas de dificultades o necesidades. Se ofrecen para proporcionar una serie de técnicas que puedan emplearse en diferentes situaciones de conflicto, y los asistentes normalmente provienen de diversas extracciones: trabajadores sociales, representantes sindicales, concejales, trabajadores de la juventud y otros.

Los siguientes son ejemplos de ese trabajo que se adaptaron a problemas concretos de Irlanda del Norte.

Técnicas de facilitación de contactos. Este módulo afronta el hecho de que Irlanda del Norte es una sociedad dividida, donde la mayoría de la gente vive, trabaja, reza y juega separada. Incluye ideas sobre cómo establecer redes con otras organizaciones dispuestas a participar en este trabajo, ideas creativas acerca de cómo organizar contactos de calidad, y estrategias para crear oportunidades sostenibles a más largo plazo con el fin de continuar esos contactos y así asegurar su eficacia.

Trabajo de reducción de prejuicios. La ignorancia, los prejuicios y los estereotipos suelen impedir el diálogo constructivo; el trabajo para hacerles frente incluye el reconocimiento e identificación de prejuicios y estereotipos, que las comunidades compartan información ajustada a la realidad sobre las esperanzas, temores y creencias de cada una, y, allí donde sea posible, construcción de alianzas entre grupos y comunidades.

Técnicas de diálogo político y cooperación. Cuando se da interacción sobre asuntos conflictivos, ésta suele caracterizarse por educada cortesía, silencios, actitudes a la defensiva y miedo a debatir temas de conflicto. La formación para el diálogo político incluye entrenamiento en técnicas para escuchar y clarificar, y debates constructivos entre los participantes de opciones y convicciones políticas diferentes. Estos talleres han ido incluyendo poco a poco a políticos y personas de las fuerzas de seguridad.

Trabajo de tradiciones culturales. Las expresiones culturales —música, lenguaje, baile, conmemoraciones, marchas— son a menudo divisionistas o constituyen una amenaza para la otra comunidad. La

formación para resolver estas situaciones incluye trabajo que facilita poder compartir expresiones culturales de forma no conflictiva, como ferias mixtas, festivales y talleres. También se puede promover el trabajo de identidad propia, por ejemplo, facilitar un debate no amenazante sobre identidad y elección de lealtades dentro de una comunidad.

Trabajo intercomunitario de justicia y derechos. En Irlanda del Norte, los temas relacionados con la justicia tales como la legislación especial, cartas de derechos y prácticas de seguridad suelen ser fuente de conflictos. El trabajo de justicia intercomunitario incluye formación para garantizar que los grupos afrontan estas cuestiones en función de principios antes que lealtades, y esa formación puede propiciar el debate sobre temas como cartas de derechos, igualdad y materias policiales.

Trabajo de identidad propia. Las comunidades, en especial las que están más inmersas en un gueto por su historia y localización física, se muestran normalmente tan agresivas, desconfiadas y a la defensiva, que es difícil que entablen contactos con éxito. El trabajo de identidad propia analiza formas que permitan a las comunidades ahondar en la validez y valor de su propia historia y cultura sin actitudes defensivas. También incluye trabajo que permite a los grupos empeñar a identificar temas sobre los que sienten que pueden reunirse y cooperar con seguridad con gente de otras comunidades.

Trabajo antisectario. Muchas organizaciones y grupos excluyen con frecuencia a personas de otras comunidades, consciente o inconscientemente. La formación para resolver esta segregación ayuda a la gente a analizar la comunidad y las organizaciones para calibrar su naturaleza sectaria, y a desarrollar consecuentemente programas para aumentar su capacidad de incluir a otros, por ejemplo, mediante comités de gestión mixtos o trabajo compartido sobre temas sociales.

Trabajo de interacción de seguridad. La historia de la policía en Irlanda del Norte, y la tarea de contención del paramilitarismo tanto por parte de la policía como el ejército pueden producir interacción hostil y contraproducente entre las fuerzas de seguridad y la población. El trabajo para mejorar esta interacción incluye la identificación de factores y pautas de hostilidad, y programas para cambiar estas pautas, incluido el desarrollo de trabajo de enlace social eficaz.

Trabajo antiintimidatorio. La existencia de intimidación intracomunitaria e intercomunitaria supone intimidación física y verbal y a veces homicidios. Hacer frente a tal intimidación es difícil y peligroso, y la formación para esta tarea incluye reconocer e identificar los

miedos y peligros que lleva asociados, pero también ser conscientes de los recursos con los que se cuenta para prevenir la intimidación o ayudar a las víctimas. También incluye ayuda para diseñar estrategias de organizaciones y comunitarias para afrontar el problema.

Técnicas de mediación. La necesidad de mediación dentro de y entre las comunidades, entre políticos y entre paramilitares, es vitalmente necesaria, por las divisiones que impiden contacto y diálogo fácil. Esta formación incluye técnicas estandarizadas de prácticas de mediación, y técnicas de debate y acuerdo político.

A medida que los acontecimientos políticos contribuyen a identificar o provocar nuevas necesidades, van estableciéndose nuevas formas de plantearse la formación. Una muestra del desarrollo del trabajo es que desde 1990 la necesidad de formación para facilitar contactos básicos y comprensión ha cedido terreno ante solicitudes para la mucho más exigente formación dirigida a la facilitación política. Estas exigencias cambiantes atestiguan el éxito alcanzado en la ruptura del silencio entre las comunidades, consiguiendo al menos el mínimo de confianza necesaria para permitir que mucha gente piense que es posible afrontar ahora de forma más productiva sus diferencias, sean de política, sean de conceptos de equidad o justicia.

Programa de aprendizaje activo

A medida que crecía el interés y los recursos para el trabajo de relaciones comunitarias a principios de los noventa, aumentaba el número de personas involucradas a tiempo completo en esas tareas. Lo que en su momento fue una actividad voluntaria, generalmente a tiempo parcial, empezó a convertirse en una ocupación cuasiprofesional a tiempo completo. En respuesta a ello, el CRC puso en marcha su Programa de Aprendizaje Activo para personas plenamente dedicadas a las relaciones comunitarias. El programa está dirigido conjuntamente por el CRC y Youth Action (Acción Juvenil) y otras organizaciones, y se realiza a lo largo de seis meses. El curso consiste en tres talleres en régimen de internado, y seis jornadas de trabajo. Como parte del temario, los asistentes diseñan, desarrollan y valoran un proyecto de resolución de conflictos en su propia zona de trabajo. El curso está especialmente orientado a la fijación y práctica de estrategias locales de resolución de conflictos. El programa también proporciona técnicas mejoradas para trabajo grupal intensivo, debate político, reducción de prejuicios y técnicas para la mediación en conflictos.

Programas a medida

A medida que avanzaba el programa de formación, se hizo más evidente la importancia de adaptar esa formación, para que fuera relevante y eficaz respecto a necesidades organizativas concretas. De ahí que el CRC, en colaboración con otras entidades, desarrollara muchos más programas a medida. Estos programas son ahora, probablemente, la forma más corriente de formación en Irlanda del Norte. Se cortan a medida de las necesidades de grupos concretos frente al sectarismo y a temas surgidos del conflicto. Se diseñan consultando con una organización y, si es posible o conveniente, ese trabajo intentará involucrar a su jefe de formación o de personal. Las entidades que ya se han implicado incluyen grupos educacionales, el Consejo de Deportes, las fuerzas de seguridad, juntas de sanidad, funcionarios de relaciones comunitarias y muchos otros.

Programas localizados

Ha crecido el número de personas dispuestas a participar en trabajo de reconciliación, y están surgiendo redes en diversas zonas que empiezan a desarrollar programas colectivos ante necesidades concretas y formación para afrontarlas. En Derry, por ejemplo, muchos grupos de diversas áreas de la ciudad, y de diversos campos de interés, como los derechos humanos o el trabajo religioso, han empezado a afrontar colectivamente el éxodo masivo de protestantes desde el oeste de la ciudad al este. En Portadown, muchos grupos se han unido para hacer frente a la violencia que continúa en la ciudad, dentro de las comunidades y entre ellas.

METODOLOGÍA

La metodología utilizada en estos programas de formación varía, pero generalmente consiste en aportaciones, sobre teoría de resolución de conflictos, información y práctica mutua sobre cultura y política, facilitación en directo de debates conflictivos, o un ejercicio de mediación, y casos prácticos de análisis y desarrollo de estrategias. Se suele incluir trabajo personal experimental para provocar un reconocimiento de las fuerzas emocionales presentes en los prejuicios y en la prolongación del conflicto; de vez en cuando los facilitadores intentarán proporcionar experiencias emocionales positivas para contrarrestar el aprendizaje emocional negativo. Un ejemplo es la participación en veladas culturales de la otra comunidad.

Hay que ajustar cuidadosamente la metodología a la cultura y capacidad de los grupos implicados; los programas a medida deben ser muy conscientes de lo que puede ser utilizado en el desarrollo de ese trabajo. Cuando se asume trabajo de grupo de carácter experimental, suele resultarles útil a los facilitadores haber recibido formación en técnicas de trabajo de grupo; por ello el CRC también proporciona esa formación a quienes están involucrados en ello.

ESTRUCTURAS DE APOYO

La necesidad de apoyo en el desarrollo o la facilitación de la formación en Irlanda del Norte se ha revelado como algo fundamental. Los talleres están en muchas ocasiones cargados de negativas, o de indignación y tensión. Los que participan en ellos provienen de muy diferentes trayectorias, y pocos están libres de los efectos de la violencia. Los talleres pueden incluir familiares de personas que han sido asesinadas por las fuerzas de seguridad y familiares de personas asesinadas por los paramilitares. Afrontar estos temas puede ser sumamente exigente, y la necesidad de apoyo y de compartir casos es vital. Para responder a esa necesidad, el CRC proporciona una Red de Formadores, con sesiones periódicas y que reúne a un amplio grupo de unas 140 personas que dedican parte de su trabajo a impartir formación. La red trata asuntos como la evaluación del trabajo, necesidades de desarrollo de los formadores, y nuevos temas que surgen sobre el terreno. Proporciona también una oportunidad para que personas involucradas en la mediación den y reciban apoyo para su trabajo, y supone un valioso medio de compartir técnicas, organizar aprendizaje para quienes están empezando y escoger cofacilitadores. También crea un espacio donde la gente puede evaluar su trabajo en términos de su eficacia global.

CONCLUSIÓN

A estas alturas ya es un hecho cierto que, con mucho, el trabajo de resolución de conflictos más amplio que se está haciendo actualmente en Irlanda del Norte, y que forma buena parte de la sustancia de este libro, está siendo llevado a cabo por entidades o individuos que o bien son abiertamente parciales o bien son percibidos como tales. No ha habido muchas más opciones. En general, nos hemos dado cuenta de que hay pocas entidades, incluso las que son vistas como más escogidas por el otro lado —por ejemplo, las fuerzas de seguridad, la Iglesia católica, la Orden de Orange y los diversos paramilitares—,

que no hayan sido capaces de implicarse en algún nivel de relación hacia sus enemigos, tras suficiente trabajo llevado con tacto, considerando tanto su actitud a la defensiva como sus posibilidades. Aunque los resultados han sido muy desiguales, hay ahora muchos ejemplos de entidades que, poco a poco, han ido pasando de ser organizaciones excluyentes, *guetizadas* o no interesadas a ser organismos que se sienten orgullosos de sus recién descubiertas posibilidades de relaciones comunitarias. Muchas intentan ahora desarrollar tales posibilidades productiva y públicamente, una tarea nada fácil en tiempos de violencia.

La preparación de personas para implicarse constructivamente en la intervención en conflictos, especialmente en la intervención en su propio conflicto, no es fácil. Los primeros pasos de esa formación estuvieron sembrados de dificultades, agravados por el miedo, la desesperación y la falta de buenos ejemplos de práctica y de marcos teóricos en los que desarrollar el trabajo. Cada vez más, sin embargo, los que intervienen en el conflicto han ido ganando confianza en sus propias posibilidades de trabajar constructivamente con grupos, incluso en las zonas más difíciles y en los temas más espinosos (Murray, 1994). Este éxito creciente da fe de la gran energía que se ha puesto en el desarrollo del campo de preparación y formación para la resolución de conflictos, e inspira la esperanza de que estas técnicas en plena evolución puedan ser empleadas con cada vez más fortuna en los difíciles años que vienen.

X. *Paz a pasos**

¿LA ECUACIÓN ADECUADA?

Era un luminoso día de primavera en el centro de Belfast, en 1994. Las oficinas del CRC están a unos cientos de metros del centro de la ciudad, escondidas tras unos viejos cines que nos han protegido de lo peor de los bombazos que con tanta frecuencia sacudieron el centro durante el conflicto. Como muchos otros, iba yo con prisa por la calle principal, aprovechando la hora de comer para hacer algunas compras. Acababa de doblar la primera esquina cuando sonaron disparos, apenas unos metros más allá, bajo un toldo al otro lado de la calle. En medio de la confusión —la ambulancia, el ejército—, se conocieron los hechos: la víctima era un joven trabajador de la construcción, asesinado por el IRA.

Apenas media hora después, de regreso a la oficina y a unos cientos de metros del reciente homicidio, me sacudió la onda expansiva de una explosión cercana, que resultó ser un ataque lealista a los despachos de los concejales del Sinn Fein en el Ayuntamiento.

Con ánimo sombrío, regresé a la oficina. La explosión había sido pequeña, y no había en esta ocasión cristales rotos en el despacho. El trabajo continuaba como siempre, sin apenas comentarios. Las bombas, y los refugiados de otras oficinas más expuestas que la nuestra a atentados con explosivos, eran tan sólo un riesgo semanal en la ciudad. Sentada en mi mesa, recién llegada de tal escenario de violencia,

* Nota de la traductora: La autora juega aquí con el sonido de las palabras *peace* —paz— y *piece* —pieza—, que en inglés suenan prácticamente igual, y titula el capítulo *Peace by piece*. He optado por traducir el concepto conservando el juego de sonidos en la medida de lo posible.

me dio por preguntarme sobre la validez del trabajo que tantos grupos estaban haciendo para intentar poner fin a la violencia.

Sin embargo, pese a mi estado de ánimo lleno de preguntas, recuerdo aquella como una tarde llena de esperanza, mientras los oficinistas entraban y salían contando historias sobre sus diversas tareas. Se había recibido una petición de un grupo de una de las áreas católicas más *duras* que deseaba reunirse y trabajar con algunos protestantes en un área igualmente *dura* al otro lado de los *muros de paz*. El último ayuntamiento que quedaba por confirmarlo había acordado poner en marcha un programa de relaciones comunitarias. Un grupo de lealistas había telefoneado solicitando técnicas *políticas* para poder hablar con mayor confianza con los católicos. Otra de las principales iglesias había decidido incluir el trabajo antisectario como parte de la formación de sus seminaristas. Un encuentro con trabajadores sociales católicos y protestantes de las 13 zonas de interacción (y las más violentas) de Belfast había ido bien, y los trabajadores habían pedido nuevos encuentros. Y un grupo de mujeres protestantes de Shankill solicitaba ayuda para marcharse con mujeres católicas a Donegal, a aprender un poco de irlandés, que hasta ahora habían visto como una lengua hostil.

La pregunta era: ¿cómo contribuía todo ese trabajo a la paz definitiva? Era más fácil creer que sí lo estaba haciendo que demostrarlo, especialmente si el cese de la violencia era la única medida para valorar el nivel de éxito. Encontrar una serie de fórmulas para distinguir los mojones intermedios en el camino al fin de la violencia ha sido un proceso importante en el mantenimiento y desarrollo del trabajo de construcción de la paz.

UN PUZZLE DE CREACIÓN DE PAZ

La construcción de la paz en Irlanda del Norte ha tenido muchas de las características de un puzzle. El tablero está lleno de piezas rotas: piezas de desigualdad, de relaciones rotas y discordantes, algunos fogonazos de destrucción y violencia... Estos horrores no constituyen, por supuesto, toda la historia. Aquí y allá, las piezas han encajado: una comunidad que ha llegado a acuerdos, trabajo bien compartido o una relación mantenida..., aunque las relaciones fueran en ocasiones difíciles de mantener mientras continuaban la violencia y el desacuerdo político.

Con tal rompecabezas delante, puede ser fácil dejarse llevar por la desesperación, especialmente cuando, como en Irlanda del Norte, el

conflicto ha hecho surgir características aparentemente intransigentes, y su prolongación ha llevado a tantos observadores a perder la esperanza y la confianza en su resolución.

Medir el éxito de muchos de los cabos expuestos en este libro, y confiar en él, no ha sido tarea fácil. Una de las dificultades para quienes están involucrados en la gestión de conflictos es que pueden verse desmoralizados por la necesidad de soluciones finales (comprensiblemente, cuando hay pérdida de vidas), y dejar de reconocer los pequeños, pero significativos, cambios que pueden estar ocurriendo como consecuencia de sus muchos y combinados esfuerzos (Ross, 1994). Es fácil perder de vista el hecho de que, cuando un conflicto se ha prolongado tanto (veinticinco años, u ochocientos años, según la perspectiva de cada cual), es poco probable que los cambios radicales en las relaciones entre grupos, y los acuerdos sobre materias políticas que hay que compartir, se den sin dificultades.

Pero pueden darse, y se dan, y la experiencia en Irlanda del Norte muestra que una combinación de perspectivas, afrontando los necesarios cambios estructurales y psicoculturales, ha contribuido a que empiecen a acumularse cambios significativos en términos tanto de comportamientos como de actitudes en todos los estratos de la población. Sin tales cambios, hubieran sido poco probables las treguas de 1994.

TENDENCIAS POSITIVAS

Para valorar algunos de estos cambios, es útil el concepto de Criterios Basados en Tendencias (Trend Based Criteria) que emplea la ONU para medir el cumplimiento de programas y su nivel de éxito (Kendall, Stiles y Macdonald, 1992). Tal enfoque basado en tendencias hace hincapié en la comparación entre realidades objetivas a lo largo del tiempo; basa el análisis en datos empíricos más que sólo en indicios que son subjetivos. Las que se detallan a continuación son algunas de las tendencias positivas que se han venido dando en Irlanda del Norte, algunas desde los años setenta, y muchas más recientemente.

Reequilibrio del contexto

La mayoría de las cuestiones de desigualdad entre católicos y protestantes que desencadenaron el movimiento de derechos civiles a finales de los años sesenta —es decir, los procesos electorales, circunscripciones amañadas, asignación sesgada de viviendas, financia-

ción desigual para la enseñanza...— han sido en gran medida corregidas. Los diferenciales de desempleo siguen siendo un problema, pero hay algunos datos que apuntan que se les está haciendo frente (aunque con exasperante lentitud) mediante una combinación de viejos y nuevos programas legislativos, educacionales y de necesidades sociales.

El trabajo a nivel municipal local también se está demostrando productivo, lo cual ha sorprendido a muchos, dado que durante más de setenta años los ayuntamientos han sido vistos en general como discriminatorios y sectarios. Pero más de la mitad ejercitan ahora el reparto voluntario de áreas de poder, y aproximadamente el 94% de los concejales nacionalistas y el 68% de los unionistas declaran estar a favor de ello (Beirne, 1992). Estos acuerdos (que están demostrando ser duraderos en la mayoría de los casos) son importantes, no sólo por su capacidad de manifestar una inesperada capacidad de cooperación a nivel local, sino porque están desarrollando un modelo que se podría seguir a nivel regional. Además, algunos ayuntamientos están empezando a tratar temas complicados, como las pintadas sectarias y los controles de seguridad abusivos, de forma relativamente cooperante.

Todos los ayuntamientos desarrollan ahora programas de relaciones comunitarias, y la hostilidad inicial y el recelo con que muchos consistorios los pusieron en práctica durante el primer año de su vigencia han desaparecido en prácticamente todos los casos. Sondeos recientes muestran que donde ha habido un programa municipal de relaciones comunitarias activo durante uno o dos años, las relaciones entre las comunidades parecen ser más positivas que allí donde estos programas están apenas empezando (Knox y Hughes, 1993).

Un fenómeno creciente desde 1990 es el número de organizaciones que incorporan a sus planes estratégico-operacionales políticas y programas antisectarios (que afrontan activamente el sectarismo y la intimidación) y programas de relaciones comunitarias (que exploran formas positivas en las que una organización puede ayudar a las relaciones comunitarias), y que los aplican como parte de su trabajo. Estas organizaciones incluyen sindicatos, personal de las fuerzas de seguridad, entidades deportivas, juntas de sanidad y educación, instituciones de formación y empleo, los principales organismos de voluntariado, muchos grupos comunitarios y todos los departamentos gubernamentales.

Lentamente, pero sin pausa, los centros de trabajo van siendo más integrados, a medida que va aplicándose la legislación de segui-

miento y discriminación (FEC, 1993), y el trabajo antisectario y antiintimidación de grupos como Counteract y otros ha asegurado que el nivel de tensión y violencia haya decrecido considerablemente. La exhibición de banderas y carteles ya no es tan conflictiva como lo fue, gracias a los esfuerzos de muchas instituciones por encontrar soluciones de compromiso al contencioso que esos símbolos pueden causar (McCartney, 1994).

Cada vez más juntos

Hay indicios preocupantes de que ha aumentado la segregación en barrios de viviendas, en gran parte debido a las huidas que se produjeron en los primeros años setenta, marcados por los disturbios. Sin embargo, también han aumentado los proyectos transcomunitarios conscientemente adoptados, puestos en marcha con una base voluntaria y organizada, especialmente desde principios de los noventa. Solamente el CRC ha facilitado recursos a más de 1.600 de esos proyectos desde 1990. Otras organizaciones, como los programas comunitarios municipales y muchos de los grupos de reconciliación (Hinds, 1994), han proporcionado cientos de tales oportunidades, como lo han hecho organizaciones educativas como el proyecto Interface de la Asociación Educativa de Trabajadores, y muchos otros grupos comunitarios.

No sólo ha aumentado el número de tales interacciones, especialmente tras las treguas, sino que se han detectado recientemente dos tendencias importantes en el desarrollo de este trabajo. La primera es la creciente disposición de los grupos a adentrarse rápidamente y con seguridad en cuestiones de diferencias y confrontación. La segunda es que los grupos aplican cada vez más conceptos de resolución de conflictos a problemas prácticos de ámbitos comunes y problemáticos como el desarrollo de la localidad, actos culturales, problemas de intimidación y gestión municipal. Esa gestión de conflictos locales parece llevar más directamente a un mayor sentimiento de autoconfianza en la capacidad de la comunidad de resolver conflictos que el que se puede lograr con una inversión de tiempo similar en consideraciones intelectuales y teóricas sobre tal resolución.

Iglesias en movimiento

Algunas iglesias que han sido tradicionalmente hostiles al trabajo de relaciones comunitarias (en algunos casos por reticencias de tipo teológico) emplean ahora gente para ayudarles a desarrollarlo. Entre ellas

están la Iglesia Presbiteriana y la Conferencia Evangélica de Irlanda del Norte. Todas las grandes iglesias comparten actualmente un enfoque común del trabajo intercomunitario con la juventud, y se han puesto de acuerdo para incluir formación contra el sectarismo y prácticas de relaciones comunitarias a nivel personal y comunitario como parte de sus planes de estudio para aprendices y seminaristas. Lo más importante es que cada vez son más los miembros del clero que atraviesan las líneas territoriales para asistir a funerales y duelos cuando han ocurrido asesinatos políticos o sectarios, y que ofrecen condolencias públicas tanto en sus iglesias como en los medios de comunicación a los allegados de las víctimas. Estos actos y declaraciones son ahora la norma, más que la excepción que resultaban ser en los años setenta y ochenta.

«No en nuestro nombre»

A principios de los noventa se dieron cambios significativos en las respuestas populares a incidentes de atentados o asesinatos. Hasta entonces, ese tipo de hechos desembocaban con frecuencia en tensión comunitaria y más enfrentamientos, y continuaba la espiral de la violencia. Pero en años recientes, ha sido tal el desarrollo de las relaciones entre las comunidades, especialmente mediante el trabajo dedicado a ello, que la respuesta a esas situaciones ha sido muy diferente. En 1993, tras la muerte de nueve personas a manos del IRA en Shankill, y la represalia del UVF que se cobró cinco vidas en Greysteele, la respuesta inmediata de muchos trabajadores sociales y otros fue cruzar los territorios para ofrecer condolencias y ayuda. Su ejemplo fue seguido pocos días después por algunos políticos.

Respuestas intercomunitarias como las citadas han aumentado desde 1993. A los grupos de reconciliación y religiosos se han ido sumando otras organizaciones sociales y sindicales para atravesar las líneas fronterizas y compartir el duelo, y manifestarse pidiendo el fin del uso de la violencia paramilitar. Muchas personas, especialmente de grupos como Women Together y WAVE, asistieron a entierros, mandaron flores, proporcionaron alimentos y realizaron llamadas telefónicas de apoyo a las familias de las víctimas. Estas acciones contribuyeron a disipar la creencia de que esas muertes eran actos comunitarios, y así redujeron el número de acciones de represalia.

Pluralismo en positivo

Actos culturales que antes se celebraban por separado, provocando muchas veces indignación y en ocasiones violencia, comparten

cada vez más sus contenidos de forma mucho más positiva. Ciertos grupos anteriormente hostiles marchan ahora juntos en días festivos y realizan conciertos conjuntos, sociedades históricas locales comparten sus reuniones de forma intercomunitaria y, por primera vez en la historia de la isla, ferias y muestras de recursos culturales dan cabida a grupos de las dos principales tradiciones culturales.

Cooperación norte-sur

Organizaciones como Cooperation North han estado trabajando durante una década para mejorar las relaciones entre Irlanda del Norte y la República de Irlanda, y hay indicios de que muchas de sus empresas han tenido éxito (Cooperation North, 1992). Entidades económicas, turísticas, agrícolas y financieras están desarrollando programas conjuntos que abarcan toda la isla, con la idea de que tal cooperación puede ser de considerable beneficio mutuo. Además, son mucho más frecuentes los viajes de políticos municipales entre el Norte y el Sur para reunirse con sus homólogos tratando de lograr un mayor entendimiento entre sus respectivas partes de la isla.

Tensión decreciente en áreas de seguridad

Los problemas causados por una interacción de seguridad problemática, con las posibilidades de que tal interacción acreciente el resentimiento más que la confianza, muestran claros signos de estar en retroceso. No ha habido muertes atribuibles a las fuerzas de seguridad desde 1992, y raramente se utilizan ya balas de goma (que causaron varias muertes) para disolver disturbios. También han disminuido bastante las denuncias sobre declaraciones obtenidas por la fuerza, así como las quejas contra el ejército en general (RUC, 1993; IPCC, 1994; Hewitt, 1994). Las mismas comunidades muestran interés creciente en potenciar posibilidades de enlace más productivas, que beneficien tanto a las necesidades de la comunidad como a las de las fuerzas del orden. Estos elementos, al igual que la proliferación de debates sobre cuestiones de policía, son buenos presagios para el surgimiento de acuerdos en temas de seguridad ciudadana a medida que avancemos más allá de la violencia hacia una paz sostenible.

La próxima generación

El contexto para la infancia en Irlanda del Norte se ha transformado. El número de escuelas explícitamente integradas ha pasado de

0 a 24 desde 1982. La mayoría de ellas han aparecido en los últimos cuatro años, y muchas más se preparan para empezar a funcionar. Los programas de Educación para la Comprensión Mutua (Education for Mutual Understanding), aplicables por ley a todos los centros de enseñanza desde 1993, garantizan que incluso donde no se da contacto directo los escolares reciben enseñanza sobre las perspectivas y temores de los demás en materias como historia y religión, mediante el estudio de temarios comunes en dichas materias acordados entre los centros. La mayoría de las escuelas segregacionistas incluyen también algún programa de contacto, y, aunque la masividad de algunos encuentros puede en ocasiones rebajar su calidad, al menos garantizan que pocos escolares acabarán sus estudios sin haber tenido alguna experiencia intercomunitaria que ayude a mitigar sus prejuicios al menos en parte.

Ahora se dan muchas más oportunidades de buena calidad para que los niños y niñas trabajen y jueguen juntos en verano en proyectos integrados; una vez más, tales proyectos demuestran que sirven para modificar considerablemente actitudes negativas y aumentar modelos de amistad intercomunitaria.

Actitudes

Si todo lo antecedente esboza las cambiantes tendencias de comportamiento, hay indicios también de que están dándose cambios positivos en las actitudes de las comunidades entre sí. Ross sugiere que el grado hasta el que la empatía, si no ya la simpatía, puede desarrollarse entre comunidades en conflicto es probablemente un indicador del nivel de éxito (Ross, 1993). En Irlanda del Norte puede ahora apreciarse una disposición creciente de cada lado a tener en cuenta los temores del otro. Por ejemplo, los unionistas están dispuestos a participar en el desarrollo de una Carta de Derechos que creen que servirá en cierta medida para paliar los miedos de la comunidad católica sobre la posibilidad de que, en un nuevo acuerdo político, se mantuviera la discriminación. También hablan más sobre la necesidad de respetar la identidad cultural de los nacionalistas. Los simpatizantes del SDLP se refieren con mayor frecuencia y en público a los legítimos temores y necesidades de la comunidad unionista, y dejan caer que la identidad británica podría, y debería, ser preservada en cualquier nuevo orden político. Incluso el Sinn Fein ha empezado a referirse en público, desde 1991, a que es consciente de los temores de los unionistas, y, tanto en público como en privado, ha estado realizando consultas con miembros destacados de esa comunidad para

comprender mejor sus temores; el resultado de esos contactos ha quedado reflejado en algunas de sus actas.

Otro rasgo interesante del momento actual del conflicto es el hecho de que ahora es mucho más probable que las personas (sobre todo las que trabajan juntas) compartan chistes entre sí sobre temas en los que se saben diferentes, antes que quedarse callados. Hay mucho menos temor a mostrar la propia identidad, frente a la tendencia anterior a esconderla.

Estas actitudes cambiantes también se reflejan en que parece que, en general, la gente cree que las relaciones entre las principales comunidades están mejorando. El Sondeo Británico sobre Actitudes Sociales de 1992 mostró que un número de personas tres veces mayor que hace cinco años creían que han mejorado las relaciones comunitarias en Irlanda del Norte. Y, mirando hacia el futuro, sólo un 7% pensaba que esas relaciones pueden empeorar en el futuro —un dato que resulta alentador para las posibilidades futuras de cooperación—. Estas mejoras se constataron en el Sondeo de Actitudes Sociales de 1994 y el sondeo Omnibus de 1995.

CUADRO FINAL

Falta aún por comprobar que los logros citados, a medida que se vayan desarrollando, supongan una base lo suficientemente sana para progresos políticos sostenibles. Lo que es cierto es que juntos constituyen, por primera vez en la historia del Estado, un compromiso intencionado y estructural con la existencia del pluralismo en sus muchas formas —basado en la equidad, los derechos culturales y el respeto a los diferentes objetivos políticos—. Juntos representan el compromiso para una «foto de final» (Lederach, 1995), que reconoce ahora la importancia de la calidad de la relación interdependiente entre las principales comunidades, y en la que quienes participan están dispuestos a aceptar, con ánimo constructivo, la necesidad de desarrollar alguna forma de cohabitación. Hay que hablar sobre los puntos de vista diferentes relativos a derechos, cultura y opciones políticas antes que eliminarlos. Casi todos los protagonistas han abandonado ya los sueños de un escenario sencillo, totalmente británico o totalmente irlandés en su ética y estructura.

De momento, no están claros los parámetros precisos de tal cohabitación, aunque hay acuerdo en algunas de sus líneas generales. Es probable una base de poder devuelto, con alguna forma de participación proporcional, dentro de Irlanda del Norte. Aunque, de momento, y hasta que una mayoría decida lo contrario, Irlanda del Norte per-

manecerá dentro del Reino Unido, también se irán estableciendo vínculos con la República de Irlanda, perdurables y con capacidad de desarrollarse, en materias de beneficio mutuo. Se respetarán tanto la identidad británica como la irlandesa, y ello se reflejará cada vez más, con mayor pluralismo, en muchas instituciones. Y como es posible que se celebre un referéndum para decidir el estatus constitucional de Irlanda del Norte (probablemente cada diez años), la persuasión política reflexiva e inteligente —en vez de la coacción— puede convertirse en parte importante de la vida democrática. Dada la presunta decisión de muchos unionistas hoy en día de crear un Estado en el que los católicos se sientan lo suficientemente cómodos como para permanecer en el Reino Unido, y el propósito defendido de manera similar por algunos nacionalistas de crear una isla de Irlanda laica, económicamente próspera, en la que la frontera sea irrelevante, cabe esperar que el debate sea productivo. Si tenemos suerte, la siguiente generación (de la que el 55% es católico) puede llegar a valorar en el futuro que vive en una región que puede beneficiarse de beber en fuentes políticas y culturales diversas, sin verse destrozada por la necesidad de escoger entre ellas.

XI. Conclusiones

En Irlanda del Norte, como en buena parte del mundo, aprender a fondo a resolver conflictos en busca de la paz ha sido una experiencia difícil. Reflexionar sobre ella es problemático; mucho de lo que se ha conseguido puede ser aún frágil, y sólo el tiempo dará la medida de la validez y fortaleza de muchos de los programas explicados en este libro. Sin embargo, pese a esas reservas, puede ser útil reflexionar sobre algunas de las lecciones para la resolución de conflictos, aprendidas gradual y en muchas ocasiones dolorosamente, que han surgido de la experiencia del conflicto de Irlanda del Norte.

DESENMARANAR LO QUE SE PUEDA

En su análisis de los conflictos inextricables, Kriesberg (1989) señala diversas estrategias que pueden ser aplicadas de forma útil para intentar desatascar el bloqueo de un conflicto. Una de las que plantea es buscar algunas áreas de posible arreglo, e intentar trabajar para alcanzarlas. Ése ha sido un enfoque útil en Irlanda del Norte, y ha supuesto ir identificando sistemáticamente las áreas estructurales o psicoculturales donde parece posible avanzar con cierta energía y coraje. Tal aproximación multifacética también ha supuesto que, en tiempos difíciles, cuando un área de trabajo resulta ser demasiado complicada o peligrosa para avanzar, hay otras donde se pueden conseguir ciertos logros, y así se mantiene la dinámica del avance.

REAFIRMAR LA IDENTIDAD

Es interesante observar que Kriesberg también plantea que parte importante de una estrategia eficaz es que evite resultar amenazante

para la identidad esencial del adversario, en un enfoque que ha constituido la base del trabajo de tradiciones culturales expuesto en el capítulo 4. El CTG decidió ayudar a la reafirmación y revalorización de las diferencias culturales y religiosas antes que esquivarlas o esconderlas, como podría haber sido la tentación inicial. También sugiere Kriesberg, sin embargo, que los análisis pasados y presentes deben ser redefinidos y revisados, hablando mucho sobre ellos, y buena parte de eso es lo que ha estado ocurriendo no sólo en las iniciativas de debates comunitarios (capítulos 3 y 8) sino incluso en los procesos políticos institucionales a medida que los políticos constitucionales se han permitido abordar el rediseño básico de sus disyuntivas constitucionales y de identidad. Parte de quienes están en los extremos también han realizado estos replanteamientos, sobre todo republicanos y lealistas, cuyos comportamientos políticos resultan casi irreconocibles comparados con los que tenían en la década de los ochenta.

ABONAR EL TERRENO

Lederach (1994) otorga gran importancia al desarrollo de una «circunscripción de paz» para garantizar el éxito final en la resolución de un conflicto. Kriesberg también plantea que esperar a que surja la solución es esperar demasiado, puesto que será rechazada si el terreno no es el adecuado y no se ha hecho acopio de suficiente respaldo para una solución concertada para todos. Irlanda del Norte se ha visto bendecida a lo largo de los años por muchas ideas eruditas sobre posibles soluciones políticas y constitucionales al conflicto. Muchas, en buena medida documentos ejemplares e inteligentes, han permanecido en cajones polvorientos, esperando el momento propicio para su posible utilidad. Sin embargo, en Irlanda del Norte se ha hecho evidente desde hace un tiempo que la necesidad primordial no es la de hallar una solución constitucional creativa, sino la de desarrollar un contexto en el que tal solución sea tomada en cuenta colectivamente. La experiencia demuestra que, cuando se han abordado suficientes temas de injusticia estructural, cuando se ha establecido un grado suficiente de relaciones positivas, y ha cesado buena parte de la violencia, hay más posibilidades de abrir uno de esos cajones y tirar de algunas de las muchas soluciones constitucionales disponibles.

TODO PUEDE CAMBIAR

Es inevitable que haya gente para quien cambiar sea extremadamente difícil. Esa resistencia puede surgir por el temor a la pérdida de

poder, mientras que para otros muchos será el miedo a perder la propia identidad. Ciertos grupos e individuos, cuya razón de ser básica se ha ligado a su compromiso en el conflicto, también pueden resistirse a su resolución, sabiendo (aunque sea de forma subconsciente) que tal solución puede dejarles desamparados en cierta forma (Fitzduff, 1989). Sin embargo, la experiencia de Irlanda del Norte parece indicar que hay pocas organizaciones o personas que no tengan la capacidad, a algún nivel, de desarrollar cambios positivos en sus comportamientos y actitudes hacia el grupo externo, incluso durante el conflicto. El trabajo también plantea que los enfoques para hacer surgir tal cambio deben ser flexibles y con sensibilidad hacia cada grupo y situación. Incluso mientras el cambio se está dando —y no necesariamente una vez que se ha producido—, la mayoría de los grupos e individuos pueden también actuar como agentes de cambio positivos con otros, facilitando nuevas evoluciones en actitudes y comportamientos que pueden ir sumándose y contribuyendo a un cambio general en el conflicto.

ESQUEMA GANA/GANA, EN LA MEDIDA DE LO POSIBLE

La asunción de que un final gana/pierde para cualquier conflicto supone probablemente que pierdan todos, y la necesidad de hacer surgir soluciones gana/gana para crear soluciones sostenibles, ha proporcionado un marco conceptual de gran valor para buena parte del trabajo. Este tipo de marco ha sido especialmente útil para marcar algunos parámetros para objetivos de resolución de conflictos en localidades, intentando, por ejemplo, desactivar tensiones locales sobre festividades comunitarias y marchas, y conflictos dentro de organizaciones. También ha realzado parte del nuevo pensamiento político que está surgiendo sobre soluciones de reparto del poder, y de paridad de valoración de los diferentes grupos de identidad en cualquier nuevo arreglo político.

UN TIEMPO Y UN LUGAR

También ha sido útil el reciente desarrollo de tipologías de trabajo de intervención de conflictos que apuntan a la importancia de la necesidad de distinguir entre las diversas fases del conflicto, cada una de las cuales requerirá aspectos diferenciados de trabajo. Así, nuestra comprensión del trabajo de prevención en áreas de gran tensión, especialmente en épocas delicadas del año, o tras incidentes de violencia

particularmente complicados, se ha convertido en sumamente importante, como la necesidad del trabajo preventivo antiintimidación en las fábricas para evitar que la violencia sectaria se produzca y añada leña al fuego de la agresividad social.

MIRAR A OTROS

Cuando se está librando una guerra, puede ser difícil hacer algo más que sobrevivir. Cada informativo que trae noticias de una nueva matanza (como ocurría la mayoría de las veces en Irlanda del Norte durante los últimos veintiséis años) da fe de que quienes están implicados en la resolución de conflictos han tenido demasiado poco tiempo para pararse, reflexionar y aprender de lo que se ha logrado en ese sentido en otros lugares. Aunque sin duda se han producido avances sustanciales en el terreno intelectual y teórico sobre el trabajo de resolución de conflictos, los campos de práctica probada, especialmente en conflictos étnicos, son aún escasos sobre el terreno.

Y sin embargo, cuando levantamos los ojos de las calles ensangrentadas, y nos tomamos el tiempo para reunirnos con personas implicadas en la práctica de resolución de conflictos en otros lugares (García, 1994), se revitalizan y se revisan muchos de nuestros planteamientos ante nuestros propios problemas.

Hemos aprendido mucho observando el trabajo de los comités de Acuerdo de Paz en Sudáfrica, el valor de la participación ciudadana colectiva en la construcción de la paz en Filipinas, la utilización de dirigentes tribales para resolución de conflictos en el Cuerno de África y de líderes budistas en Sri Lanka y Camboya, y el trabajo de mediación que se ha ido dando en Oriente Medio. Tejer estas redes ha sido importante, no sólo para reafirmar la necesidad y el valor de nuestro propio e incipiente trabajo, sino para proporcionarnos la reflexión crítica que todos sabemos que hay que aportar a un terreno cada vez más importante.

HACIA EL FUTURO

Aún es huidizo el premio final de una solución constitucional acordada en Irlanda del Norte, pero las líneas generales de las estrategias expuestas en este libro están poniendo los cimientos para una sociedad futura menos segregada, menos discriminatoria, más tolerante y más pluralista que nunca en la historia del Estado. Tales cimientos ofrecen perspectivas mucho más positivas para la paz que las que ha habido en décadas anteriores, y se están produciendo cambios signi-

XI. CONCLUSIONES

ficativos que sugieren que las esperanzas de disminución del conflicto político violento pueden ser más positivas.

Como muchas otras personas, echo la vista atrás, a la pesadilla que ha sido, y miro hacia adelante con vacilante esperanza hacia un futuro que sea más brillante para nuestros hijos. Vivo con mi familia en una zona rural que es profundamente republicana, donde desde principios de los años setenta ha sido muy extendido el apoyo tácito, y en ciertos casos, activo, a la campaña del IRA. Por ello, es una zona que ha estado constantemente sometida a controles y registros del ejército y la policía. Mis dos hijos, nacidos a finales de los setenta, han crecido entre el constante zumbido de helicópteros de vigilancia, que aterrizaban muchas veces al lado de casa, y el sonido frecuente de disparos y bombas. Su tía abuela era la encargada de la oficina de correos que había en nuestra calle, que sufrió tantos atracos del IRA en busca de fondos para su campaña militar que acabaron cerrándola. Su tío tiene el pub cercano, que ha sido atacado y reventado por paramilitares lealistas de la vecindad; es un establecimiento que, durante la mayor parte de sus vidas, mis hijos han visto con las ventanas cegadas por temor a tales ataques.

Entre nuestra zona y la colindante, que es mayoritariamente protestante, sumamos en total la muerte de 25 personas a manos de paramilitares y fuerzas de seguridad durante el desarrollo del conflicto, así como la de otras personas que murieron mientras preparaban explosivos que iban a ser utilizados contra otros. Asistir a los duelos y funerales de tales víctimas —de ambos bandos— ha sido una experiencia muy traumática, pues daba testimonio de los trágicos resultados del fracaso de nuestro proceso político para resolver adecuadamente nuestros conflictos.

Las treguas de 1994 trajeron signos esperanzadores a Irlanda del Norte. Durante dieciocho meses, en nuestra zona, no tuvimos que preocuparnos de que nuestros hijos resultasen alcanzados por fuego cruzado entre el IRA y el ejército, y nuestros jóvenes podían reunirse en el club local sin temor a que los paramilitares irrumpiesen en busca de dinero o coches para operaciones homicidas. Por primera vez en sus vidas, vieron policías en las calles sin chalecos antibalas y las armas caladas. El ejército se había retirado de las calles. Los golpes que oíamos eran sólo el estruendo de trabajos de demolición de edificios, no explosiones. Los únicos disparos eran los de las postas que usan los granjeros para espantar a los pájaros, no el sonido de armas asesinas que tantas veces ha resonado en el silencio de nuestros verdes campos.

Queda mucho trabajo por hacer hasta que la polvareda de la violencia se asiente definitivamente, pero miramos al futuro con cierta esperanza cuando contemplamos cuánto se ha conseguido en la creación de una infraestructura más positiva para la paz en Irlanda. Este libro ha sido una reflexión sobre la cantidad de trabajo que ha sido necesario por parte de tantos de nosotros para intentar contener y resolver nuestro conflicto. La cantidad de esfuerzo y coraje que este trabajo ha supuesto queda como una sana recomendación para el desarrollo de trabajo preventivo en zonas de violencia larvada. El coste que hemos pagado por la ausencia de ese trabajo plantea que hace falta lo mejor de nuestras energías intelectuales y recursos financieros, por todo el mundo, para respaldar activamente las necesidades de la construcción de la paz por el bien del futuro de todos, y no sólo del de quienes vivimos en Irlanda del Norte.

Siglas

CCRU: Central Community Relations Unit (Unidad Central de Relaciones Comunitarias).

CLMC: Combined Loyalist Military Command (Mando Militar Lealista Combinado).

CRC: Community Relations Council (Consejo de Relaciones Comunitarias).

DUP: Democratic Unionist Party (Partido Unionista Democrático).

FAIT: Families Against Intimidation and Terror (Familias contra la Intimidación y el Terror).

IRA: Irish Republican Army (Ejército Republicano Irlandés).

RIR: Royal Irish Regiment (Real Regimiento Irlandés).

SDLP: Social Democratic and Labour Party (Partido Socialdemócrata y Laborista).

UDA: Ulster Defence Association (Asociación de Defensa del Ulster).

UDR: Ulster Defence Regiment (Regimiento de Defensa del Ulster).

UUP: Ulster Unionist Party (Partido Unionista del Ulster).

UVF: Ulster Volunteer Force (Fuerza de Voluntarios del Ulster).

Bibliografía

- Bardon, Jonathon (1992): *A History of Ulster*, Belfast, Blackstaff Press.
- Bean, Kevin (1994): *The New Departure. Recent Developments in Republican Ideology and Structure*, Liverpool, University of Liverpool.
- Bishop, P., y E. Mallie (1987): *The Provisional IRA*, Londres, Heinemann.
- Boyle, Kevin, y Tom Hadden (1994): *Northern Ireland: The Choice*, Londres, Penguin.
- Bruce, S. (1992): *The Red Hand: Protestant Perambulators in Northern Ireland*, Oxford, Oxford University Press.
- Burton, J. (1979): *Deviance, Terrorism and War*, Oxford, Martin Robinson.
- Cairns, Ed (1987): *Caught in the Crossfire: Children in the Northern Ireland Conflict*, Belfast, Appletree.
- (1994): *A Welling up of Deep Unconscious Forces*, Occasional Paper, Coleraine, Centre for the Study of Conflict, University of Ulster.
- CAJ (Commission on the Administration of Justice) (1992): *Adding Insult to Injury*, Belfast, CAJ.
- Cameron Report (1969): *Disturbances in Northern Ireland: Report of a Commission Appointed by the Governor of Northern Ireland*, Belfast, Her Majesty's Stationery Office.
- Census Report (1990), Belfast, Her Majesty's Stationery Office.
- CIRAC (Centre for Independent Research and Analysis of Crime) (1993): *Report on Anti-intimidation*, Belfast, Community Relations Council.

- Cooperation North (1997): *Annual Report*, Belfast-Dublín, Cooperation North.
- Counteract (1993): *Annual Report*, Belfast, Counteract.
- CRC (Community Relations Council) (1990, 1994): *Annual Reports*, Belfast, CRC.
- (1992): *Transport Needs and Resources for Groups in Northern Ireland*, Belfast, CRC.
- Darby, John (1993): *What's Wrong with Conflict*, Occasional Paper, Coleraine, Centre for the Study of Conflict, University of Ulster.
- de Paor, Liam (1970): *Divided Ulster*, Harmondsworth, Penguin.
- Doherry, M., y A. Dickson (1993): *Life Lines: A Youth Workers Guide for Cross Community Work*, Belfast, Youth Action.
- Doob, L., y W. Foltz (1974): "The Impact of a Workshop upon Grassroots Leaders in Belfast", *Journal of Conflict Resolution*, 18 (2), 237-256.
- Dugan, Maire (1994): *Making the Connection: Peace Studies and Conflict Resolution*. Manuscrito sin publicar.
- Elliot, R., y W. Lockhart (1980): "Characteristics of Scheduled and Juvenile Offenders in A Society under Stress", en J. Harbison y J. Harbison (eds.): *Children and Young People in Northern Ireland*, Somerset, Penn Books.
- Farrell, M. (1983): *Arming the Protestants: The Formation of the Ulster Special Constabulary and the Royal Ulster Constabulary 1920-1927*, Diugle, Brandon.
- FEC (Fair Employment Commission) (1993): *Annual Report*, Belfast, FEC.
- Fitzduff, Mari (1988): *Community Conflict Skills*, Belfast, Express Litho.
- (1989a): *A Typology of Community Relations Work and Contextual Necessities. Policy Planning and Research Unit*, Belfast. Reimpreso con el título de *Approaches to Community Relations Work* (1993), Belfast, Community Relations Council.
- (1989b): "From Ritual to Consciousness: a Study of Change in Progress in Northern Ireland". Tesis doctoral sin publicar, Londonderry, University of Ulster.
- Frazer, Hugh, y Mari Fitzduff (1986): *Improving Community Relations*, Belfast, Standing Advisory Commission on Human Rights.

BIBLIOGRAFÍA

- García, Ed (ed.) (1994): *Citizens as Peacemakers*, Ateneo de Manila, Filipinas, International Alert.
- Grant, David (1994): *Playing the Wild Card - Community Drama*, Belfast, Institute of Irish Studies, Queen's University.
- Hamilton, Andrew (1995): *Policing a Divided Society*, Coleraine, Centre for the Study of Conflict, University of Ulster.
- Harris, Rosemary (1972): *Prejudice and Tolerance in Ulster*, Manchester, Manchester University Press.
- Hewitt, David (1994): *Annual Report of the Independent Assessor of Military Complaints Procedures*, Londres, Her Majesty's Stationery Office.
- Hewstone, M., y R. Browne (1986): *Contact and Conflict in Intergroup Behaviour*, Londres, Basil Blackwell.
- Hinds, Joe (1994): *A Guide to Peace, Reconciliation and Community Relations Projects in Ireland*, Belfast, Community Relations Council.
- INCORE (Initiative on Conflict Resolution and Ethnicity) (1994): Boletín nº 7 (julio), Coleraine, University of Ulster.
- International Alert (1993): *Intercultural Conflict Training*, Londres, International Alert.
- IPCC (Independent Police Complaints Commission) (1994): *Annual Report*, Londres, Her Majesty's Stationery Office.
- Jackson, H. (1971): *The Two Irelands*, Londres, Minority Rights Group.
- Keegan, John (1993): *A History of Warfare*, Londres, Hutchinson.
- Kendall, S., y M. MacDonald (agosto 1992): "After Consensus, What? Performance Criteria for the United Nations in the Post-Cold War Era", *Journal of Peace Research*, 129 (3).
- Knox, C., y J. Hughes (1994): *Community Relations and Local Government*, Coleraine, Centre for the Study of Conflict, University of Ulster.
- Kriesberg, L., A.N. Terrel y S. Thorson (eds.) (1989): *Intractable Conflicts and Their Transformation*, Syracuse, Syracuse Studies on Peace and Conflict Resolution, Syracuse University.
- Lederach, John Paul (1991): "Mediating Conflict in South America", *Journal of Peace Research*, 28 (1).
- (1995): "Beyond Violence", en A. Williamson, *Beyond Violence*, Belfast, Community Relations Council y University of Ulster.

- LeVine, Robert, y Donald Campbell (1972): *Ethnocentrism: Theories of Conflict, Ethnic Attitudes and Group Behaviour*, Nueva York, Wiley.
- Logue, Ken (1993): *Anti Sectarian Work*, Belfast, Community Relations Council.
- McCartney, Clem (1994a): Modelo de contactos, en *Community Relations Information Pack*, Belfast, Community Relations.
- (1994b): *Clashing Symbols?*, Belfast, Institute of Irish Studies, Queen's University.
- McKittrick, David (1985): *Despatches from Belfast*, Belfast, Blackstaff Press.
- Murphy, D. (1978): *A Place Apart*, Dublín, John Murray.
- Murray, Sonya (1994): *Training Support CRC - a Formative Evaluation*, Belfast, Community Relations Council.
- Murtagh, Brendan (1993): *Sectarian Interface Research in Belfast*, Coleraine, University of Ulster.
- (1994): *Land Use Planning and Community Relations*, Belfast, Community Relations Council.
- Nolan, Paul (1993): *Screening the Message*, Belfast, Central Community Relations Unit.
- O'Leary, Brendan, y John McGarry (1993): *The Politics of Antagonism: Understanding Northern Ireland*, Athlone, Athlone Press.
- Pollack, A. (1993): *A Citizen's Inquiry: The Opsah I Report on Northern Ireland*, Belfast, Lilliput.
- Poole, Michael (1990): "The Geographical Location of Violence in Northern Ireland", en J. Darby, N. Dodge y A. Hepburn (eds.): *Political Violence*, Belfast, Appletree.
- RISCT (Research Institute for the Study of Conflict and Terrorism) (1991): *Reappraising Republican Violence*, Londres.
- (1992): *Reappraising Loyalist Violence*, Londres.
- Rose, Richard (1971): *Governing without Consensus: An Irish Perspective*, Londres, Faber.
- Ross, Marc Howard (1986): "The Limits to Social Structure: Social Structural and Psychocultural Explanations for Political Conflict and Violence", *Anthropological Quarterly*, 59: 171-176.
- Ross, Mark (1993): *The Culture of Conflict - Interpretations and Interest in Comparative Perspective*, New Haven y Londres, Yale University Press.

BIBLIOGRAFÍA

- (1994): *The Management of Conflict - Interpretations and Interests in Comparative Perspective*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Rothman, J. (1992): *From Conflict to Cooperation: Resolving Ethnic and Regional Conflicts in the Middle East and Beyond*, Beverly Hills, Sage Publications.
- RUC (Royal Ulster Constabulary) (1993) (1994): *Chief Constable's Report*, Belfast.
- Ryder, Chris (1991): *The Ulster Defence Regiment*, Londres, Methuen.
- (1994): *Cultural Traditions 1989-94*, Belfast, Community Relations Council.
- Sandhole, D., y H. Van der Merve (1993): *Conflict Resolution: Theory and Practice*, Manchester, Manchester University Press.
- Shara, Louise (1994): "Thugs and Hooligans?", *Fortnight* (febrero de 1994), Belfast.
- Smith, Alan, y Alan Robinson (1992): *Perceptions and Policy - Education for Mutual Understanding*, Coleraine, University of Ulster.
- Stevens, John (1990): *Report to Chief Constable*, Belfast.
- Sugden, J., y A. Bairnen (1993): *Sport, Sectarianism and Society in Northern Ireland*, Leicester, Leicester University Press.
- Urban, Mark (1992): *Big Boys Rules: The Secret Struggle against the IRA*, Londres, Faber and Faber.
- Volkan, Vamik D. (1988): *The Need to Have Enemies and Allies: From Clinical Practice to International Relationships*, Nueva York, Random House.
- Williamson, A. (1995): *Beyond Violence*, Belfast, Community Relations Council y University of Ulster.

Títulos publicados

Cava Mesa, María Jesús: *Memoria colectiva del bombardeo de Gernika*, 1996.

Lederach, John Paul: *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*, 1998.

Kasper, Michael: *Gernika und Deutschland. Geschichte einer Versöhnung*, 1998.

Kasper, Michael: *Gernika y Alemania. Historia de una reconciliación*, 1998.

Fitzduff, Mari: *Más allá de la violencia. Procesos de resolución de conflicto en Irlanda del Norte*, 1998.

